

CHRISTOFFER  
PETERSEN

SIETE

TUMBAS,

UN

INVIERNO

RBA

CHRISTOFFER  
PETERSEN

SIETE

TUMBAS,

UN

INVIERNO

RBA



Título original: *Seven Graves, One Winter*

© Christoffer Petersen, L.P., 2018.

© de la traducción: Cristina Martín, 2020.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2020.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

[www.rbalibros.com](http://www.rbalibros.com)

REF.: ODBO648

ISBN: 9788491876120

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

## Índice

NOTA AL LECTOR

SAPAAT

1

MARLUNNGORNEQ

2

3

4

PINGASUNNGORNEQ

5

6

SISAMANNGORNEQ

7

8

9

10

11

12

TALLIMANNGORNEQ

13

ARFININNGORNEQ

14

15

16

SAPAAT

17

18

19

20

ATAASINNGORNEQ

21

MARLUNNGORNEQ

22

NOTA DEL AUTOR

AGRADECIMIENTOS

CHRISTOFFER PETERSEN

¡Ah, eso ha endurecido  
cientos de corazones  
camino del Polo  
de dolores sin nombre!

*Nordpolen* ,  
LUDVIG MYLIUS-ERICHSEN (1872-1907)

PARA ISABEL

## NOTA AL LECTOR

*Siete tumbas, un invierno* presenta al policía David Maratse, natural de la costa oriental de Groenlandia. Esta historia, la primera de una serie, tiene lugar después de los sucesos narrados en el segundo libro de la Trilogía de Groenlandia, *In the Shadow of the Mountain* . Así pues, aunque se hagan algunas referencias a dicho libro, no es necesario leerlo primero para que se entienda. En caso de que algún detalle resulte confuso, delego toda responsabilidad en el agente de policía Maratse, quien insistió mucho, con maneras discretas, en tener un relato propio. Los personajes de Petra Jensen y Gaba Alatak también han aparecido en relatos cortos junto con Maratse. Tampoco es necesario leerlos antes de *Siete tumbas, un invierno* .

Una vez más, delego toda responsabilidad en Maratse.

Los habitantes de Groenlandia hablan groenlandés, una lengua que tiene por lo menos cuatro dialectos, además de danés e inglés. En muchos aspectos de la vida cotidiana, las lenguas más funcionales son el groenlandés occidental y el danés. *Siete tumbas, un invierno* está escrito en inglés británico, pero allí donde resulte apropiado, incluye varios vocablos procedentes del groenlandés y del danés, tales como los siguientes:

GROENLANDÉS ORIENTAL / GROENLANDÉS OCCIDENTAL / ESPAÑOL

*ijji / aap / sí ;*

*eeqqi / naamik / no*

*qujanaq/qujanaraali / qujanaq / gracias*

***SAPAAT***  
**DOMINGO**

Cavaban las tumbas en la falda de la colina, en la dura tierra que se hallaba encajada entre grandes moles de granito. El cementerio no era muy grande, pero sí lo suficiente como para que en él encontraran acomodo las madres, los padres, los hijos y las hijas de Inussuk, desde los tiempos en que la primera tumba reemplazó al último túmulo de piedras y los recién nacidos que sucumbían al invierno dejaron de momificarse. Los inviernos eran igual de oscuros, los veranos igual de luminosos, pero las muertes habían disminuido y la comida, ya viniera del mar, ya de la tienda, resultaba más fácil de obtener. Aun así, seguían cavando tumbas durante el largo verano para adelantarse al oscuro invierno, cuando la tuberculosis tal vez se llevara consigo a un abuelo o a un nieto, una tormenta de invierno quizás acabase con un cazador o una depresión obligase a alguno de ellos a quitarse la vida. Cavaban dos tumbas para los suicidas, con la esperanza de que fueran demasiadas. Cavaban una para la pelea de borrachos, otra para el accidente de pesca, otra más para el niño que había nacido muerto y que sabían que estaba aguardando en el diminuto depósito de cadáveres del centro médico, situado en un lugar al que se llegaba en bote. Cavaban una sexta tumba para los ancianos. La séptima era para el cáncer. Incluso en el Ártico, siempre había cáncer.

Los hombres salieron de las fosas destinadas a los suicidas y descansaron unos instantes apoyados en las palas, contemplando los icebergs del fiordo. Desde el cementerio se disfrutaba de la mejor vista de las montañas que se elevaban a lo lejos y del asentamiento enclavado al pie de la colina, debajo de donde se encontraban ellos. Inussuk estaba atrapado entre dos playas: una negra y suave y la otra formada por guijarros, piedras y conchas. La playa negra daba al sur y al este, y en ella rompían las olas y era absorbida la energía de todas las tormentas porque estaba sembrada de centelleantes pedazos de hielo tan grandes como las manos, el corazón y la cabeza misma de los sepultureros. Los bloques más grandes, que eran icebergs sumergidos, tachonaban la playa y desviaban el agua que se escurría de la colina en dirección al mar. Entre dos pedazos de

hielo flotantes iba a encontrarse el cuerpo de la joven a escasa distancia de la playa aquel mismo otoño, pero por el momento los sepultureros no sabían nada.

Apartaron la mirada de la playa y la fijaron en el asentamiento, donde contemplaron la maltrecha madera de las paredes rojas de la tienda de abastos y la casa recién pintada de verde, propiedad del Comité para la Naturaleza, que en aquel entonces estaba ocupada por dos artistas danesas y una niña pequeña. Uno de los hombres señaló con la cabeza en dirección a la casa, mientras la chiquilla jugaba en la arena y la tierra debajo del porche. Los cuarenta y tres residentes adultos de Inussuk estaban convencidos de que las dos artistas eran amantes. Los doce niños que había eran demasiado pequeños para preocuparse por algo así, y se alegraban de contar con una nueva compañera de juegos, una niña de cabello rubio.

—Cincuenta y ocho residentes —dijo el mayor de los dos sepultureros. Rebuscó en la bolsa que descansaba a sus pies y sacó un termo. Cuando desenroscó el tapón, una ráfaga de viento procedente del fiordo levantó un poco de vapor de la boca del recipiente. Sirvió café en una taza esmaltada para su compañero y, a continuación, llenó el tapón del termo para él.

— *Aap* —contestó el hombre joven mientras se llevaba la taza a la boca. Observó el asentamiento, se fijó un instante en la niña que jugaba en la arena y luego desvió la mirada hacia su hijo, que lo estaba saludando con la mano desde el embarcadero. El pequeño movió los labios y su pecho se agitó al mismo tiempo que gritaba algo; el hombre lo saludó a su vez y recordó, como hacía siempre que veía a Qaleraq, que su hijo era un niño sano, curioso, difícil a la hora de enseñarle cosas pero ansioso por aprender. Qaleraq, a diferencia del hijo de su hermana, vería muchos más inviernos. Cavarían la última tumba para su sobrino nacido muerto, hundirían el borde de la pala tan profundo como pudieran, hasta tocar la capa de permafrost si tenían la energía necesaria, para que el pequeño descansara en lo más hondo de la tierra.

Se terminó el café, tiró los posos a la fosa y volvió a guardar la taza en la bolsa de su compañero. A continuación, se metió en la fosa y empezó a cavar. El hombre mayor se sirvió otro medio tapón de café y lo bebió mientras paseaba la mirada por el cementerio. El mástil de la antena proyectaba una delgada sombra sobre las tumbas de sus padres, cuyas

coronas de flores de plástico se veían ya marchitas por el sol del Polo. Se prometió a sí mismo poner otras nuevas, algo que ya se había prometido el verano anterior, cuando cavaron las siete tumbas, más una octava en septiembre, justo antes de que cayeran las primeras nieves del invierno. La neumonía había pillado por sorpresa a un matrimonio de ancianos: el varón, Aput, sucumbió solo una semana después de su mujer, Margrethe. El sepulturero dejó vagar la mirada por el camino, mientras recordaba cómo había ido cargando con los ataúdes, uno detrás del otro, desde la casa del matrimonio hasta el cementerio, antes de recuperar el aliento durante el breve servicio religioso, y cómo había depositado a quienes fueron amigos íntimos de sus padres en dos fosas contiguas. El sendero era empinado y él se conocía cada recodo, cada piedra y cada hoyo. Llevaba casi seis años junto a su compañero más joven, dándose golpes en los dedos de los pies contra las rocas, resbalando sobre las piedras sueltas y tallando escalones.

Seis años, con sus siete tumbas por año.

Inussuk iba encogiéndose a medida que el cementerio iba expandiéndose. Los jóvenes y los que poseían estudios abandonaban el asentamiento y se marchaban a otros pueblos mayores y a las ciudades de la costa occidental de Groenlandia. Los niños se iban para acudir al colegio de Uummanaq, regresaban ya con quince y dieciséis años acabado el décimo curso, y se sentían cada vez más aburridos por la tranquila vida que se desplegaba entre aquellas dos playas, frustrados ante la falta de trabajo y dinero. Tan solo un chico había regresado para dedicarse a pescar en las mismas aguas que su padre, mientras que su hermana y una amiga de esta se habían marchado a cursar Estudios Superiores en Aasiaat, una localidad situada más adelante en la costa.

—Oye —dijo el hombre mayor tras terminarse el café.

—¿Qué?

—¿Te has enterado de lo del policía?

—¿Qué policía? —El hombre joven apoyó la pala contra la pared de tierra y salió de la fosa.

—Va a venir la semana que viene.

—¿Aquí?

— *Aap* —respondió el mayor, y señaló la casa de color azul oscuro que había detrás de la tienda de abastos—. Ha comprado la casa de Aput. —

Guardó silencio—. ¿No lo sabías?

— *Naamik* —replicó el joven. Y después añadió—: Puede ser.

—Deberías escuchar a tu mujer, Edvard. A ella se lo contó mi esposa.

—Ya.

El hombre mayor miró a Edvard a los ojos.

—¿Ocurre algo?

Edvard se encogió de hombros.

—El niño —respondió, y volvió la vista hacia el lugar en el que estaba en aquel momento su hijo, jugando con la niña danesa—. Queremos tener otro hijo, pero a ella le preocupa que pueda sucederle lo mismo que a su hermana. Dice que podría ser por el agua.

—¿Por el agua?

—Contiene metales, de la mina. Los llevan dentro los peces.

—Estas aguas no contienen metales.

—Eso tú no lo sabes, Karl.

—No —aceptó Karl con un suspiro—, no lo sé. —Volvió a enroscar el tapón del termo y lo guardó en la bolsa. Acto seguido, cogió la pala y se dispuso a meterse de nuevo dentro de la fosa. Pero Edvard se lo impidió con una tosecilla—. ¿Qué pasa?

—¿Qué me estabas diciendo del policía?

— *Aap* , que viene hacia aquí.

—¿A trabajar?

—A vivir.

Edvard sacudió la cabeza y añadió:

—Eso ya lo has dicho, pero ¿va a trabajar aquí como policía?

—Nunca hemos tenido un policía en Inussuk.

—Por eso precisamente te lo pregunto.

Karl se echó a reír.

—¿Estás preocupado por tu licor de fabricación casera? Si lo descubre, posiblemente habrá más levadura en la tienda de abastos, y así podré comer pan recién hecho, para variar.

—Puede ser —respondió Edvard sonriendo—, aunque en ese caso, ¿dónde ibas a conseguir el alcohol, viejo?

—En Uummanaq, como todo el mundo.

—Tú mismo. —Edvard reflexionó unos instantes—. Pero ¿por qué viene aquí ese policía, si no es para trabajar?

—Buuti mencionó que piensa jubilarse, no sé qué de una jubilación anticipada.

—Debe de estar enfermo —dijo Edvard contemplando las dos tumbas que ya casi tenían terminadas.

—Débil e inválido —repuso Karl—. He oído que anda con una muleta, puede que con dos.

—¿Así que se muda aquí procedente de Nuuk?

— *Naamik* , es de Ittoqqortoormiit.

—¿Tunu? ¿Groenlandia oriental?

— *Aap* .

—¿Y por qué viene aquí?

—No lo sé. Se lo puedes preguntar tú la próxima semana.

Edvard lanzó un gruñido y saltó al interior de la fosa. Recogió su pala y empezó a cavar mientras Karl hacía lo mismo en la tumba de al lado. Estuvieron trabajando dos horas más y terminaron las tumbas a la vez, como siempre, aunque Karl sospechaba que Edvard aminoraba el ritmo siempre que estaba a punto de finalizar y se ponía a raspar los bordes en lugar de cavar, hasta que su compañero, mayor que él, hubiera terminado.

Karl fue el primero en salir de la fosa y le tendió la mano a Edvard para ayudarlo a subir, un pequeño gesto de agradecimiento a cambio del respeto mostrado hacia sus mayores. Fueron hasta el otro extremo del cementerio, situado más cerca de la cornisa que recorría la falda del cerro y también del oleaje que azotaba las rocas oscuras y húmedas que había allá abajo. Trazaron la forma de las dos tumbas que iban a cavar allí, tan cerca del borde como se atrevieron, y dentro de lo que se consideraba respetuoso, sin condenar a los ocupantes a sufrir vértigo durante toda la eternidad.

Edvard se detuvo un momento en el punto más alejado y contempló el mar. Tocó a Karl en el hombro y señaló una embarcación a motor de tamaño medio que llevaba un rayo dibujado en el casco y que se mecía a la sombra de un enorme iceberg, demasiado próxima a él como para escapar del oleaje y de los fragmentos sueltos si el bloque de hielo empezara a moverse o a partirse. Karl hizo un gesto de preocupación y Edvard se encogió de hombros. Ninguno de los dos reconoció la embarcación. Incluso a aquella distancia sería raro no identificar la forma de una lancha del pueblo o la curva que formaba su proa.

—¿Sabes tú quién es?

— *Naamik* —contestó Edvard—. Puede que sea alguien de la isla de Disco.

—Quizá.

Los dos sepultureros, apoyados en sendas palas, contemplaron cómo la embarcación se alejaba progresivamente del iceberg y se perdía de vista. Aguardaron hasta que la popa desapareció por detrás del iceberg, y solo entonces sacaron la primera paletada de tierra de las nuevas tumbas. Si pudieran ver a través de la masa del iceberg o por detrás de él, habrían visto a un hombre saliendo del camarote de la embarcación y arrastrando a una joven desnuda por su larga y negra melena. Lo habrían visto abofetearla dos veces. Si el viento hubiera estado soplando en la dirección adecuada, puede que incluso la hubieran oído gritar.

Era una mujer joven, con curvas suaves que definían su sexo. Tenía la piel más oscura que sus amigas europeas, pero más clara que los groenlandeses. Lucía varios hematomas y sangraba por la nariz. El hombre se limpió la mano manchada de sangre de la chica en el estómago de esta, después la arrastró por la cubierta y la arrojó al suelo. Ella agitaba las piernas al igual que un pez ensangrentado y él la abofeteó de nuevo, esta vez con el dorso de la mano, de forma que la nuca de la joven chocó contra la borda de la embarcación. El bote se meció de resultas del impacto. La chica dejó de agitar las piernas y se quedó con sus ojos castaños muy abiertos e inmóviles, fijos en su agresor. Su melena negra estaba esparcida sobre el asiento moldeado en el casco; el hombre apoyó la bota en el asiento, encima del pelo, para que la chica no pudiera moverse del sitio. Acto seguido, alargó un brazo por encima de ella, cogió una bolsa del asiento que había enfrente, abrió la cremallera y sacó varias prendas de ropa de invierno que fue tirándole encima.

—Vístete —le ordenó.

Arrojó la bolsa hacia el interior del camarote y apoyó el peso en la rodilla. La joven, peleando con el pantalón y los calcetines, aguantaba la respiración sin apartar los ojos del hombre. Este retiró el pie con el que le pisaba la melena y le dijo que se incorporase y se pusiera el forro polar y un gigantesco y grueso anorak Canada Goose. Mientras la chica se vestía, él posó la mirada en las aréolas oscuras de sus pechos. La obligó a ponerse de pie y la llevó a rastras por la cubierta. Agarró unas botas de senderismo que había debajo de la rueda del timón.

—Las botas —dijo al mismo tiempo que se las lanzaba.

A continuación, giró la silla situada frente a la rueda del timón y obligó a la chica a sentarse por la fuerza. Ella se mordió el labio y él la asió por el pelo para darle un tirón, un movimiento que le arrancó un sollozo. Esperó a que se pusiera las botas y se atara los cordones. Una vez calzada, tiró nuevamente de ella para ponerla de pie y la empujó hacia el lado de babor de la embarcación, el que estaba más cerca del iceberg.

La chica se agarró a la barandilla, temblando de arriba abajo y sollozando. El hombre la soltó y regresó al timón, y aplicó un poco de impulso para aproximarse más al iceberg. Entonces quitó la marcha y dejó el motor al ralentí. Una nube de humo gris alcanzó el rostro de la chica y la hizo toser.

—¿Cómo dices? —preguntó el hombre.

—He tosido —respondió la joven en danés. Notaba en los labios el sabor de las lágrimas, un sabor salado como el mar.

—¿Qué has dicho? —dijo el hombre al mismo tiempo que la agarraba por el pelo.

—¡No he dicho nada! —respondió ella. El hombre le giró la cara para obligarla a mirarlo—. Nada —dijo en un sollozo.

—Habla en groenlandés, puta —le dijo a la vez que le empujaba la cabeza hacia abajo y sonreía tras arrancarle otro sollozo.

—No sé.

—Exacto.

Entonces la empujó hacia la borda. La chica, llorando, se deslizó hacia el suelo hasta quedar de rodillas. Varias hebras de su pelo quedaron prendidas en el borde de piel de la capucha del anorak cuando el hombre dejó de agarrarla del pelo y le introdujo las manos por debajo de las axilas.

—Fuera de mi barco —le dijo, y la levantó en volandas.

La joven lanzó un chillido y manoteó buscando la barandilla, desesperada por aferrarse a ella, mientras el hombre la pasaba al otro lado de la borda y sus piernas tocaban el agua. Logró cerrar las manos en torno a la barandilla y se agarró con fuerza, lo cual hizo que su agresor, gruñendo por el súbito peso, resbalara sobre la cubierta.

El hombre se puso a propinarle patadas en los nudillos hasta que ella lanzó un chillido y se soltó. Las manos le fueron resbalando por el costado de la embarcación al mismo tiempo que el aire contenido en el interior del

anorak se expandía al entrar en contacto con el agua. El frío la hizo expulsar el aire que tenía en los pulmones, y empezó a convulsionarse mientras luchaba por aspirar una última bocanada.

En cuanto la oyó caer al agua, el hombre regresó a la palanca del motor, metió la marcha y se alejó a toda prisa. La joven, con los ojos desorbitados, vio que un poco más allá viraba, rectificaba el rumbo y se asomaba por encima de la borda para observarla. El motor rugió cuando el hombre aumentó la potencia y se dirigió hacia ella a toda velocidad.

La chica, haciendo uso de las escasas fuerzas que le quedaban, palmoteó el agua con los dedos rígidos en su intento por huir del barco nadando. El hombre corrigió el rumbo y pasó tan cerca de la chica que la golpeó en la cara con el duro casco de la embarcación. La cabeza de la joven se hundió en el agua y su melena quedó flotando en la superficie a modo de una maraña de zarcillos y nervios, conectada a lo profundo del agua, en sintonía con su muerte, mientras el hombre frenaba de nuevo, daba media vuelta y aceleraba una vez más hacia ella. La quilla de la embarcación le golpeó la cabeza produciendo una vibración que resonó en todo el casco.

El hombre, sonriendo, describió lentamente un círculo alrededor de la última posición conocida que había ocupado la joven. Luego se acomodó en el asiento tras la rueda del timón y metió la mano en el bolsillo buscando un paquete de caramelos de menta, pero frunció el ceño cuando sus dedos se toparon con las bragas de color topacio de la chica. Volvió a guardárselas en el bolsillo y puso rumbo a la entrada del fiordo mientras los sepultureros cavaban hondo en el cerro que se elevaba por encima de Inussuk.

***MARLUNNGORNEQ***

**MARTES**

El agente de policía David Maratse dejó escapar un gruñido al sentir otra llamarada de dolor que le subía por las piernas y le llegaba hasta la parte baja de la espalda, formando lo que a él se le antojó un muro de fuego. Le sucedía lo mismo cada vez que levantaba el pie izquierdo, cuando recibía otra punzada de dolor candente que le presionaba los nervios al apoyar la planta en la cinta de correr. Se detuvo un momento para recuperar el aliento, aferrado con los nudillos blancos a las barandillas de la máquina mientras el fisioterapeuta escribía otra nota más en su cuaderno.

—No está mejorando, ¿verdad? —preguntó.

— *Eeqqi* —respondió Maratse negando con la cabeza. Tomó aire y lo expulsó, una, dos, tres veces, hasta que el dolor fue cediendo—. Vamos otra vez —dijo al mismo tiempo que levantaba el pie izquierdo.

—¿Está seguro?

— *Iiji* —contestó Maratse—. Sí, estoy seguro.

Sus nervios estallaron en llamas y se derrumbó, entre maldiciones, sobre la áspera superficie de caucho de la cinta. El fisioterapeuta desconectó la máquina y lo ayudó a incorporarse.

—Vamos a sentarnos —le dijo.

—Llevo una semana sentado.

—Y antes de eso, estuvo tumbado —replicó el fisioterapeuta al mismo tiempo que lo ayudaba a acomodarse en una silla— durante tres semanas. Está progresando. Tiene que tomárselo con calma.

—¿Progresando? —gruñó Maratse. Se palpó los bolsillos del pantalón de deporte y, de pronto, se acordó de que el tabaco lo tenía en el bolsillo del anorak, junto a la cama.

—Fumar no ayuda.

—A mí, sí.

—Lo digo en serio —dijo el fisioterapeuta—, con el daño que han sufrido ya sus nervios...

—Fumar me ayuda —insistió Maratse y retó al fisioterapeuta a que le sugiriera lo contrario. El joven se encogió de hombros y escribió más

notas en su cuaderno.

Maratse reflexionó unos instantes sobre el daño sufrido por sus nervios; casi le parecía percibir el olor de su carne chamuscada, pues el Chino le había apretado los terminales de su improvisado instrumento de tortura contra el pecho, las piernas, los testículos. Apartó aquella imagen de su mente y calculó la distancia que había hasta la cama.

—Necesito echar un pitillo.

—Voy a llamar para que lo acompañen de vuelta hasta su pabellón —respondió el fisioterapeuta. Dejó el cuaderno y cruzó la sala de entrenamiento hasta alcanzar la silla de ruedas de Maratse, que estaba aparcada contra la pared. Empezó a empujarla, pero se detuvo porque de improviso se abrió la puerta. Sonrió a la mujer policía que entraba en la sala, soltó la silla de ruedas y le dijo—: Es todo suyo.

—¿Ya ha terminado? —preguntó ella, al mismo tiempo que se colocaba un largo mechón de pelo negro detrás de la oreja. Aquel gesto le recordó a Maratse otra mujer que hacía lo mismo: una policía danesa de la patrulla Sirius, la misma que lo había rescatado del Chino.

—Necesito fumarme un pitillo —dijo Maratse señalando la silla de ruedas—. Uno de vosotros tiene que ayudarme.

—Sigue igual de gruñón, ¿eh? —afirmó la policía. Con un suspiro, se guardó en el anorak el sobre que llevaba en la mano, agarró el manillar de la silla de ruedas y la situó a un costado de Maratse. El fisioterapeuta ayudó a la mujer a incorporar al paciente y, mientras ella lo sostenía, cambió una silla por otra. La policía sonrió y miró a Maratse a los ojos—. ¿Otra vez se te ha olvidado cómo me llamo?

—Hola, Piitalaat.

—Me llamo Petra —replicó ella—. Soy la agente Petra Jensen. —Maratse hizo una mueca de dolor al sentir que el fisioterapeuta empujaba el asiento de la silla contra la parte posterior de sus piernas. Petra lo ayudó a sentarse—. ¿Por qué insistes en llamarme así?

—Porque me gusta. —Maratse agarró las barras circulares que había a cada lado de las ruedas, se apartó de Petra y se dirigió hacia la puerta—. Necesito fumar, agente.

—Ya te he oído la primera vez —replicó ella—. Ah, y dentro de poco, ya no seré agente.

Maratse se volvió al llegar a la puerta.

—¿Te has presentado al examen para sargento?

—Sí —respondió Petra—, y he aprobado. Recibiré la confirmación oficial antes de que finalice esta semana.

—¿Es eso lo que hay dentro de ese sobre?

—No. —Petra apretó los labios y se retiró un imaginario mechón de pelo de la cara—. Es otra cosa.

—¿Para mí?

—Me temo que sí. —Petra abrió el sobre mientras acompañaba a Maratse hacia los ascensores—. ¿Quieres que te lo lea?

— *Iiji* —contestó él, y dejó que el caucho de los neumáticos le raspara las palmas de las manos—, pero solo los puntos más importantes.

—Muy bien —dijo Petra. Fue pasando el dedo por el apretado texto—. Van a concederte la jubilación anticipada, cobrando la totalidad de la pensión. —Hizo una pausa al oír que Maratse emitía un gruñido—. Pero ya no volverás a ser oficial de policía nunca más. Lo siento.

—No pasa nada —replicó Maratse. Al llegar a los ascensores, se detuvo y pulsó el botón de llamada. Ya se esperaba algo así, y la sesión matinal de fisioterapia le había confirmado lo que sabía: que jamás volvería a ejercer de policía.

—¿Todavía piensas ir a Inussuk?

— *Iiji* .

Petra dobló la carta al mismo tiempo que se abrían las puertas del ascensor.

—No entiendo por qué. Podrías irte a casa.

Maratse fue el primero en acceder al ascensor, se volvió y esperó a que entrara Petra y pulsara el botón de la primera planta.

—Seré policía siempre —afirmó—. Es mejor empezar de cero en un lugar distinto.

—Jubilado —apuntó Petra.

—Es lo mismo. Eso no va a cambiar nada.

—¿De modo que vas a abandonar las brillantes luces de la ciudad y me vas a dejar sola en Nuuk? —Petra se apoyó contra la pared del ascensor y compuso su mejor puchero. Maratse estuvo a punto de echarse a reír, y a ella le agradaron las arrugas que se le formaron al policía en torno a los ojos. Enderezó la espalda cuando el ascensor aminoró y se detuvo. Maratse aguardó a que saliera al pasillo y después salió él también.

—¿Y Gaba?

—No hablemos de él —respondió Petra.

—¿Desde cuándo?

—Desde el pasado sábado por la noche.

Petra se situó detrás de él y agarró el manillar de la silla de ruedas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Maratse soltando las ruedas. Percibió un olorcillo a gel de alcohol, procedente de un ordenanza que estaba desinfectándose las manos en la puerta del aseo de caballeros, pero enseguida desapareció en cuanto Petra apretó el paso.

—No me apetece hablar de ello.

—Está bien. —Maratse lanzó un suspiro. Petra giró la silla de ruedas y lo condujo de nuevo a su habitación. Lo dejó junto a la cama, y él alargó el brazo para coger su anorak. Petra fue hasta la ventana, se apoyó en ella, cruzó los brazos y miró a Maratse con gesto de enfado—. ¿Qué? —dijo él deteniéndose un momento en la operación de sacar el paquete de tabaco del bolsillo del anorak.

—No me has preguntado.

—Has dicho que no querías hablar de ello.

—Y no quiero. —Volvió el rostro, y después señaló la portada del periódico que descansaba sobre la mesilla de noche—. Eso no ayuda.

—No lo he leído.

—Ese idiota de Seqinnersoq ya está fanfarroneando otra vez. Utiliza el groenlandés como promesa electoral, a modo de arma arrojadiza. Es la única calificación que tiene. —Cogió el periódico.

—¿Cuándo son las elecciones?

—En el mes de mayo. —Petra frunció el ceño—. ¿Es que no ves las noticias?

Maratse se encogió de hombros.

—Yo no voto. —Extrajo un cigarrillo del paquete y se lo encajó en el espacio entre los dientes. Luego agarró el encendedor—. Me marchó afuera.

Petra volvió la portada del periódico en dirección a Maratse y señaló la foto con el dedo.

—Ella no era mucho mayor que esta.

—¿Quién?

—La chica con la que se acostó Gaba el sábado por la noche. —Petra sostuvo el periódico a un lado y observó la fotografía de Malik Uutaaq, de pie al lado de su esposa, con una joven al fondo con aspecto de adolescente —. La chica con la que se acostó Gaba tiene más o menos su misma edad, diecisiete o dieciocho.

Maratse soltó un gruñido y se encaminó con su silla de ruedas hacia la puerta. Cuando salió al pasillo y continuó en dirección a los ascensores, oyó el ruido que hacía el periódico al caer sobre la cama. Petra salió detrás de él. No pronunció una sola palabra hasta que estuvieron acurrucados en la caseta para fumadores que había en el exterior, junto a la entrada principal del hospital Dronning Ingrid. Esperó a que Maratse hubiera encendido su cigarrillo y luego le preguntó:

—¿Por qué no votas?

Maratse dio una profunda calada al pitillo y después le indicó con la cabeza la primera página del mismo periódico, que una paciente estaba leyendo mientras fumaba. Bajó la voz para responder:

—Porque no me fío de los políticos.

—Sin embargo, trabajas para el gobierno, un gobierno formado por políticos —repuso Petra—. Todavía gozamos de cierta autonomía. Deberías tener voz y voto sobre las personas que te dan trabajo.

—Se te olvida una cosa, Piitalaat —dijo Maratse. Petra frunció el ceño, pero él prosiguió—: La policía groenlandesa responde directamente ante Dinamarca. Ellos —añadió, señalando el periódico— no nos dicen lo que tenemos que hacer. Además, ya estoy jubilado.

Enarcó las cejas y le dio otra calada al cigarrillo. Imaginó que sus nervios se relajaban conforme el humo iba inundando sus pulmones. Por un momento, al menos, le pareció haber encontrado la paz.

—Odio que me llames así. Es como si tuvieras que recordarme que soy groenlandesa.

—Es que eres groenlandesa.

—Ya lo sé.

Maratse expulsó una nube de humo en dirección al techo de la caseta. Suspiró al darse cuenta de que se había dejado el anorak en la habitación, otra vez. Apoyó las manos en los muslos y cerró los ojos, y solo los abrió un momento cuando la paciente se levantó para marcharse. La saludó con

un gesto de la cabeza y volvió a cerrar los ojos. Petra se sentó en el banco, a su lado.

—¿Qué vas a hacer en Inussuk? —le preguntó.

—Cazar y pescar. —Maratse abrió un ojo cuando Petra le cogió la mano.

—Pero si ni siquiera puedes andar.

—Todavía —replicó él, y cerró los ojos de nuevo.

Petra le apretó la mano, y él cerró los dedos en torno a los suyos. Escuchó el murmullo del viento que barría el polvo de la calle, el graznido del cuervo que arañaba el techo del hospital y el tañido de la campana de una iglesia a lo lejos. Notó cómo el viento le erizaba el fino vello de los brazos y, de repente, se sintió agradecido de que el Chino tan solo le hubiera dejado cicatrices en la piel que no se veía y de que el dolor estuviera oculto en el interior de su cuerpo. Al pensarlo, estuvo a punto de echarse a reír, se extrañó de aquel repentino arrebatado de vanidad y se preguntó si no tendría algo que ver con sus treinta y nueve años y con los veintitantos de la persona que le estaba agarrando la mano.

—A lo mejor, te hago una visita —dijo Petra, y volvió a apretarle la mano—, si me das permiso.

—*Iiji* —respondió Maratse, y abrió los ojos.

—¿Estarás bien?

—Sí.

—¿Y procurarás no meterte en líos?

Maratse reflexionó unos instantes antes de contestar. Desde el punto de vista de su carrera profesional, había salido ileso de su relación con la agente Brongaard, así como de los daños colaterales provocados por esta raíz de su guerra privada contra la comunidad internacional de inteligencia. Resultaba increíble que aún siguiera vivo, y se preguntó si ella también lo estaría. Admiraba sus agallas, su empuje y su código ético, y, al menos durante un tiempo, había disfrutado de la emoción, del chute de adrenalina que todo ello suponía, tan diferente de lo que experimentaba a diario en su trabajo de policía. Aquello estuvo a punto de acabar con su vida, un hecho del que era muy consciente, si bien mientras duró, en determinados momentos, le había colmado de alguna manera. Y ahora, lo único que tenía que hacer era no meterse en líos.

—Seré bueno —prometió, y se soltó de la mano de Petra.

—De acuerdo —dijo ella, y se levantó. Liberó un mechón de pelo que se le había adherido al velcro del cuello, luego se sacó del bolsillo del anorak el documento de despido de Maratse y se lo entregó—. Será mejor que me vaya.

—Gracias por venir.

—Cuando quieras.

—¿Mañana?

—Déjame adivinar... ¿Necesitas que te lleven al aeropuerto?

Maratse alzó las cejas. «Sí».

Petra asintió con la cabeza y miró la puerta.

—¿Podrás regresar tú solo?

—Descuida.

—De acuerdo.

Petra palmeó ligeramente a Maratse en el hombro, luego dio media vuelta y se marchó. Él aguardó a que hubiera doblado la esquina antes de meterse el sobre debajo de la pierna, salir de la caseta para fumadores y continuar por la pared del hospital en dirección al taller de ambulancias. Saludó con un movimiento de la cabeza al mecánico que estaba trabajando en una de las tres ambulancias que había en Nuuk y se detuvo junto a una larga barra cubierta de óxido, atornillada a la pared del garaje a la altura de las caderas. Aplicó los frenos de la silla de ruedas, se agarró a la barra e hizo fuerza para ponerse de pie. El mecánico levantó la vista cuando Maratse lanzó una maldición contra la barra, antes de maldecir sus propios pies, uno tras otro, mientras avanzaba muy despacio hasta el final de la pared y después daba media vuelta para regresar.

Cuando el dolor alcanzaba su punto álgido, cuando ya pensaba que iba a desmayarse, se imaginaba al Chino con sus palas de electrochoque, y escupía contra la pared y maldecía a aquel tipejo, enviándolo al otro lado del infierno que conocía el hombre blanco, al mundo escarchado de los espíritus más oscuros de Groenlandia, donde la piel quemada era una exquisitez y los ojos enrojecidos solo una molestia previa al comienzo del verdadero tormento.

Se detuvo un momento para limpiarse las limaduras de metal oxidado que se le habían adherido a las palmas de las manos y se las habían teñido de color naranja, y luego agarró la barra otra vez y tiró de sí mismo para ir siguiendo la pared, mientras escupía contra el Chino y maldecía la

llamarada de dolor que recorría su columna vertebral, junto con los clavos de hierro candente que le atravesaban las plantas de los pies.

—Volveré a andar —se dijo, y dio otro paso más.

Oyó el estruendo metálico que hizo el mecánico al dejar caer las herramientas, y observó cómo se limpiaba las manos en un trapo grasiento y se encaminaba hasta el otro extremo del taller para ponerse detrás de la silla de ruedas.

Maratse apretó los dientes.

—Solo uno más —dijo.

El mecánico asintió con la cabeza y fue hacia la fila de taquillas que había al fondo. Regresó con una botella de vodka y dos vasos de chupitos sucios y los colocó encima de un barril puesto boca abajo al mismo tiempo que Maratse se abandonaba en la silla de ruedas. Llenó ambos vasos y le entregó uno a Maratse.

— *Skål* —dijo, y acto seguido chocó su vaso con el de Maratse. Esperó hasta que este hubo apurado su vodka y después le quitó el vaso vacío y se lo cambió por el suyo, aún lleno.

— *Qujanaq* —dijo Maratse, y a continuación se bebió el segundo vodka —. Gracias.

El mecánico cogió los vasos ya vacíos y los puso junto a la botella de vodka. Pero al ver que Maratse negaba con la cabeza, le puso el tapón a la botella.

—Te esfuerzas demasiado —comentó el mecánico.

—Puede ser.

—Sí, sin duda —El mecánico ladeó la cabeza y miró fijamente a Maratse—. ¿Por qué?

Maratse sacó el sobre que tenía debajo de la pierna y se lo dio al mecánico. Se limpió el sudor de la frente mientras el otro abría la carta y la leía.

—Ahí tienes el motivo —le dijo cuando el otro lanzó un silbido.

—Van a pagarte la totalidad de la pensión.

—No la quiero.

—No tienes necesidad de volver a trabajar. —El mecánico esperó mientras Maratse respiraba hondo. Cuando exhaló, aprovechó para decir —: ¿Quieres ser policía?

—Y tú, ¿quieres ser mecánico? —replicó Maratse recorriendo el taller con la mirada. Señaló con un gesto las manos del otro, manchadas de grasa, y olfateó el fuerte olor a gasóleo.

El mecánico se encogió de hombros.

—Se me da bien —respondió.

—A mí también —repuso Maratse. Indicó la botella—. ¿Me dejarás el vodka cuando te vayas?

—Claro.

Maratse asintió con la cabeza. Dio la espalda al mecánico, se agarró de la barra y se irguió para ponerse de pie. El dolor le recorrió la espina dorsal como si fuera una mecha de fuegos artificiales. Escupió y maldijo hasta que la llamarada se transformó en un hierro candente, pero continuó yendo y viniendo aferrado a aquella barra, hasta que el sol estuvo muy bajo en aquel cielo de finales de otoño y todo el vodka se hubo terminado.

Malik Uutaaq sacó una pierna por debajo del edredón de la cama de su hijo y dejó escapar un gemido al mismo tiempo que se incorporaba apoyado en los codos y parpadeaba mirando la luz del sol, que se filtraba por las cortinas. Sacó los pies de la cama e hizo una mueca de dolor cuando se le clavó una afilada pieza de Lego. Sipu se había olvidado de recoger su habitación antes de marcharse al campamento de fútbol. Malik apartó a un lado la pieza de Lego y se levantó. El edredón le resbaló del cuerpo. Cruzó la habitación con paso tambaleante en dirección a la puerta, y lanzó un gruñido al ver el cuarto de baño cerrado y oír el ruido de la ducha que estaba usando su hija, Pipaluk. Se enderezó la cinturilla de los calzoncillos, se agachó para recoger la camiseta del suelo y se la puso mientras bajaba la escalera camino de la cocina. Su mujer no le hizo caso cuando abrió el frigorífico y sacó un cartón de leche.

—¿Has dormido bien? —preguntó él. Su mujer soltó una risa burlona y volvió a concentrarse en sus cereales.

Malik abrió el cartón de leche y bebió directamente, pegando los labios al borde del envase y dejando que le chorrease un poco de líquido por la barbilla. Acto seguido, dejó el cartón con brusquedad sobre la encimera y dijo:

—En algún momento tendrás que hablarme, Naala.

Su mujer dejó caer la cuchara dentro del cuenco y se volvió lentamente para mirarlo. Apoyó un dedo en la encimera y contestó:

—Cuando tú dejes de tirarte a otras, hablaremos. ¿Te parece?

—¿Tirarme a otras?

—Basta —le advirtió Naala levantando una mano.

—¿Crees que por eso volví tarde anoche? —Malik lanzó una carcajada—. Dios. Los celos no te sientan bien. Pero si eso es lo que quieres creer que estuve haciendo...

Naala cruzó los brazos sobre el pecho y miró a su marido con expresión furiosa. Iba a decir algo, pero Malik se lo impidió con otra carcajada.

—Claro que, si tú adelgazaras unos cuantos kilos, a lo mejor yo volvería a casa más a menudo.

—Eres un cabrón.

Naala agarró el cuenco de cereales y se lo lanzó a Malik a la cabeza. Este acertó a esquivarlo echándose a un lado, y fue a hacerse añicos contra el frigorífico. La leche le salpicó todo el cabello, negro y tupido. Se quitó un copo de cereal del hombro mientras su mujer pasaba por su lado como una exhalación y salía de la cocina. Sonriendo, llenó el hervidor de agua y lo puso al fuego a la vez que encendía la radio.

Se preparó un café con una cucharada de gránulos instantáneos mientras el locutor empezaba a radiar las noticias. Añadió un poco de leche, y se detuvo un instante al oír que mencionaban su partido político, Seqinnersoq, el partido del sol.

—Aquí tenemos sol de sobra —comentó, y dio un sorbo al café. Continuó escuchando. El locutor dio paso a Aarni Aviki, el director de comunicación del partido. Sonrió al reconocer la voz nasal de Aarni repasando una lista de puntos prioritarios del programa de Seqinnersoq. Los medios de comunicación ya se habían percatado de la dificultad que mostraba con el idioma groenlandés, ponían de relieve las raíces danesas de su nombre y, a la menor oportunidad, lo llamaban Arne. Malik se maravillaba del control que ejercía su amigo cuando lo presionaban en todas las entrevistas. Pero sabía que para el partido, no había nadie mejor de cara al público que un groenlandés con mezcla de sangre desplegando un esfuerzo considerable por dominar la lengua del pueblo. Malik bebió otro sorbo de café y sonrió ante la simplicidad de todo ello. Los demás partidos se veían obligados a hacer comentarios sobre sanidad, economía y los problemas sociales del desempleo y la vivienda, mientras que Malik había conseguido sostener el discurso únicamente en torno a la cuestión del idioma, gracias al firme empeño de su director de comunicación.

Las cañerías del agua crujió, y Malik levantó la vista al oír que su hija cerraba el grifo de la ducha. Apagó la radio, se terminó el café y subió la escalera al trote para usar el cuarto de baño antes que su mujer. Le guiñó un ojo en el momento de colarse por la puerta y echar el pestillo, y sonrió cuando la oyó soltar una palabrota y después cerrar de golpe la puerta del dormitorio.

Cuando Malik salió de casa, vio a Pipaluk esperando dentro del coche. Dejó el maletín en el asiento trasero y dio un paso atrás para admirar su automóvil estadounidense, de importación: un Dodge RAM, fruto de su esfuerzo, y uno de los muchos beneficios debidos al hecho de no tener que pagar el IVA en productos internacionales. El sol matinal brillaba sobre la pintura negra y Malik sonrió al verse reflejado en el panel de la puerta. Saludó con la mano a Pipaluk, que iba en el asiento del pasajero, y se subió al coche.

—Pero qué vanidoso eres, papá —le dijo mientras él se abrochaba el cinturón.

—¿Y tú no, princesa? —Le hizo cosquillas en la oreja y jugueteó con el largo pendiente que le colgaba del lóbulo—. Creía que habíamos quedado en que estos eran únicamente para las ocasiones especiales.

—Hacen juego con la ropa que llevo.

—Pero a los profesores no les gustan —replicó Malik, y arrancó el motor.

—Ya no dicen nada, desde que iniciaste tu campaña.

—No —ratificó Malik—, seguro que no.

Salió del camino de entrada para coches y se incorporó a la calle principal, y al llegar al cruce se detuvo. Observó a Pipaluk mientras ella consultaba las redes sociales.

—Acuérdate de traer hoy a casa la ropa de invierno —le dijo, y seguidamente aceleró cuesta arriba en dirección a Qinngorput.

—El año pasado me la dejé en el perchero del guardarropa.

—Sí, y tu madre quiere ver si todavía te vale.

—¿Te ha dicho eso? —preguntó Pipaluk mirando a su padre—. Pensaba que no os hablabais.

—Me lo ha dicho. —Se volvió hacia su hija—. ¿Qué, no me crees?

Pipaluk negó con la cabeza y se concentró en su teléfono. El resto del trayecto lo hicieron en silencio.

Tardó apenas cinco minutos en llevar a su hija al nuevo colegio de Qinngorput, y habría tardado menos si no se hubiera parado a charlar con una de las madres jóvenes, que estaba dejando a su hijo en la clase de párvulos. Ya se había fijado en ella otras veces: en su suave tono de piel, en cómo iba maquillada, en el estilo de ropa que vestía. El niño que tiraba de su mano era muy maleducado, y Malik llegó a la conclusión de que no

merecía la pena tomarse ninguna molestia, sobre todo conociendo al padre. Le dio los buenos días a la madre, se despidió de Pipaluk con la mano y puso rumbo al centro del pueblo.

«Es más bien una ciudad», pensó para sus adentros mientras esperaba en una corta fila de vehículos en la rotonda. En Nuuk vivían quince mil personas. Tenía aeropuerto, hospital, juzgado, un puerto internacional y una universidad.

—Eso la convierte en una ciudad —dijo en voz alta al mismo tiempo que el tráfico empezaba a moverse—. Y yo tengo grandes planes para mi ciudad. —Contempló su rostro reflejado en el espejo retrovisor y sonrió.

Según los medios de comunicación y las encuestas por las que había pagado su partido, Seqinnersoq llevaba una buena ventaja a todos los demás partidos y estaba aumentando en popularidad, sobre todo en los asentamientos y en los pueblos diseminados a lo largo de la costa. Incluso en la costa oriental, que era una de las zonas más pobres del país pero regionalmente vinculada a Nuuk, la gente había reaccionado de manera positiva ante la llamada de Malik a renovar la identidad nacional, empezando por el idioma. Seqinnersoq quería que el groenlandés fuera la lengua principal, el inglés la segunda, y que el danés quedase erradicado como idioma de trabajo.

Era así de simple.

Pero Malik sabía que las raíces danesas eran largas y tenaces. Lo bastante delgadas como para meterse por entre las fisuras de la roca madre, por debajo del hielo, al igual que una cepa invasora que no se pudiera extraer sin arrancar con ella una enorme porción de la historia y la cultura de Groenlandia. A Malik la historia no le importaba gran cosa, y la cultura groenlandesa era fuerte, como el idioma, por lo que podría aceptar de mala gana que Dinamarca había desempeñado un papel de apoyo en cierto modo, sobre todo si se analizaba el estado actual del inuktitut, la lengua de los inuits canadienses.

—Pero eso no es necesario que lo mencionemos —dijo, y se miró en el espejo—, ¿verdad?

Su objetivo era la futura independencia de Groenlandia. Él se sentía asfixiado por la influencia que ejercía Dinamarca en su país. Hacía caso omiso de la hipocresía que entrañaba enviar a sus hijos a institutos daneses de educación superior. Al fin y al cabo, eran gratuitos. Pero cada vez que

miraba un mapamundi y veía el nombre de Dinamarca escrito debajo de Groenlandia, la isla más grande del mundo, notaba el sabor de la bilis en la garganta y le entraban ganas de vomitar.

Respiró hondo y lanzó un suspiro mientras aparcaba delante del Centro Cultural Katuaq. La forma ondulada que tenía el edificio recordaba las curvas de las auroras boreales que él amaba y echaba de menos cada otoño e invierno.

Apagó el motor y, aunque el corazón de aquella bestia americana quedara en silencio, el suyo latía a un ritmo que lo hacía sudar. Antes de apearse del coche, se secó la frente. Aspiró otra bocanada de aire fresco, recogió el maletín del asiento trasero y cerró con llave.

Aarni Aviki lo saludó con la mano desde su asiento en la cafetería. Malik le devolvió el saludo y atravesó el estacionamiento para entrar en el centro cultural. Se detuvo un momento a pedir un capuchino y un bollo de desayuno, y después se dirigió hacia donde estaba Aarni, sentado a la mesa más alejada de la puerta.

—Te he oído por la radio esta mañana —le dijo Malik al mismo tiempo que tomaba asiento.

Aarni dobló el periódico y lo guardó en el maletín que tenía a sus pies.

—¿Podemos hablar en danés? —pidió susurrando—. Tengo otra entrevista programada justo para antes de comer, y necesito relajarme un poco.

—Por supuesto —respondió Malik. Sonrió cuando la camarera le trajo el café y el bollo, y esperó a que se fuera otra vez para hablar—. Te lo he dicho muchas veces, tienes que relajarte más.

—Eso es un lujo. —Aarni desvió la mirada unos momentos—. Esos gilipollas quieren mi pellejo —dijo, y se volvió de nuevo hacia Malik—. Constantemente.

—Eres un blanco fácil. Es lógico que vayan a por ti. Además —añadió—, de ese modo me dejan a mí tranquilo. —Le guiñó un ojo—. Quizá debiéramos subirte el sueldo, otra vez.

—Sí, no estaría mal.

—Y... —agregó Malik. Hizo una pausa para retirar la espuma de su café con la cuchara—. ¿Tal vez más dinero supusiera mayor vida social? Una chica, por ejemplo. Cualquier cosa de la que pudieran hablar los medios. Para que no especulen acerca de otros temas.

—¿Como que yo sea gay? ¿Te refieres a eso?

Malik se encogió de hombros.

—Tu tendencia sexual es asunto tuyo, Arne...

—No me llames así. —Aarni paseó la mirada por el local—. Si la gente te oye llamarme así...

—Relájate, Arne —le dijo Malik—. Dio un sorbo al café y se lamió la espuma de los labios mientras depositaba la taza en el plato—. Simplemente estoy diciendo que eres un tipo interesante. Pero no es necesario que seas demasiado interesante. Groenlandia es un país pequeño y, en ciertas situaciones, resulta sano que haya una pequeña distracción.

—¿Una distracción?

—Sí.

Aarni se inclinó por encima de la mesa.

—¿Estás diciendo que debería ser más como tú?

—Un poco más como yo, sí.

—Entonces no has leído el periódico esta mañana, ¿verdad? —replicó Aarni, y volvió a recostarse en la silla. Cogió el periódico y se lo pasó a Malik—. Por suerte para ti, no eres el único.

Malik agarró el periódico con el entrecejo fruncido. Empujó su silla hacia atrás a fin de disponer de mayor espacio para pasar las páginas, y luego examinó la portada.

—Este no es el *Sermitsiaq*.

—No, es el *Politiken* de ayer, de Dinamarca. Anoche me lo dejaron encima de mi mesa.

—¿Anoche?

—Después de cenar, volví a la oficina a recoger unos papeles. Entonces fue cuando lo vi. Página diecisiete.

El periódico crujía mientras Malik iba pasando las hojas. Se detuvo un momento a leer la página en cuestión, sus ojos recorrieron un artículo tras otro hasta que se centraron en uno que estaba rodeado por un círculo de tinta azul. Luego, dejó el periódico y preguntó:

—¿Lo has marcado tú?

—No —respondió Aarni. Le dio la vuelta a su taza en el plato, empujó su silla hacia atrás y se levantó—. Voy a pedir otro. ¿Tú quieres algo?

Aguardó a que Malik le respondiera, pero se fijó en las arrugas que mostraba su jefe en la frente y decidió dejarlo tranquilo leyendo el

artículo. Cuando volvió, encontró el periódico doblado sobre la mesa.

Malik estaba mirando por el ventanal.

—¿Quién ha rodeado ese artículo con un círculo?

—No lo sé —contestó Aarni, y se sentó.

—Tienes que averiguarlo.

—Obviamente.

Malik se volvió al oír que regresaba la camarera con el café de Aarni. Cruzó una pierna sobre la otra y esperó a que se fuera para hablar de nuevo:

—Por lo menos, no se menciona mi nombre.

—Si así fuera, te habrían pedido que hicieras algún comentario.

—Pero alguien...

—Espera un segundo —dijo Aarni, y levantó una mano. Si ahora disfrutaba del cambio que se había operado en el equilibrio de poder de aquella mesa, desde luego estaba siendo lo bastante inteligente como para no demostrarlo—. Vamos a hablar de distracciones, ¿te parece? —Esperó a que Malik respirase hondo—. Ya llevo mucho tiempo sirviéndote de escudo. Creo que los dos sabemos que por eso me contrataste.

Malik lo miró, asintió y apartó la vista.

—Pero el mero hecho de que los medios de comunicación tengan su atención totalmente centrada en mí no significa que tú seas inmune. —Aarni dio unos golpecitos en el periódico con el dedo—. La cultura de partido de la política de Groenlandia que *Politiken* ha encapsulado de manera tan elocuente es, por suerte para ti, principalmente histórica. Pero tu problema no son los partidos, Malik.

—¿No? —Malik volvió a mirar a Aarni.

—Tu problema es el gusto exótico que tienes con las mujeres.

—¿Exótico?

—De mezcla de sangre, para decirlo de forma escueta. Te gusta el café de tueste medio, no el oscuro. Nunca lo tomas solo, sino con leche...

—Ya he pillado el sentido, Aarni —lo interrumpió Malik. Frunció los labios y añadió—: Explícame lo que significa «políticamente».

—¿Es necesario?

—Supón que sí.

—De acuerdo. —Aarni asintió con la cabeza—. Pongamos el asunto en perspectiva. Los medios de comunicación van a por mí porque yo tengo

dificultades para hablar el groenlandés. Están sondeando, esperando a que yo cometa una equivocación y hable en danés. En ese momento me crucificarán por ello, pero es lo único que tienen. Que fuese gay sería un asunto de menor importancia. Sí, perdería toda mi credibilidad, y, teniendo en cuenta los tabúes que rodean a la homosexualidad en este país, mi carrera política quedaría destrozada. Pero mi carrera profesional, no. Esta campaña me ha puesto en el centro de todas las miradas...

—Yo te he puesto en el centro de todas las miradas —replicó Malik, y golpeó la mesa con los nudillos.

—Así es, y te estoy agradecido, y voy a demostrarte hasta dónde llega mi agradecimiento, y... —Se interrumpió porque empezó a vibrar un mensaje entrante en su móvil. Lo leyó, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y luego terminó la frase—: ... mi lealtad. —Sonrió a Malik, que lo estaba mirando. Cerró la pantalla de mensajes y se guardó el móvil en el bolsillo—. Pero los efectos secundarios que vas a sufrir en política serán mucho mayores para ti. Has hecho ver a todo el mundo que Groenlandia es para los groenlandeses, y eso significa hablar el idioma.

—Es lo que esperan sus habitantes.

—Sí, y eso te reporta una comisión: que todo el mundo hable de ti. Hace que te sientas poderoso.

Malik soltó un resoplido.

—Se te ha olvidado decir «omnipotente».

—Sea lo que fuere lo que sientas, también es tu talón de Aquiles. Tu punto débil. Tu lujuria te hace parecer débil...

—¿Débil?

—Sí, porque tu gusto por las mujeres jóvenes groenlandesas con mezcla de sangre te convierte en el político más hipócrita que se haya visto jamás en la política de Groenlandia —afirmó Aarni y rechazó la reacción de Malik con la mano; ahora le tocó a él golpear la mesa con los nudillos—. Es posible que los groenlandeses denuncien y monten un gran alboroto acerca de la apropiación indebida de fondos, el nepotismo, los pactos por debajo de la mesa que hacen los políticos, pero lo perdonarán y olvidarán todo cuando lo consideren en perspectiva, cuando se les recuerde cuántas cosas se le tienen que dar bien a un político hoy en día, cuántas habilidades precisan dominar, cuán complicada y compleja se ha vuelto nuestra sociedad. Pero tú... —Aarni guardó silencio para reclinarsse en su

silla—. Cuando te llegue a ti el turno, dirán: «Tenía una sola cosa que hacer». Una sola cosa. *Groenlandia para los groenlandeses*, hablar el idioma de su país. Si te tiras a otra chica más que hable danés, se enterarán, y eso supondrá el fin de tu carrera política o cualquiera que sea.

Malik empujó el asa de su taza de café con el dedo y la hizo girar en el plato hasta que quedó apuntando hacia Aarni. Miró a su director de comunicación a los ojos y le dijo:

—Acabas de decir que sientes agradecimiento y lealtad.

—Así es. Y es verdad —contestó Aarni—. Ha sido verdad.

—¿Ha sido? ¿Quieres decir que me has sido leal?

—Quiero decir que cuando llegue el momento verás cuán profunda es mi lealtad. Sin la menor duda. Es lo menos que puedo hacer. Mi carrera ya está encarrilada —añadió Aarni, y sonrió—. Y me siento agradecido por ello.

—En ese caso, necesito que hagas una cosa.

—Lo que sea.

Malik señaló el periódico con la cabeza.

—Busca al que ha rodeado ese artículo con un círculo. Averigua qué es lo que saben y qué quieren. Haz eso por mí.

La oficina de Nivi Winther se encontraba en el segundo piso del edificio gubernamental, junto a la comisaría de policía de Nuuk. Dado que era la primera ministra de Groenlandia y líder del partido de los socialdemócratas groenlandeses, estaba acostumbrada a mantener una agenda más apretada que los miembros de los partidos minoritarios del país, pero a menudo echaba de menos el pausado ritmo de vida propio del asentamiento en el que había nacido. Incluso Ilulissat, la ciudad más grande del norte de Groenlandia, era un lugar más relajado que la capital, y ya estaba deseando realizar la visita que tenía programada allí para el fin de semana.

Se inclinó hacia delante en su escritorio y tocó la fotografía de su hija, Tinka, en la que se la veía abrazada a su padre Martin, su exmarido. La gente decía que su hija y ella parecían hermanas. Sonrió al pensarlo, y luego contempló la imagen de Martin, aquel danés alto, procedente de Jutlandia occidental.

—De él es de quien has heredado esas piernas tan largas, Tinka —susurró justo un momento antes de que su asistente llamara a la puerta y entrara en el despacho.

Daniel Tukku cruzó el suelo de madera de pino del despacho de Nivi, le colocó delante tres delgadas carpetas y fue tocándolas de una en una.

—Desempleo. Vivienda. Cultura e identidad —recitó—. Dispones de diez minutos antes de la entrevista.

—¿Y solo van a preguntarme por estos tres temas? —replicó Nivi, y alargó la mano para coger la primera carpeta. La abrió con una uña larga y lisa, pintada con esmalte transparente.

—Eso es lo que hemos acordado. —Daniel tocó la tercera carpeta—. Pero el importante es este.

—¿Cultura e identidad?

—E idioma.

Nivi apartó la mirada y suspiró.

—El asunto de la semana entera.

—Y de todas las semanas a partir de ahora hasta las elecciones. Es mejor que vayas acostumbrándote a ello.

—No son capaces de avanzar, ¿verdad?

—Malik Uutaaq no quiere avanzar. —Daniel se encogió de hombros—. Te tiene a ti donde desea tenerte, y el país entero lo está observando.

—Pero no todo el país está de acuerdo con él.

—¿Fuera de Nuuk? Puede que sí.

Nivi apartó la silla y se levantó. Fue hasta la ventana con los pies descalzos y contempló el mar y la línea difuminada del horizonte.

—¿Cómo hacemos para cambiar el discurso?

—Sinceramente, no creo que puedas. Es algo personal. Él quiere que sea personal. Y si yo estuviera en su lugar...

—Harías lo mismo, ya lo sé. —Nivi se volvió—. Recuérdame otra vez por qué decidiste trabajar para mí.

—Porque tú puedes cambiar las cosas. Porque tú no permitirás que el idioma interfiera con la identidad.

—Hablo groenlandés.

—Yo también, pero el danés es cómodo. —Daniel estuvo a punto de esbozar una sonrisa—. ¿Quieres que hablemos en groenlandés?

—¿Con eso resultaré más atractiva a los votantes?

—¿A los votantes de Malik? No. Ellos lo escuchan a él. Y cada vez que tú les ganas en las encuestas...

—Malik le recuerda a la nación que yo estuve casada con un danés, y que tengo una hija que solo habla danés. —Nivi negó con la cabeza—. No es justo, Daniel.

—Tienes razón. No lo es. Y precisamente por eso —dijo señalando las carpetas que descansaban sobre el escritorio— he organizado la entrevista.

—Que debo conceder en danés.

—Porque el periodista es sordo, Nivi. Ese es el motivo.

—¿No podrías haber buscado a otro?

—Qitu no puede ser más groenlandés. La gente le hace caso. Cuenta con el voto de simpatía. Algo que con mucho gusto explotaré yo, si puede sernos de ayuda.

—Pero ¿habla groenlandés?

—Sí, pero le resulta más fácil leer los labios en danés. Los dialectos del groenlandés pueden llegar a ser un problema.

—Recuérdame otra vez cómo se quedó sordo.

—Le ocurrió cuando era pequeño, saltando por entre los bloques de hielo que flotaban en el puerto. Se cayó al agua. —Daniel sonrió al recordar una experiencia parecida—. ¿Qué puede ser más groenlandés que eso?

—Sí, tienes razón. —Nivi se sentó tras su escritorio—. ¿De cuánto tiempo dispongo?

Daniel consultó el reloj.

—De cinco minutos —respondió—. Diez si le ofrezco un café.

—Pues ofréceselo —dijo Nivi mientras iba abriendo las carpetas. Empezó a leer y Daniel salió del despacho. Cerró la puerta tras de sí con suavidad.

Nivi repasó el documento que hablaba de la vivienda y fue asintiendo con la cabeza a cada uno de los distintos puntos. No había nada nuevo. El desempleo, por su parte, sí representaba harina de otro costal, y la promesa de crear puestos de trabajo en la minería y el petróleo suponía una constante fuente de optimismo entre los medios de comunicación, únicamente por detrás del debate sobre la identidad. Sin embargo, a Nivi le resultaba difícil mostrarse optimista cuando Groenlandia dependía de habilidades y tecnología extranjeras. Ella quería impulsar el turismo, aunque los puestos de trabajo que podía ofrecer el sector turístico fueran escasos.

—Estos son los temas que deberíamos estar debatiendo —dijo en voz alta, sorprendida de oír su propia voz. Levantó la vista esperando a medias que Daniel asintiera con la cabeza y se mostrara de acuerdo con ella; pero estaba sola, y la última carpeta le aguijoneaba la conciencia. La miró un instante, y después cogió el teléfono móvil que descansaba sobre el escritorio. Revisó los mensajes y consultó la página de Facebook de su hija. No había actualizaciones nuevas. Resistió el impulso de llamar a Tinka solo para hacer una comprobación. Dejó el teléfono y cogió la última carpeta, leyó el contenido un poco por encima y se levantó. Un segundo más tarde, Daniel llamaba a la puerta.

—¿Preparada? —preguntó asomándose al interior.

—Claro. —Nivi se puso las botas y se subió la cremallera hasta la pantorrilla, seguidamente guardó el teléfono en el bolsillo trasero de los vaqueros y recogió las carpetas apilándolas. Al salir del despacho, se las entregó a Daniel—. ¿Dónde está? —le preguntó.

—En la sala de reuniones.

—¿Cómo se apellida? —dijo mientras andaban.

—Kalia.

—Bien.

Se detuvo un momento ante la puerta de la sala de reuniones, se arregló el flequillo con sus largos dedos y respiró hondo. Le sonrió a Daniel y, a continuación, abrió la puerta.

—Qitu —dijo entrando en la sala a grandes zancadas para estrechar la mano del periodista—. Me alegro mucho de que haya podido venir. —Le hizo una seña a Daniel para que cerrase la puerta y luego se sentó.

Qitu se limpió unas migas de galleta de la camisa y tomó asiento frente a Nivi. Apartó a un lado el café y el platito, y abrió su libreta. Nivi se sorprendió a sí misma buscando la grabadora que los periodistas solían llevar consigo. Hizo un alto, se recostó en su asiento y esperó. La voz de Qitu, cuando empezó a hablar, resultó más grave de lo que ella imaginaba. Se fijó en su boca, observó la línea definida de su mandíbula y después le vio los ojos, y por segunda vez descubrió que aquel periodista la había dejado sorprendida. Estaba con la guardia baja, y la pregunta abierta de Qitu la puso a la defensiva.

—Hábleme de su hija —pidió mientras sostenía el bolígrafo en el aire, encima de la libreta, con sus ojos de color castaño oscuro fijos en la boca de ella.

—¿Mi hija?

—Sí. Hábleme de ella.

—¿No quiere hablar de la vivienda? ¿O del desempleo?

El periodista negó con la cabeza.

—Este artículo es de índole personal. Su asistente ha dicho que Groenlandia necesita conocerla. Para eso he venido aquí.

Nivi se volvió hacia la puerta, pero Daniel ya la había cerrado. Miró a Qitu, reflexionó unos instantes y contestó:

—Muy bien. ¿Qué es lo que desea saber?

Guardó silencio mientras Qitu daba un sorbo al café.

—Hábleme de su hija.

—¿De Tinka? —Nivi sonrió—. Tiene diecisiete años y está en segundo curso de enseñanza secundaria, en el instituto.

Observó que Qitu iba tomando apuntes casi sin mirar la libreta. Por primera vez en su vida, tuvo la sensación de contar verdaderamente con la atención de otra persona, de que Qitu estaba concentrado en ella y en lo que estaba diciendo. Comenzó a relajarse. Se sirvió también un café, y rodeó la base de la taza con las manos para calentarlas. Bebió un sorbo y empezó a hablar.

—Acabo de decir que Tinka tiene diecisiete años, pero la verdad es que actúa como si ya tuviera veintitantos. —Sonrió al recordar los cientos de discusiones que habían mantenido en Ilulissat, un viernes por la noche, antes de que Tinka se fuera a estudiar a Aasiaat y ella se mudara a Nuuk —. Tengo que acordarme de que es una mujer joven y no mi niñita.

—¿Cuánto hace que no la ve?

—¿Cuánto? —Nivi arrugó el entrecejo y se inclinó hacia delante—. Desde el verano, antes de que empezaran las clases. Estuvimos dos semanas en Grecia y, después, un fin de semana en Nuuk.

Qitu escribió otra anotación.

—¿Cuándo habló con ella por última vez?

—Eh —protestó Nivi depositando la taza en la mesa—, ¿de qué va esto?

—Simplemente le estoy haciendo preguntas sobre su hija. ¿Cuándo habló con ella por última vez?

—El jueves por la noche. ¿Por qué?

—¿Antes del fin de semana?

—Sí. Los jueves suelen llegar antes del fin de semana.

Nivi volvió la cabeza al ver que Daniel abría la puerta.

—¿Va todo bien? —preguntó el asistente.

—¿Qué sucede, Daniel?

—¿A qué te refieres?

—Qitu quiere saber cuándo hablé por última vez con Tinka.

Las patas de la silla, forradas con caucho, rozaron la madera de pino del suelo cuando se puso de pie. Se sacó el teléfono del bolsillo y marcó el número de su hija. Mientras esperaba a que Tinka contestara, miró al periodista con gesto furioso. Empezó a dar golpecitos con el pie, y cuando vio que Tinka no contestaba a la primera, pulsó el botón de rellamada.

—Lo más probable es que esté en clase —sugirió Daniel cuando Nivi bajó el teléfono.

Nivi clavó la mirada en Qitu. Sus ojos habían perdido el atractivo del principio, y a Nivi dejó de impresionarla su habilidad para tomar notas y empezó a preocuparla mucho más cuáles podían ser sus motivos. Daniel se acercó a la mesa; Nivi no le hizo caso y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Dígame por qué quiere saber eso —ordenó.

Qitu la miró fijamente y luego miró a Daniel.

Nivi se apretó las manos contra el cuerpo. Notaba los bordes del teléfono clavándosele en la piel. Miró a Qitu con el ceño fruncido y le ordenó:

—Dígamelo.

—Estoy trabajando en un artículo.

—¿Acerca de Tinka? —Nivi dio un paso hacia la mesa.

—Nivi... —intervino Daniel en tono suave pero apremiante.

—Cierra la puerta —dijo Nivi. Esperó a oír el chasquido de la hoja al cerrarse y añadió—: Hábleme de ese artículo.

Qitu bajó la mano a la bolsa que tenía a los pies y sacó de ella un ejemplar del periódico danés, el *Politiken*. Lo puso encima de la mesa, lo abrió e indicó un artículo concreto con el dedo. Nivi se inclinó hacia delante y empezó a leer. Daniel esperó a que terminase y después giró el periódico para poder leerlo también.

—¿Unas fiestas? —dijo Nivi—. ¿Se propone escribir un artículo sobre unas fiestas con políticos en Groenlandia?

—Sí —respondió Qitu.

—Y —Daniel intervino lanzando una mirada a Nivi—, ¿usted cree que Tinka ha estado en una de estas fiestas?

—No solo en una.

La primera ministra se apartó de la mesa y volvió a marcar el número de teléfono de su hija. Al tercer timbrado, se rindió y marcó otro número, y mientras esperaba, miró a Daniel sin parpadear.

—Esta entrevista la has organizado tú —le dijo.

—Ya.

—De manera que Tinka acude a fiestas. Es una chica joven. —Dio unos golpecitos nerviosos con el pie—. ¿Qué es lo que pretendías?

—Lo siento. ¿Le digo a Qitu que se vaya?

Nivi alzó una mano y empezó a hablar por el teléfono.

—¿Martin? Hola. Oye, tengo que hablar con Tinka. —Aguardó unos instantes, asintió con la cabeza y después dijo—: De acuerdo, llámame

otra vez para darme el número de Kaka, por favor. Gracias. —Puso fin a la llamada y miró a Qitu—. Ha estado todo el fin de semana con una amiga.

Qitu asintió, dobló el periódico y cerró la libreta. Acto seguido, se levantó, se echó la bolsa al hombro y metió dentro la libreta.

—El periódico se lo puede quedar —dijo, y echó a andar en dirección a la puerta. Agarró el tirador, se detuvo un momento y se volvió—. Lo siento.

—¿Por qué? ¿Por haber acusado a mi hija de salir de fiesta con políticos? Eso no es un delito.

—Tiene razón. No es un delito.

—Entonces, ¿por qué tiene tanto interés? —Nivi frunció el ceño y se mordió el labio. Bajó la mano y señaló a Qitu—. Aquí está ocurriendo algo más, ¿verdad? —Dio un paso al frente—. ¿Qué es lo que me está ocultando?

Qitu miró a Daniel y esperó a que este le hiciera un gesto de asentimiento. Luego se volvió hacia la primera ministra.

—Estoy escribiendo un artículo acerca de Malik Uutaaq.

—¿Y? —lo apremió—. No mire a Daniel. Dígame qué tiene todo esto que ver con mi hija.

—Uutaaq ha estado este fin de semana en Ilulissat —aportó Daniel.

—Eso no resulta nada raro —replicó Nivi—. Tiene una agenda programada, como la de los demás. Ha acudido a una reunión, en el hotel Arctic. Me lo has dicho tú, Daniel. Tú has estado en esa misma reunión.

—Así es. Allí ha estado. Pero él se ha quedado a pasar el fin de semana.

—¿Y ha asistido a una fiesta con mi hija?

—Puede ser, no lo sé. Pero si...

—¿Si *qué*? —lo interrumpió Nivi con voz temblorosa, sintiendo que el corazón se le desbocaba en el pecho.

Daniel tragó saliva y miró a su jefa.

—Si él ha estado allí —dijo—, y tu hija también... —Hizo una pausa para tomar aire—. Podríamos utilizar esa información.

—¿Utilizarla? ¿Para qué? —Se volvió hacia Qitu—. ¿Piensa escribir un artículo sobre Malik Uutaaq y mi hija?

Qitu asintió con la cabeza.

—Sí —respondió.

—¿Por qué? ¿Es porque cree que...? —Nivi se interrumpió al comprender qué era lo que estaban insinuando los dos hombres. Sintió que palidecía de golpe y se lanzó sobre la pantalla del teléfono.

—Nivi, espera —le rogó Daniel, y dio un paso hacia ella. Nivi levantó la mano con un dedo extendido, a modo de advertencia, y Daniel se detuvo. Nivi se llevó el teléfono al oído y esperó, y volvió a bajarlo al ver que Tinka no contestaba.

—Está bien —dijo, y respiró hondo—. Está bien. Queréis decirme algo que resulta difícil, así que decídmelo.

—¿El qué? —repuso Daniel.

—Ya lo sabes.

Qitu fue hasta la mesa y se sentó, y apretó su bolsa contra las rodillas a modo de escudo.

—Pensamos que su hija ha tenido relaciones sexuales con Malik Uutaq. —Aguardó a que la primera ministra reaccionara. Ella frunció los labios e hizo un gesto de asentimiento para animarlo a continuar—. Más de una vez —agregó.

—¿Y queréis utilizar eso —miró a Daniel—, que Malik se haya acostado con mi hija?

—No —respondió Daniel negando con la cabeza—. Lamento que haya sido con tu hija, pero esa no es la razón de que queramos utilizarlo.

—Entonces, ¿cuál es? No lo entiendo.

Daniel se sentó a la mesa y le indicó a Nivi con una seña que hiciera lo mismo. Ella depositó el teléfono encima, se lo quedó mirando unos instantes y luego lo puso boca abajo para ocultar la pantalla.

—Nivi —dijo Daniel.

—Sí.

—Malik cuenta con el voto popular. Ha asumido la posición de superioridad moral, a ojos del pueblo.

—¿En la postura que adopta respecto del idioma y de la identidad? Es patético.

—Y antidanés, y anticolonial.

—No somos una colonia —apuntó Nivi.

—Eso depende de la manera en que uno vea la relación que tenemos con Dinamarca —replicó Qitu.

—Dinamarca está muy lejos de los asentamientos —dijo Daniel.

—Nuuk, también —repuso Nivi.

—Cierto, pero Nuuk sigue siendo Groenlandia.

—¿Y tú crees que las elecciones van a reducirse a eso? ¿A elegir entre partidos prodaneses y el voto popular nacionalista?

—Piénsalo, Nivi —le dijo Daniel—. Sabes que sí.

—La política de Malik se basa únicamente en la lengua que él habla. Si está dentro es por el poder. No tiene ni pizca de capacidad de liderazgo, ni la experiencia necesaria para cuadrar unos simples presupuestos.

—Todo eso no tiene importancia si la gente cree que tan solo quiere lo que sea mejor para Groenlandia.

—Te refieres a la independencia.

—Sí, a eso me refiero. Y no estamos preparados. Lo sabes muy bien. No hay petróleo, y los chinos van detrás de nuestras minas para apropiárselas. Tampoco hay puestos de trabajo. —Daniel guardó silencio—. Tenemos que frenar a Malik, Nivi. Tenemos que desacreditarlo.

—Por medio de mi hija, Daniel. ¿Vais a servirlos de ella? —Soltó un bufido—. ¿Habéis pensado, siquiera por un instante, la repercusión que tendrá eso sobre mí? Hará que él parezca fuerte. Si puede acostarse con la hija de su rival político, es capaz de lograr lo que sea.

—No creo que sepa quién es la chica —comentó Qitu.

—¿Cómo?

—No se ha acostado con ella porque fuera hija de usted, sino porque la encuentra atractiva.

—Hay montones de chicas atractivas.

—Pero Malik Uutaq se acuesta solo con las de un tipo determinado. —Qitu aguardó a que la primera ministra le preguntara qué tipo era aquel, pero no fue necesario. Le quedó claro en la chispa que brilló en sus ojos y en el músculo que se le contrajo en la mejilla.

Nivi se acordó de las largas piernas de su hija, de su piel color nata, de su melena negra y sedosa, y de sus finas cejas europeas. Asintió con la cabeza y dijo:

—Le gustan las chicas danesas.

—No —replicó Daniel—, le gustan las que son mitad y mitad, precisamente aquellas que, según él, no son groenlandesas por tener padres con mezcla de sangre o...

—Porque hablan danés. —Nivi miró primero a Daniel y después a Qitu —. Entiendo —dijo. Acto seguido, se levantó, cogió el teléfono y se dirigió hacia la puerta.

—¿Nivi? —llamó Daniel, y señaló a Qitu con un gesto—. ¿Y el artículo? Pero Nivi rechazó la propuesta con un gesto de la cabeza y salió del despacho.

***PINGASUNNGORNEQ***  
**MIÉRCOLES**

Las puertas del garaje del taller chirriaron cuando el mecánico las abrió. Le hizo una seña a Petra, se apartó a un lado para dejarla pasar y señaló la barandilla que había en la pared, en un rincón del taller.

—Ahí es donde lo dejé —dijo. Indicó la botella vacía de vodka que estaba en el suelo—. Por lo visto, se la terminó.

—Eso parece —coincidió Petra. Recorrió con la mirada el oscuro recinto, buscando un interruptor de la luz. El mecánico encendió las luces, y ella le dio las gracias con la cabeza. Vio la silla de ruedas de Maratse, vacía, y se dirigió hacia la parte delantera de las ambulancias. Allí encontró a Maratse, tumbado boca abajo encima de un montón de chaquetones y botas. Petra se arrodilló a su lado—. Eh —le dijo—, es hora de despertarse. —Le tiró del hombro; Maratse emitió un quejido e intentó darse la vuelta, pero Petra se lo impidió—. Vamos, tienes que tomar un avión.

Petra examinó a Maratse como examinaría a un borracho tirado en la calle. Le cogió las manos y las volvió con delicadeza hacia la luz, y se fijó en las limaduras de óxido mezcladas con sangre que presentaba en las palmas. Maratse abrió los ojos y la miró.

—Podrías haber hecho esto mismo en el gimnasio del hospital —le dijo lanzando una mirada hacia la barandilla del fondo.

—Me gusta hacerlo aquí —replicó él.

—¿Y también te gusta dormir aquí?

—Hay más silencio que en la sala del hospital.

Maratse empezó a incorporarse, y Petra lo ayudó. Se llevó una mano a la cabeza y cerró los ojos unos instantes. Petra sonrió cuando volvió a abrirlos.

—Te dolerá menos cuando hayas desayunado.

—¿Tú crees?

—Sí. Invito yo —repuso ella, y se levantó para ir a buscar la silla de ruedas. Cuando la trajo, Maratse la miró con cara de pocos amigos.

—Necesito las muletas.

—Que están en tu habitación, en la sala del hospital. —Petra lo ayudó a sentarse en la silla—. La monja creyó que te habías dado el alta tú mismo, hasta que encontró tu anorak. Dedujo que no te habrías marchado sin el paquete de tabaco.

—Hum... —contestó Maratse. Cerró las manos en torno a las ruedas de la silla, pero luego volvió a ponerlas sobre el regazo—. Conduce tú.

Saludó al mecánico con la cabeza mientras Petra lo sacaba del garaje y lo empujaba hacia la calle. Cuando atravesó un rayo de sol que se filtraba por entre los edificios, la fuerte luminosidad hizo parpadear a Maratse. Petra giró otra vez y se internó en el hospital, en línea recta hacia el ascensor. Soltó la silla, pulsó el botón del primer piso y se apoyó contra un costado. Maratse la miró un momento y después desvió el rostro.

—Tienes las manos hechas una pena —le dijo Petra—. ¿Quieres que te las miren?

— *Eeqqi* .

—¿Y las piernas? ¿Te duelen?

—No más de lo normal.

—¿Cuándo te tomaste la última pastilla?

Maratse se encogió de hombros.

—Antes del vodka.

—No sabía que bebieras.

—No he estado bebiendo.

—¿No?

—He estado medicándome.

—Para eso son las pastillas —replicó Petra mientras se abrían las puertas del ascensor. Sacó a Maratse al pasillo y lo condujo hasta la sala y luego a su habitación—. Puedo esperar mientras te duchas.

Se apoyó en el alféizar de la ventana, y el sol arrancó varios destellos a los mechones de pelo que se le escapaban de la cola de caballo que llevaba en lo alto de la cabeza.

—¿Por qué estás aquí, Petra?

—Para llevarte al aeropuerto. Tal como quedamos.

—Eso no es hasta después de comer.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Petra hundió las manos en los amplios bolsillos de su anorak de policía. Se revolvió un momento, como si no quisiera hablar.

—El comisario me ha pedido que cuide de ti. Sabe que hemos trabajado juntos en el pasado. Yo le dije que éramos amigos y que me gustaría ayudarte.

—Hum...

—Te torturaron, David. No pasa nada por recibir un poco de ayuda.

Maratse bajó la cabeza y se miró las manos. Se rascó las limaduras de óxido prendidas en la sangre que se le había acumulado en los pliegues de la piel.

—¿Te lo ha pedido él?

—Sí. —Petra guardó silencio unos instantes—. Después de que se lo sugiriera yo.

—¿Le sugeriste que yo necesitaba que cuidaran de mí? —preguntó Maratse levantando la vista hacia ella.

—¿Y no lo necesitas?

Maratse se encogió de hombros.

—Puede ser —contestó.

—Pues entonces déjame que te ayude. Por lo menos, hasta que tomes el avión.

—Está bien, pero de ducharme, nada.

—No pensaba ayudarte con la ducha —replicó Petra riendo.

—No te lo he pedido. Es que no quiero ducharme.

—Hueles que apestas, David.

Maratse lanzó un gruñido y se dirigió a la butaca que había junto a la cama. Echó los frenos de la silla de ruedas y alargó el brazo para coger las muletas, que estaban apoyadas contra la pared. Oyó a Petra moviéndose para acudir en su ayuda y le hizo un gesto negativo con la cabeza para impedirselo.

—Tengo que hacerlo yo solo —dijo, e hizo un esfuerzo para ponerse de pie. Tras tambalearse un poco, recuperó el equilibrio, se puso el anorak del uniforme y sacó un cigarrillo del paquete que tenía guardado en el bolsillo. Se lo encajó en el hueco de entre los dientes y miró a Petra con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Preparada? —preguntó.

—Esperándote a ti, abuelo.

— *Iji* —repuso él, y cogió las muletas. Sujetó el cigarrillo entre los dientes y echó a andar en dirección a la puerta. Petra fue tras él y se situó a su lado. Ambos recorrieron juntos el pasillo y se dirigieron al ascensor.

—¿Y el alta? —preguntó Petra—. ¿Quieres ocuparte de eso después?

—Acabo de ocuparme —replicó él al mismo tiempo que se abrían las puertas del ascensor. Entró en la cabina y se apoyó contra la pared del fondo. Petra, negando con la cabeza, entró también.

—¿Siempre eres tan difícil, o es porque te has despertado al lado de una ambulancia?

—Siempre —contestó mientras las puertas se cerraban.

Maratse avanzó a buen ritmo hasta el coche policial de Petra, un Toyota. Esta abrió la puerta del pasajero, y Maratse, gruñendo y resoplando, se subió al asiento y colocó las muletas junto a su pierna derecha. Petra cerró la portezuela.

—Me parece increíble —dijo a la vez que se sentaba al volante— que todavía no hayas encendido el cigarrillo.

—No puedo —replicó Maratse.

—¿Por qué?

—Demasiado vodka.

Petra soltó una carcajada y arrancó el motor.

—Eres imposible.

Petra condujo por la ciudad y aparcó frente a una cafetería situada a la orilla. La marea baja había dejado unos pequeños bloques de hielo atrapados entre las rocas, y ahora relucían al sol. Petra ayudó a Maratse a apearse del coche y a entrar en la cafetería. Tomaron asiento en una mesa ubicada junto al ventanal y pidieron el desayuno.

Maratse se guardó el cigarrillo en el bolsillo y dio un sorbo al café solo mientras esperaban la comida. Permanecía en silencio, escuchando tranquilamente a Petra, que hablaba de la prueba de acceso para sargento, y contemplando las gaviotas y los cuervos que se peleaban por hacerse con los restos de un cadáver de foca que había en las rocas. Levantó la vista cuando llegó el desayuno, y Petra lo miró fijamente.

—¿Qué? —dijo.

—Te acabo de preguntar dónde vas a vivir en Inussuk.

—Tengo pensado alquilar una casa. El pasado invierno fallecieron los padres de una de las enfermeras. Ha quedado vacía.

—¿Y ya está?

— *Iiji* . —Maratse frunció el ceño—. ¿Cuál es el problema?

—Que no tienes tus cosas.

—La casa está amueblada.

—Pero falta tu ropa y otras pertenencias.

Maratse se encogió de hombros.

—¿Qué necesito?

—¿No vas a echar nada de menos?

—Puede ser —contestó Maratse, y se terminó el café. Volvió a llenar la taza con la cafetera que habían dejado en la mesa.

—¿Como qué?

—Como un libro.

—¿Uno solo?

—En general. Me gusta la ciencia ficción.

—No me digas. —Petra lanzó una carcajada—. Deberías leer novelas policiacas. Todos los policías leen novelas policiacas.

—Yo ya no soy policía. —Maratse miró por el ventanal, dio un sorbo al café y no dijo nada más hasta que Petra anunció que era hora de irse. Pagó el desayuno y acompañó a Maratse al exterior de la cafetería. Él pasó de largo ante el coche policial, se acercó a la orilla y se encaminó hasta la plancha de madera salitrosa que separaba el embarcadero de la zona de aparcamiento, construida a base de hormigón y asfalto. Petra fue con él hasta el final del embarcadero y se quedó en silencio a su espalda, mientras él contemplaba el mar.

—Si las cosas fueran de otra manera... —le dijo ella.

—Pero no lo son.

—No, pero si lo fueran, ¿te quedarías en Nuuk?

—¿Para hacer qué? —Maratse orientó la cara hacia el sol y cerró los ojos.

—No sé. Tal vez trabajar en la biblioteca, o en la librería.

Maratse abrió los ojos y miró a Petra. Él señaló con la cabeza los témpanos de hielo que se divisaban mar adentro y la fina neblina que acababa de formar una ballena jorobada al expulsar el aire contenido en los pulmones.

—No puedo trabajar en la ciudad —aseguró—. Necesito estar allá.

—¿En el mar?

—En el mar. En el hielo.

—Pero aquí también hay mar. Acabamos de ver una ballena.

Maratse se sacó el cigarrillo del bolsillo, se lo puso en los labios y lo encendió. Metió el filtro en la boquilla y lo empujó con la punta de la lengua. Petra se apartó a un lado para escapar de la nube de humo que él expulsaba de sus pulmones. Maratse sonrió y señaló el terreno y las construcciones que había en la calle.

—No quiero vivir aquí —dijo.

Petra abrió la boca para decir algo, pero se interrumpió porque empezó a sonarle el teléfono. Atendió la llamada, asintió con la cabeza y después volvió a guardarlo en el bolsillo.

—Me necesitan en la comisaría. Hay una persona desaparecida —dijo—. No tardaré mucho. ¿Quieres esperar aquí?

—Puedo esperar —respondió Maratse, y asintió. Observó cómo Petra se dirigía a toda prisa hacia el coche policial y, después, volvió a buscar con la vista a la ballena entre los témpanos de hielo.

La ballena se sumergió hasta lo más hondo, después emergió de nuevo a la superficie lanzando chorros de aire frente a sí, con la boca abierta, para cerrar sus inmensas fauces sobre el nutrido banco de gambas y kril que flotaba en la base del iceberg. Maratse contempló cómo repetía tres veces la misma operación, luego lanzó al mar la colilla del cigarrillo y cogió las muletas. A continuación, regresó hasta el aparcamiento caminando a duras penas por la orilla en dirección a la estatua de Sassuma Arnaanut, Sedna, la madre del mar. Petra lo encontró una hora más tarde sentado en un banco al lado de una hilera de canoas forradas de piel, los *qajaq* de Groenlandia, mientras el oleaje, en su ir y venir, lamía la base de los bloques de hielo que rodeaban a Sedna. Traía un paquete en la mano, y se lo entregó a Maratse.

—¿Qué es esto? —preguntó él a la vez que retiraba el papel del envoltorio.

—Un libro. —Petra se mordió el labio y arrugó la frente—. Está en inglés. Lo siento. No tenían nada más. —Se sentó en el banco, a su lado—. ¿Sabes leer en inglés?

—Lo tengo un poco oxidado.

—Lo siento —repitió Petra, e hizo ademán de recuperar el libro—. Puedo devolverlo.

— *Eeqqi* . —Maratse sonrió—. Tengo tiempo. —Ojeó las páginas y rio—. Mucho tiempo, por suerte. *Qujanaq* .

—De nada.

—¿Qué ha pasado con esa persona desaparecida?

—¿Te apetece saberlo?

Maratse se encogió de hombros.

— *Iiji* .

—La verdad es que es un asunto interesante. ¿Sabes quién es Nivi Winther, la primera ministra? Se trata de su hija. Su madre lleva varios días sin saber nada de ella y el padre, igual. —Se puso de pie—. Ahora tengo que trabajar en esto, de modo que...

—¿Debes llevarme al aeropuerto?

—Sí. Lo siento.

Maratse le pasó el libro para poder coger las muletas y levantarse.

—¿Tienes cuanto necesitas?

Maratse se palpó los bolsillos.

—Cartera, tabaco... —Hizo una pausa y señaló el libro con la cabeza—. Algo para leer... *Iiji* —concluyó—, ya lo tengo todo.

—Muy bien —dijo Petra. Avanzó al lado de Maratse hasta el coche, abrió la portezuela y esperó a que él subiera.

Ninguno de los dos dijo nada durante el trayecto al aeropuerto, y cuando Petra finalmente se detuvo delante de la entrada del edificio de la terminal, le vibró el teléfono. No le hizo caso y buscó algo que decirle a Maratse, hasta que el aparato dejó de vibrar y Maratse abrió la portezuela del pasajero. Ella se apresuró a cruzar al otro lado mientras Maratse se hacía con las muletas.

—Estoy bien —dijo.

—Ya lo sé, pero quiero ayudar.

—No tienes por qué.

—Pero quiero —insistió Petra, y ladeó la cabeza para mirar a Maratse a los ojos—. Si te quedaras...

—Me aburriría.

—¿Conmigo? —susurró Petra y, por un momento, creyó que Maratse no la había oído. Él se apoyó contra el coche, soltó una de las muletas y tomó la mano de Petra.

— *Eeqqi* , no es por ti. Sino por Nuuk. —Le dio un leve apretón en la mano—. Gracias, Piitalaat.

—Ya me estoy acostumbrando a que me llames así —repuso ella, y le soltó la mano para abrazarlo—. Eres la única persona a la que se lo permito.

Se le quedó el pelo prendido en la barba incipiente que cubría el rostro de Maratse. Cuando lo soltó y dio un paso atrás, el mechón de pelo se le quedó allí enganchado, hasta que un ligero viento le barrió la cara y se lo despegó. Maratse sonrió y se puso un cigarrillo entre los dientes.

—Adiós —dijo. Sacó el libro del coche policial y lo sujetó debajo del brazo.

—Espero que te guste —le deseó Petra indicando el libro con la mirada. De nuevo empezó a vibrar el teléfono, y lo recuperó del bolsillo con una mano mientras se despedía con la otra. Maratse cerró la portezuela del coche y esperó hasta que ella se hubo marchado. A continuación, fue caminando hasta un lado de la terminal y se incorporó a los demás pasajeros que estaban echando un último pitillo antes de embarcar.

Se apoyó contra la pared y observó el libro que tenía en las manos. Pesaba mucho. Las hojas eran tan anchas como cuatro dedos suyos. Lanzó un silbido al ver el número de páginas, más de mil, y rio al leer el título: *The Neutronium Alchemist* . Hizo un esfuerzo para pronunciarlo, y seguidamente leyó el subtítulo: *Volumen 2* . Rio otra vez, hojeó unas pocas páginas y encontró una nota de Petra, que contenía su número de teléfono y unas cuantas palabras escritas en letra muy apretada. Decidió leerlas en otro momento. Una vez terminado el cigarrillo, cruzó las puertas de entrada de la terminal y buscó un sitio donde acomodarse.

Llevaba leída la mitad del primer capítulo cuando llamaron para su vuelo. Sacó el billete de la cartera y se acercó al mostrador de facturación. Por primera vez en su vida, le dieron prioridad en el embarque, si bien rechazó la ayuda que le ofrecieron para subir la escalerilla de la parte de atrás del Havilland Dash 7 . Luego se dejó caer en su asiento forrado con una imitación de cuero de color gris y se abrochó el cinturón de seguridad. La azafata cogió sus muletas para guardarlas. Hubo un rato de espera mientras terminaban de cargar el equipaje y cuando embarcaban los demás pasajeros. Maratse puso la bandeja en posición cerrada y se sumió en la

lectura del libro hasta que el capitán anunció que estaban a punto de despegar.

Leyó hasta el último momento anterior al despegue, cuando el impulso de los cuatro motores de hélice lo empujó contra el asiento. Metió la nota de Petra entre las hojas del libro a modo de marcapáginas y cerró los ojos. No volvió a abrirlos hasta que aterrizaron en Qaarsut, el aeródromo de gravilla situado en la península de Uummannaq.

Fue el último en bajarse de la aeronave. En la puerta lo estaba esperando el sepulturero.

—¿David Maratse?

— *Iji* —respondió él, y le estrechó la mano.

—Soy Karl Nielsen. Voy a llevarlo a Inussuk.

—¿En eso? —preguntó Maratse señalando el *quad* que estaba aparcado detrás de su interlocutor.

— *Naamik* , eso es solo para bajar a la playa. Tengo una embarcación.

Maratse enarcó las cejas y sonrió. Le pasó el libro a Karl, se montó en el *quad* y puso las muletas encima de las rodillas.

—¿Esto es todo lo que trae consigo? —le preguntó Karl a la vez que le devolvía el libro.

—Es cuanto necesito —contestó él.

Karl se encogió de hombros, se subió al vehículo todoterreno similar a una motocicleta, arrancó el motor y metió la marcha. Maratse dio un respingo cuando la moto comenzó a rodar de un brinco. Se agarró a la cintura de Karl y se sujetó con fuerza durante todo el trayecto hasta la playa.

Los icebergs de la bahía tenían el tamaño de aldeas flotantes. A Maratse le recordaron los témpanos de Ittoqqortoormiit, el sitio que antes consideraba su hogar. Karl fue aminorando la marcha conforme iban aproximándose a la playa, y Maratse sonrió al ver las manchas marrones y rojas que cubrían el casco del pequeño bote de fibra de vidrio que esperaba en la orilla. Karl aguardó a que su pasajero se apeara, luego dejó el *quad* al lado de los trineos y los pertrechos de pesca, amontonados por encima de la marca de la marea, y se dirigió hacia el bote. Por el camino, encendió un cigarrillo y le ofreció otro a Maratse.

Karl empujó el bote hacia el agua y ayudó a Maratse a subirse a él. Luego lo empujó otro tanto, hasta que empezó a flotar y la popa quedó lo

bastante sumergida como para permitirle bajar el eje de la hélice y arrancar el motor fueraborda. Los gases del motor de cuatro tiempos se le metieron a Maratse por la nariz. Los aspiró con fruición, junto con el humo del cigarrillo y el aire límpido propio del otoño del norte.

—Este es mi hogar —susurró y, a continuación, se agarró a los bordes del bote mientras Karl aumentaba la potencia y ponía rumbo noroeste, siguiendo la costa de la península, en dirección a Inussuk.

La marea estaba baja cuando Maratse llegó a su nuevo hogar. Karl condujo el bote de fibra de vidrio hasta la playa, apagó el motor y sacó la hélice del agua y de los trozos de hielo que flotaban en ella. Acto seguido, descendió por un lado y ayudó a Maratse a bajarse también. Maratse aspiró una profunda bocanada de aire y percibió un olor a pescado seco que asomaba por entre las casas, a sal y algas entre las rocas, junto con una variedad de olores procedentes de diversos guisos. Karl cogió el libro, le tocó el codo y señaló un punto playa arriba, camino de la tienda de abastos.

—Su casa está ahí. Es la de color azul oscuro que se ve entre la tienda y la casa verde de la derecha.

—¿Quién vive en la casa verde?

—¿En este momento? Una pareja de lesbianas con su hija. —Karl esperó a que Maratse reaccionara, y al ver que no lo hacía, se encogió de hombros y añadió—: Sígame.

Los guijarros y la arena áspera frustraron a Maratse, que hacía grandes esfuerzos por desplazarse desde el bote hasta los escalones de su nuevo hogar. Karl lo esperó y lo observó, aunque sin brindarle su ayuda, hecho por el que Maratse se sintió agradecido. Por su mente pasaron visiones fugaces de la barandilla oxidada del taller. Apretó los dientes y siguió avanzando.

Cuando solo le faltaban unos metros para alcanzar los escalones, cayó al suelo por culpa de un cachorro de perro de trineo, de apenas tres meses, que pasó como una exhalación por entre sus piernas y muletas. Maratse soltó una palabrota y le arrojó una piedra pequeña al cachorro, el cual echó a correr tras ella como si fuera una pelota y la mordió con sus dienteillos afilados. Karl rio cuando el perrito soltó la piedra, volvió corriendo y de un brinco se plantó a un metro de distancia de Maratse.

Este alargó el brazo hacia Karl y le pidió:

—Haga el favor de ayudarme.

Maratse agarró la mano del sepulturero y se alejó de la playa mientras el otro lo ayudaba a incorporarse. El cachorro se tumbó, apoyó la cabeza en

las patas y se quedó mirando a Maratse.

—¿De quién es el perrito? —preguntó Maratse.

—De Nikki, mi hijo —respondió Karl—. ¿Se lo quiere quedar?

—No —contestó Maratse al mismo tiempo que recorría con dificultad los últimos metros que lo separaban de la casa.

Se metió las muletas debajo del brazo y subió los escalones, que estaban provistos de gruesas barandillas de madera a cada lado. Karl le abrió la puerta y el cachorrito subió los escalones dando brincos y se puso a corretear por el porche. Maratse no le hizo caso. En lugar de eso, siguió a Karl hacia el interior de la casa.

—No hay llave —informó Karl mientras se descalzaba y pasaba del diminuto vestíbulo de la entrada a la sala de estar— y huele a pescado.

El sofá separaba la cocina de la zona del salón, y Karl señaló la cocina eléctrica, la nevera y el hervidor de agua. Abrió un armario y señaló una colección de tazas y vasos, platos y cuencos. Maratse asintió con la cabeza y se dejó caer en el sofá. Karl dejó el libro encima de la mesa de centro y se dirigió hacia la puerta.

—Mi mujer le ha preparado la cena. Venga cuando tenga hambre. Es la casa de color amarillo que está al otro lado de la tienda.

— *Qujanaq* —dijo Maratse apartando las muletas a un lado.

Karl volvió a calzarse.

—No hay televisor —dijo.

Maratse señaló el libro.

—No me hace falta.

—Pero hay un teléfono ahí, junto a la ventana. —Abrió la puerta y empujó con el pie al cachorrito, que intentaba entrar. Se volvió y añadió—: ¿Seguro que no quiere quedárselo?

—Seguro.

—Está bien. —Karl se despidió con la mano—. La casa amarilla —repitió, y seguidamente salió y cerró la puerta tras de sí.

Maratse escuchó durante un momento las pisadas de Karl al bajar los escalones y luego cerró los ojos. El olor a pescado persistía. Se frotó la nariz. Bostezó y abrió los ojos. Las paredes estaban cubiertas por las sombras de los marcos de los cuadros, el blanco de los alféizares de las ventanas se veía moteado de manchas marrones dejadas por las cagadas de los pájaros, y el suelo se notaba áspero al tacto. Se quitó las botas con un

gruñido. Luego se recostó sobre el sofá y se palpó el bolsillo del anorak. Sacó el paquete de tabaco, dejó caer en la mano los dos últimos cigarrillos que quedaban y se puso uno de ellos entre los dientes. Encontró el encendedor, y luego volvió a metérselo en el bolsillo. Por último, cerró los ojos unos instantes, cogió las muletas y se puso de pie.

Avanzó hacia la puerta tambaleándose, la abrió y salió al porche. El cachorrito levantó la cabeza y observó cómo cruzaba el porche hasta la barandilla, se apoyaba contra esta y prendía el cigarrillo.

— *Eeqqi* —le dijo al cachorrito al ver que venía hacia él gateando. Levantó un dedo y el perrito se detuvo. Sin querer, se fijó en sus grandes patas, en la forma de su cabeza y en sus ojos castaños y brillantes. Era fundamentalmente de color blanco, con la cara gris y unos parches también blancos a un lado y a otro del hocico. Se lo imaginó durante el invierno, cuando le hubiera bajado la cola y ya estuviera preparado para recibir el arnés.

Lanzó un gruñido, se terminó el cigarrillo y regresó al interior de la casa. En cuanto cerró la puerta, sonó el teléfono fijo.

—Maratse —dijo al mismo tiempo que levantaba el auricular para atender la llamada.

—Soy Petra. He encontrado tu número.

— *Iji* .

—¿Estás instalándote?

—Acabo de llegar.

—Ya lo sé. Simplemente se me ocurrió que...

Maratse observó al cachorro a través de la ventana; se había acurrucado hecho una bolita junto a la puerta.

—¿Cómo va el caso? —preguntó.

—Avanzando. Nos hemos puesto en contacto con la amiga que tiene la chica en Asiaat. Por lo visto, ambas pactaron que Kaka diría que Tinka se había quedado a dormir en su casa, pero en realidad estaba con un hombre.

—¿Un hombre?

—Sí. Mayor que ella.

—¿La chica desaparecida es Tinka?

—Sí, la hija de Nivi Winther.

—¿La primera ministra?

—Sí. —Petra guardó silencio unos instantes—. Veo que muestras mucho interés.

— *Eeqqi* —repuso Maratse—, es por hablar de algo.

—¿Qué tal el libro?

—Difícil, pero bien.

—Lo siento, es que no había otra cosa.

—Me está gustando. Gracias, Piitalaat. —Sintió que el dolor empezaba a subirle por los nervios de las piernas y miró el sofá—. Tengo que irme —dijo.

—Está bien. ¿Puedo llamarte en otra ocasión?

— *Iiji* . Puedes contarme cómo va el caso.

—Te mantendré informado. Disfruta de tu primera noche en tu nuevo hogar.

—Así lo haré.

Puso fin a la llamada con el ceño fruncido, pues acababa de percatarse de que, a la vista, no había ropa de cama, y el dormitorio se hallaba en lo alto, al final de un empinado tramo de escaleras. Miró otra vez el sofá y cogió las muletas. «Si me siento, no volveré a levantarme».

Notó un retortijón en el estómago. Fue hasta donde estaban sus botas, se las puso con una mueca de dolor y, acto seguido, se dirigió hacia la puerta con los cordones sueltos repiqueteando suavemente a cada paso. Cuando abrió, la hoja arrastró al cachorro por el suelo.

Bajar los escalones resultó más difícil que subirlos, con la complicación añadida del perrito, que no dejaba de metérsele por entre las piernas. Al llegar al final, Maratse tropezó y cayó al suelo porque el cachorro le pisó los cordones de las botas. Retrocedió varios metros ante la retahíla de juramentos que le lanzó Maratse y, aún otro poco más, ante las palabrotas que le escupió conforme iba incorporándose.

Los extremos de las muletas se le hundieron en la blanda superficie de la playa, y vio que tenía el pantalón y el anorak cubiertos por una fina arena de color negro con pequeños fragmentos de conchas marinas adheridos. Se sacudió todo él y dio los primeros pasos en dirección a la casa del Karl.

El cachorrito apareció delante de él un segundo después. Pero Maratse le lanzó una palabrota, y reuló. Dio un paso y, mientras la danza continuaba, se percató del pequeño público formado por niños que habían ido asomando de debajo de los porches de sus casas para contemplar el

espectáculo. El cachorrito solo tenía ojos para él; sus enormes patas iban dejando huellas a lo largo de la playa, junto a las marcas circulares de las muletas de Maratse.

Pasaron de largo la tienda de abastos, y Maratse empezó a prever los movimientos del animal. Solo cuando llegó a los escalones de acceso a la casa, comprendió que se había concentrado en el cachorrito que tenía a sus pies, en vez de en el dolor que sentía en las piernas. Hizo un alto junto a los escalones y saludó con la cabeza a Karl, que acababa de abrir la puerta.

—¿Va todo bien?

— *Iiji* —respondió Maratse al mismo tiempo que se metía las muletas bajo el brazo y subía los escalones de la entrada.

—¿El cachorro le ha estado molestando?

Maratse enarcó las cejas. «Sí».

—Mañana le diré a Nikki que lo ate a una cadena.

Karl se hizo a un lado mientras él se apoyaba en la pared para quitarse las botas. Colgó el anorak de un gancho y pasó a la sala de estar. El estómago le hizo ruiditos cuando percibió el olor a guiso de buey almizclero, y saludó con una sonrisa a la esposa de Karl, que lo guio hasta una silla situada a la cabecera de la pequeña mesa del comedor. La televisión estaba encendida, y el presentador del informativo de *Qanorooq* llevaba unos minutos hablando de la joven desaparecida.

—Es de aquí —comentó Karl.

—¿Quién?

—La madre, Nivi Winther —respondió la esposa de Karl—. Se crio en Inussuk. Yo solía jugar con ella cuando era pequeña. Me llamo Buuti.

Maratse le estrechó la mano y se sentó. Miró la televisión cuando vio que salía Petra leyendo un comunicado de la policía. Sonrió al oírla hacer un llamamiento a la gente para que se pusieran en contacto si tenían alguna información relativa al paradero de Tinka Winther. Estaba guapa, colocándose aquellos mechones de pelo suelto por detrás de la oreja cada vez que se los desordenaba el viento que soplaba en el exterior de la comisaría de policía. La emisión dio paso a unas imágenes pregrabadas de Nivi Winther en una rueda de prensa, y a la voz del presentador diciendo que la primera ministra de Groenlandia no estaba disponible para hacer declaraciones.

Karl bajó el volumen a petición de su mujer, que procedió a servir una generosa ración de guiso de carne con guarnición de arroz en el plato de Maratse. La salsa, oscura y espesa, inundó los granos de arroz, y Maratse notó los ruiditos que le hacía el estómago al ver aquella comida tradicional de Groenlandia.

—Este buey lo he cazado yo —dijo Karl—. En Svartenhuk.

—¿En el norte?

— *Aap* —confirmó asintiendo con un gesto de la cabeza—. Hay un rebaño pequeño, pero sano. Y también hay truchas. Podemos ir este invierno... —Se interrumpió y miró las piernas de Maratse.

—Me gustaría —dijo Maratse, y empezó a comer.

Buuti acudió solícita a servirle otra ración a su invitado, seguida de café y tarta de chocolate con menta de postre. El café le asentó en el estómago cuanto había comido, e indicó con una seña que iba a salir a fumar. Karl lo acompañó al porche que rodeaba la casa mientras Buuti recogía la mesa. El cachorrito estaba tumbado en la playa, debajo de la casa, y levantó las orejas cuando vio a Maratse aparecer en el porche. Se puso en pie, pero cuando Karl le dio una escueta orden, volvió a tumbarse.

—¿En Ittoqqortoormiit tenía perros?

— *Iiji* —respondió Maratse—. Tenía perros.

—¿Lo echa de menos?

—¿A los perros?

—Ser policía.

Maratse fumó durante unos momentos antes de contestar. Escuchó el suave batir del oleaje contra la playa e imaginó los crujidos y los estallidos del aire que escapaba de los témpanos de hielo flotantes. Contempló las paredes de roca que flanqueaban el asentamiento por ambos lados, el embarcadero de madera que se extendía desde el muelle de hormigón, y el sendero que zigzagueaba cuesta arriba por el cerro que se elevaba por encima de Inussuk, a la derecha. Apenas alcanzó a distinguir la antena de radio y su mástil. La pregunta de Karl quedó suspendida en el aire entre ambos, sin responder. Tosió y se sacó un trocito de carne de entre los dientes.

—Pues sí —respondió—. Pero ya no soy policía.

—¿Qué ha pasado?

—Muchas cosas —dijo Maratse. En su mente apareció una imagen del Chino y, con ella, el olor y también, el ruido que hacía el generador esforzándose por consumir la tortura.

—Entiendo —dijo Karl—. No volveré a preguntárselo.

Maratse asintió con la cabeza, se terminó el cigarrillo y lo aplastó contra una maceta puesta boca abajo. En aquel momento Buuti salió al porche cargada con una pila de sábanas. Las depositó en los brazos de Maratse e hizo un gesto con la cabeza señalando su casa.

—Puede utilizar estas hasta que compre unas —le dijo—. Arriba hay un edredón y una almohada.

Maratse advirtió que Buuti le miraba las piernas, y sonrió.

—Esta noche voy a dormir en el sofá —dijo.

Buuti asintió con un gesto, le dio las buenas noches y desapareció en el interior de la casa. Karl se terminó el cigarrillo y se ofreció a llevarle a Maratse las sábanas hasta su casa.

—Ya me las arreglo yo —respondió Maratse.

Le estrechó la mano al sepulturero, se metió las sábanas debajo del anorak y cogió las muletas. El cachorrito lo estaba esperando al pie de la escalera.

No se cayó durante el trayecto de regreso caminando por la playa, pero tampoco se percató de la presencia de los niños ni de los pescadores que lo saludaron desde un bote, cerca de la orilla. Iba concentrado en el cachorro y en no tropezar con él y aplastarlo. Le permitió que subiera los escalones por delante de él, y lo apartó a un lado con la muleta para abrir la puerta.

El olor a pescado se le metió en la nariz mientras se quitaba las botas. Era más fuerte que el del pescado puesto a secar al aire. Extendió las sábanas sobre el sofá y entró en la cocina. Abrió el frigorífico y arrugó la nariz al ver un filete de fletán envuelto en una bolsa de plástico sellada. Lo sacó, cerró la puerta del frigorífico y llevó el pescado al porche. Una vez allí, abrió la bolsa de plástico y echó el pescado en el suelo, delante del perrito. Este agarró aquel tesoro entre sus afilados dientes de leche y bajó los escalones para comérselo en la playa. Maratse tiró la bolsa al cubo de la basura sujeto a la barandilla, cerró la puerta y fue hasta el sofá. Se sentó, dejó que las muletas resbalaran hasta el suelo y levantó las piernas para poder tumbarse. Luego cogió el libro y se lo apoyó en el pecho.

El viento traía los gritos y las risas de los niños de Inussuk, que jugaban a perseguirse unos a otros bajo los porches de las casas. Los perros de trineo lanzaban aullidos, y si no estuviera tan concentrado en la lectura, habría oído las cadenas de los perros inquietos tintineando contra las rocas, el ruido que hizo la tapa del cubo de la basura cuando la esposa de Karl salió a tirar los restos de la cena y el zumbido del motor de alguna que otra barca de pesca pasando junto a las rocas que protegían la playa.

Las sirenas que se oían en Nuuk se habían esfumado, como también el estruendo de los camiones de la basura, el incesante tráfico o los gritos de los saludos y las discusiones de borrachos en la entrada del supermercado. Todo aquel ajetreo había desaparecido. Tan solo quedaban las huellas de los niños y de los cachorros en la playa.

Se hundió un poco más en el sofá y se olvidó de sus piernas y del Chino. No pensó en aquella joven desaparecida, todavía no. Retomó su libro e inició el proceso de adaptarse a su nueva vida. Allí no había turnos de trabajo, ni papeleo, ni siquiera el parloteo y la electricidad estática de la radio policial. Lo único que le quedaba era su anorak, lleno de remiendos y lamparones. No pensó en deshacerse de él. En su primera noche en Inussuk, no pensó en nada en absoluto.

***SISAMANGORNEQ***  
**JUEVES**

Aarni Aviki aparcó al lado del enorme Dodge RAM de Malik y subió camino de la puerta. Entró y se descalzó. Malik le entregó una taza de café y le señaló la mesa de la cocina.

—Vamos a sentarnos ahí —propuso, y tomó asiento bajo la ventana.

Aarni dejó la taza en la mesa y abrió su maletín. Malik lo observó mientras sacaba un ejemplar del *Sermitsiaq*, lo dejaba en la mesa y se acomodaba.

—Imagino que ya habrás leído el artículo en internet.

Malik asintió con la cabeza y le acercó el periódico.

—¿Esta es la chica? —preguntó tocando la foto de la primera página—. ¿La hija de Nivi Winther?

—Sí. —Aarni dio un sorbo al café—. Se llama Tinka y tiene diecisiete años. —Aguardó a que Malik leyera el artículo y previó la reacción que iba a tener cuando llegara al penúltimo párrafo—. Fue vista por última vez en una fiesta, en compañía de un hombre de mediana edad.

Malik volvió la primera página del periódico y se pellizcó la barbilla. Guardó silencio durante unos instantes y luego dijo:

—¿Es muy grave esto?

—Eso depende.

—¿De qué?

—¿La reconoces?

Malik asintió con la cabeza.

—¿Eres tú ese hombre?

—Probablemente —contestó Malik—. ¿Fui el último? No lo sé. Estaba bastante borracha. —Malik se frotó los ojos, meneó la cabeza en un gesto negativo y respiró hondo, muy despacio—. ¿De verdad es la hija de Nivi Winther?

—Ya sabes que sí. —Aarni dejó el café sobre la mesa y se reclinó en la silla.

Malik miró por la ventana y empezó a hablar:

—Esta noche vuelve Sipu a casa. Ha estado fuera, en el campamento de fútbol. Lo cual quiere decir que tengo que buscarme un sitio donde dormir. —Miró a Aarni—. Naala no me permitirá dormir en nuestra cama. — Señaló con la cabeza en dirección a la sala de estar—. El sofá es demasiado pequeño. —Lanzó un suspiro y continuó—: Pipaluk ha mejorado en las notas del colegio, incluso en matemáticas.

—Eso está bien.

—¿Qué está bien? —Malik soltó una carcajada—. Es vergonzoso. Las matemáticas se le dan fatal. Y las lenguas tampoco se le dan especialmente bien. Los profesores le están poniendo esas notas en consideración a mi popularidad.

—La cual está aumentando —apuntó Aarni al mismo tiempo que hurgaba dentro de su maletín. Extrajo una copia de las encuestas del mes anterior y señaló las anotaciones que había hecho a lápiz en los márgenes—. Corresponden al mes de agosto. Las previsiones para octubre te sitúan mucho más arriba. Pero cabe esperar que, a causa de esto, descendas un poco.

—¿Porque me acosté con esa chica? —replicó Malik. Se inclinó hacia delante para coger el periódico.

—Porque ha desaparecido. Nadie sabe que tú te acostaste con ella. Se trata de una reacción de solidaridad. Nivi verá aumentar de golpe el apoyo de la gente, pero no le durará. Tú cuentas con el voto popular.

—Hasta que descubran que yo era ese hombre.

—No lo descubrirán.

—Sí, cuando encuentren a la chica. Es solo cuestión de tiempo.

—No, en absoluto —dijo Aarni tras encogerse de hombros—. Eso ya está arreglado.

—¿Cómo que está arreglado?

—Es cosa del pasado.

—¿Qué es cosa del pasado? ¿De qué estás hablando?

—Te dije que era leal, y ahora necesito que confíes en mí.

Malik sacudió la cabeza en un gesto negativo.

—No logro entenderlo. ¿Qué es lo que has hecho, exactamente?

—Yo personalmente no he hecho nada. Solo te estoy diciendo que no tienes por qué preocuparte de que la chica pueda reconocerte.

—Ya —contestó Malik. Dio un sorbo al café y miró fijamente a su director de comunicación por encima del borde de la taza—. ¿Y qué me dices del periodista? ¿Es el mismo? — Malik volvió a la primera página del periódico—. ¿Qitu Kalia?

—Imagino que sí —respondió Aarni. Consultó el reloj—. Hemos quedado en que hoy trabajarías desde casa. Tienes que prepararte para el debate. En el maletín traigo los apuntes.

—¿Lo consideras necesario? ¿No crees que ella lo cancelará?

—Esa es mi próxima cita. —Aarni puso delante de Malik un fajo de papeles metidos en una carpeta—. Voy a reunirme con Daniel Tukku.

—El ayudante de Nivi.

—Me parece que él prefiere que lo llamen jefe de gabinete, incluso en contra de la voluntad de su jefa. —Aarni soltó una carcajada—. No respondas a ninguna llamada, ¿de acuerdo?

—Acabas de decir que no lo sabe nadie. Que no tengo de qué preocuparme.

—Pero lo inteligente es no estar disponible. No es necesario que hagas comentarios sobre la escasa habilidad como madre que muestra la líder de la oposición. Quiero decir que la madre desconoce el paradero de su hija.

—Eso es muy duro, Aarni. Pensaba que el cínico era yo.

—No importa. Cuentas con una excusa perfectamente válida: prepararte para el debate. De modo que úsala. Todo comentario que hagas podría volverse en tu contra, y luego existe la posibilidad de que digas algo desafortunado. Y eso no nos conviene. Ahora es cuando Winther puede ponerse de un salto por delante de ti. Y si encuentran a la chica...

—¿Es un interrogante?

—Sí. —Aarni se encogió de hombros—. Nadie sabe dónde está. Que nosotros sepamos, podría haberse ido a Dinamarca. —Miró a Malik y frunció el entrecejo—. ¿Qué ocurre?

—Estaba pensando en Pipaluk. En cómo me sentiría yo si desapareciera.

—En fin, no ha desaparecido. Deja de pensar en eso. —Aarni señaló los apuntes—. Concéntrate en el debate. —Miró otra vez el reloj—. Tengo que irme.

Aarni dejó a Malik con los apuntes y con el periódico. Sacó su automóvil marcha atrás del camino de entrada y se dirigió hacia el centro de la ciudad. Aparcó en la parte trasera del hotel Hans Egede.

Encontró al asistente de Nivi esperando en la cafetería del vestíbulo. El corte del traje que llevaba sugería que era caro. Dio un tirón a su propio traje para ajustarlo, porque el primer botón sufría una tensión excesiva debido a la escasez de tela. Se desabrochó la chaqueta, le estrechó la mano a Daniel y tomó asiento.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó Daniel en groenlandés—. Yo me tomaría otro café con leche.

—Suenan bien. —Aarni rebuscó en el contenido de su maletín. Sacó una única hoja de papel llena de puntos que tratar y la puso en la mesa, entre ambos—. Está escrito en danés. Pensé que la entrevista iba a transcurrir en danés.

Daniel rio.

—Por supuesto. —Se volvió en su asiento y pidió dos cafés con leche. Luego cambió al danés y dijo—: Dejando aparte la política, me ha impresionado mucho tu forma de manejar a la prensa. Se han mostrado despiadados.

—Gracias. —El camarero les trajo los cafés. Aarni desenvolvió la galletita italiana depositada a un lado de la taza y la mojó en la espuma de leche que cubría el café—. Ha sido un reto, pero si se centran en el idioma...

—Tú ya no necesitas responder a nada más —terminó Daniel—. Sí, muy inteligente.

—Eso pensé yo —ratificó Aarni, y se comió la galletita.

—¿Y qué me dices de Malik Uutaag? ¿Fue esa su estrategia?

—Fue mía. —Aarni se lamió las migas de galleta que se le habían quedado en los labios—. Y no me importa reconocerlo.

—Efectivamente, funciona. Tengo que concederte ese mérito. —Guardó silencio y escrutó a su homólogo, que estaba recogiendo con una cucharilla la espuma de leche adherida al borde de la taza—. ¿Esta reunión es sincera? Quiero decir, ¿podemos ser francos el uno con el otro, de manera extraoficial?

—No veo por qué no —respondió Aarni. La cucharilla tintineó contra la taza cuando él la depositó en el plato—. ¿Estás pensando en el debate?

—El debate, las políticas, las encuestas... Aunque esta mañana nos han distraído con otras cuestiones. ¿Has visto las noticias?

—¿Lo de Tinka Winther?

—Sí.

—Es una verdadera lástima. Nivi debe de estar muy angustiada. —Aarni señaló el periódico que descansaba sobre la mesa—. ¿Prefiere posponer el debate?

—Hoy es jueves. El debate está programado para el domingo por la noche. Imagino que para entonces todo esto se habrá resuelto ya. Al fin y al cabo, Groenlandia es pequeña.

—El pequeño lugar más grande del mundo.

—Por supuesto, pero ¿adónde puede haberse marchado Tinka? Si es que no se ha ahogado, claro. —Daniel miró a Aarni a los ojos al mismo tiempo que cogía su café—. Aparecerá, estoy seguro.

—Bien, eso es lo que esperamos, desde luego. Haz el favor de transmitir a Nivi nuestra solidaridad.

—Así lo haré. —Daniel depositó su café en la mesa—. Hay otro asunto del que me gustaría que habláramos antes de ocuparnos de la letra pequeña del debate. —Aarni aguardó mientras Daniel sacaba un papel de un portafolio que tenía entre su cuerpo y el brazo del sillón. Se lo mostró a Aarni y le dijo—: Esto es una fotocopia de un artículo publicado recientemente en el *Politiken*. Puede que lo hayas visto ya.

—No —contestó Aarni—. Para mí es nuevo.

Cogió el papel que le ofrecía Daniel y fingió leerlo por encima.

—Habla de la cultura de partido de la política de Groenlandia. Es bastante procaz, más adecuado para la política norteamericana o británica, pero no menos interesante.

—¿Por qué me enseñas esto? —Aarni dejó el papel encima de las notas para el debate.

—Has dicho que podíamos ser francos.

—Así es.

—Entonces, ¿qué opinaría tu jefe de un artículo así? ¿Diría que hay en él algo de verdad?

—Eso tendrías que preguntárselo a él.

—Ya, pero te lo estoy preguntando a ti.

Daniel entrelazó los dedos en el regazo y esperó mientras Aarni, con gran teatralidad, mezclaba la espuma restante con el café. El camarero se acercó a la mesa y les preguntó si necesitaban algo más.

—¿Qué es lo que quieres tú, Daniel? —preguntó Aarni cuando el camarero se hubo marchado.

—Quiero que cambiéis el discurso. Que dejéis de hablar del idioma y empecéis a tocar el tema de la vivienda y el paro. Despertad nuestro interés en temas de gobierno, y no habrá necesidad de hablar de algo tan sórdido como el alcohol y la mala conducta.

—¿Y si no lo hacemos?

—En ese caso, no veo motivo alguno para que no hagamos circular en los medios de comunicación una historia acerca de los deseos y las acciones inapropiadas de los líderes casados de su partido. ¿Tú lo ves?

—Qitu Kalia.

—Disculpa. ¿Cómo has dicho?

—Qitu Kalia. Así se llama tu periodista.

—Posiblemente.

—Por supuesto que sí —dijo Aarni, y lanzó un suspiro—. Y yo que creía que las campañas sucias estaban reservadas para las elecciones de Estados Unidos y Hollywood.

—Ah, Aarni, todo gira en torno al ciclo de las noticias, incluso aquí, sobre todo aquí. Para los votantes de fuera de Nuuk —dijo Daniel contando con los dedos las ciudades más grandes de Groenlandia—, Sisimiut, Maniitsoq, Ilulissat y Qaqortoq, lo que sale en las noticias tiende a gozar de una vida útil muy larga. Y, puestos a pensarlo, ya no falta tanto para el mes de mayo. ¿Y en qué pensarán vuestros votantes durante el largo y duro invierno del norte, en la costa oriental e incluso al sur de aquí? ¿De verdad crees que vuestro candidato puede permitirse perder popularidad? El voto popular es el que lo mantiene en liza.

—Y llevando ventaja —puntualizó Aarni—. Teniendo en cuenta que eres el ayudante de Nivi Winther, yo pensaba que estarías mejor informado de la posición que ocupa ella en las encuestas. —Aarni se inclinó hacia delante—. Va por detrás de Malik Uutaaq.

—Y aun así —dijo Daniel al mismo tiempo que le asomaba una sonrisa taimada en la comisura de los labios—, con este aumento repentino de solidaridad, a saber qué podría ocurrir. Quiero decir, todos queremos que Tinka sea encontrada sana y salva lo antes posible, pero...

—¿Pero...?

—Si encuentran su cadáver... —Daniel hizo una pausa—. Por más trágicas que sean las circunstancias, podría ocurrir que ese voto de solidaridad diera al traste con vuestra ventaja.

Aarni tragó saliva al sentir un principio de indigestión que le subía por la garganta. Cogió la taza de café y apuró lo que quedaba de un solo trago, consciente de que la mirada de Daniel seguía todos sus movimientos. Tomó aire, depositó la taza en la mesa y se reclinó en su asiento al mismo tiempo que barría unas imaginarias migas de galleta de la chaqueta.

—El voto solidario —dijo.

—Sí.

—Eso puede tener consecuencias en ambos sentidos. —Aarni experimentó una nueva inyección de seguridad en sí mismo. Contempló la posibilidad de empezar a hablar en groenlandés, pero decidió no forzar la situación—. Si se diera el caso de una tragedia así, cabría preguntarse si una madre afligida estaría en condiciones de gobernar el país.

—Existe esa posibilidad.

—Así es, y aún existe otra más. ¿A quién tenéis en vuestro partido que pueda sustituir a Nivi Winther, si esta se viera obligada a retirarse?

—¿Obligada? Esa palabra es muy fuerte.

—Empujada, entonces. ¿Qué pasaría si se viera empujada a dar un paso atrás, por motivos familiares?

—Como la pérdida de su hija.

—Sí, por ejemplo. ¿Quién ocuparía su lugar?

En el silencio que se abrió paso en la mesa que los separaba, Aarni se percató de que Daniel ya había tenido en cuenta las futuras consecuencias de la desaparición de Tinka Winther, e incluso de su muerte. En aquel momento comprendió que Daniel no estaba negociando en nombre de su jefa, sino en el suyo propio. Se permitió esbozar una sonrisa al acordarse del mensaje de texto que había recibido justo antes, confirmándole que acababa de atarse un cabo suelto. Luego trató de alejar de su mente en lo posible el contenido de dicho mensaje. Decidió esperar a que Daniel hablase. No precisó esperar mucho.

—Tenemos varios candidatos adecuados.

—De eso, nada —replicó Aarni.

—Tenemos un candidato adecuado —dijo Daniel.

—Hum. —Aarni tamborileó con los dedos en la rodilla—. Si yo os ayudara modificando el discurso, ¿qué recibiría a cambio? Porque en cuanto exponga a Malik Uutaaq a una batería de preguntas que no se ocupen del idioma y la identidad...

—Será en ese momento cuando empecemos a hacer campaña en pie de igualdad. Eso es cuanto pido. En caso de que sea necesario un cambio, es todo lo que puedo pedir.

—Esto sería por solidaridad —dijo Aarni.

—Entiendo.

—Y, a cambio, ¿tú dejarás de publicar material procaz que pueda implicar a mi jefe?

—Lo prometo.

Aarni respiró hondo.

—Bien, entonces, ¿hablamos de los temas del debate?

—No estoy seguro de que vaya a ser necesario. Nivi está demasiado preocupada.

—¿Entonces vais a suspenderlo?

—Bueno, yo no diría eso. Opino que debemos continuar de todas formas. Es importante mostrar un liderazgo fuerte, incluso en tiempos de dificultades, sobre todo entonces, ¿no lo crees tú así?

—En ese caso, ¿a quién vas a enviar en lugar de Nivi?

Daniel hizo un ademán perezoso con la mano y respondió:

—Tenemos varias posibilidades, pero, si fuera necesario, siempre puedo acudir yo en ayuda de nuestra líder. Solo por esta vez, ¿comprendes?

—Oh, sí, creo que lo comprendo —contestó Aarni—. Perfectamente.

Daniel se levantó, se abrochó el botón de la chaqueta y guardó el portafolio en el maletín. Señaló la barra y agregó:

—Ya he pagado, pero puedes tomarte otro café a mi cuenta si te apetece quedarte a reflexionar un rato. Dispones todavía de varios días de actividad frenética por delante si quieres tener a tu candidato listo para el domingo por la noche. Buena suerte.

Se despidió con la mano y se fue.

Aarni observó cómo se alejaba. Miró a los clientes sentados a las mesas de la ventana y después hizo una seña al camarero para pedirle otra consumición.

—¿Otro café con leche?

—No —le contestó Aarni en danés—. Voy a tomar un whisky. Que sea doble.

Iba a ser un fin de semana muy largo.

Las fuertes pisadas de unas botas que subían los escalones de la entrada y llegaban al porche, seguidas por unos enérgicos golpes en la puerta, obligaron a Maratse a abrir los ojos y empezar un nuevo día en Inussuk. Sacó las piernas por el borde del sofá, se frotó los ojos soñolientos y se limpió la saliva seca de la boca al mismo tiempo que Karl abría la puerta y se quitaba las botas en el vestíbulo. Iba cargando con tantas cosas que costaba trabajo verle la cara.

Karl lo dejó todo encima de la mesa de centro y le dio los buenos días a Maratse.

—¿Café? —preguntó.

—No tengo.

—Yo, sí. —Cogió la bolsa de plástico que estaba encima de toda la ropa y se dirigió a la cocina—. Vístase —le dijo.

—¿Adónde vamos?

—A pescar.

Maratse tanteó el montón de ropa y encontró varias prendas de abrigo y un mono a cuadros áspero y grasiento al tacto.

—Necesito una ducha —declaró.

—Cuando vuelva.

Karl llenó el hervidor de agua, y mientras esperaba echó dos cucharadas de café instantáneo en dos tazas. Maratse empezó a vestirse, pero en vez de la ropa del montón prefirió ponerse su sudadera y su pantalón de correr. A continuación, metió las piernas en el mono y empezó a subírselo despacio hacia las rodillas.

—¿Necesita ayuda? —se ofreció Karl depositando las tazas de café en la mesa, delante del sofá.

— *Iiji* .

Maratse hizo un esfuerzo y se puso de pie. Se agarró al hombro de Karl con una mano y se colocó el mono con la otra.

—¿Adónde vamos?

—Tengo un largo hilo de pescar tendido en la costa, al norte de Inussuk, y quiero ver qué ha pasado con él.

—Muy bien.

—De camino puedo enseñarle un par de sitios buenos para que coloque usted el suyo.

—Necesito un bote.

—Edvard tiene uno que quiere vender.

—¿Y sedal, y equipamiento?

—Yo tengo suficiente para los dos.

Karl fue hasta la ventana, dio unos golpecitos en el cristal con su grueso dedo pulgar y sonrió al ver que el cachorrito levantaba la cabeza.

—Ha pasado ahí toda la noche —le dijo Maratse.

—Y ha vomitado en los escalones.

—Habrá sido por el pescado. —Maratse se cerró la cremallera del mono hasta arriba, pero al momento volvió a bajarla— Tengo que mear.

—Edvard vacía los cubos una vez a la semana, pero usted tendrá que inscribirse en el ayuntamiento.

Maratse asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿para poder mear tengo que inscribirme primero?

—Sí —contestó Karl, y soltó una carcajada. Después añadió—: Puede mear afuera, antes de que subamos al bote. —Le entregó a Maratse el café y luego sacó un paquete de galletas de los hondos bolsillos de su mono de trabajo.

—¿Qué más tiene? —le preguntó Maratse al mismo tiempo que cogía un puñado de galletas.

—Café y tabaco.

Maratse gruñó, mojó las galletas en el café y desayunó mientras Karl se apoyaba contra la ventana. A Maratse lo acosaba la tentación de sentarse, pero decidió que ahora que estaba de pie debía seguir así. Calculó la distancia que había hasta el vestíbulo, buscó las muletas y decidió cubrir el trecho en cuestión sin ellas. Dejó la taza en la mesa y movió la pierna derecha. Una súbita punzada de dolor le bajó por la pierna, pero desapareció un segundo después. Apretó los dientes y, sin hacer caso del dolor, echó a andar en dirección al vestíbulo. Cuando Karl le ofreció su ayuda, la rechazó con la cabeza.

—Sus botas son las que tienen las punteras de color anaranjado —le dijo Karl mientras él descansaba un momento recostado contra la puerta.

Asintió con un gesto de la cabeza, apoyó una mano en la puerta y con la otra asió la tela del mono, levantó la pierna e introdujo el pie en la bota de caucho. Descansó un segundo y, a continuación, metió el otro pie en la otra bota.

—¿Listo? —le preguntó Karl calzándose también sus botas.

—*Iji* —respondió Maratse, abriendo la puerta. El cachorrito se puso en pie de un salto y estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. Le rugió una breve orden y el perrito retrocedió. Karl rio y cerró la puerta de la casa —. Antes tenía perros.

—Y volverá a tenerlos —replicó Karl—. Empezando con este.

—Ya veremos.

Se ayudó de las barandillas para bajar cada uno de los escalones de la entrada. Se movió despacio, con precaución, y luego, cuando ya tuvo ambos pies en la playa, echó a andar lentamente hacia la orilla en dirección al bote de Karl, que estaba amarrado a una gran argolla de hierro oxidado que había, taladrada en una roca de la playa. El cachorro fue durante todo el camino bailoteando apenas medio metro por delante de él, al igual que la zanahoria que va tirando del burro, y desempeñando el papel del palo con el que podría tropezar y caer. Si lo hubiera pensado un poco, tal vez le hubiera concedido al cachorro el mérito de haberlo animado a caminar sin ayuda, pero estaba concentrado en llegar al bote.

Una vez alcanzada la embarcación, se apoyó en la borda, bajó una mano, lanzó un silbido y le hizo un mimo al cachorro cuando este dio un brinco hacia él. El tacto del suave pelaje del perrito contra la áspera piel de su mano lo hizo sonreír, y le vinieron a la mente otros perros y traillas que él había comandado estando en la costa oriental, antes de conocer a la agente Fenna Brongaard, con anterioridad a lo del Chino.

Maratse paseó la mirada por la playa y saludó con la mano a unos pescadores que estaban preparando sus equipamientos, disponiendo los sedales y destapando los fuerabordas. Eran solo cuatro y ninguno de ellos, más joven que Karl. Todos tenían por lo menos diez o quince años más que él mismo.

—¿Dónde están los jóvenes?

—En la escuela o en la ciudad —respondió Karl agitando una mano en dirección a Uummanaq—. Inussuk se muere lentamente —dijo—. Tenemos un poco de comercio cada verano, cuando los cruceros nos envían a sus pasajeros a visitar el lugar, comprar pasteles y probar la cocina de Groenlandia. Pero la gente se está yendo de Inussuk. Llegará un día en que no quede nadie.

Maratse saludó una vez más a los pescadores y después ahuyentó al cachorrito. Se ayudó de la borda del bote para apoyarse en ella e incorporarse, mientras Karl lo empujaba unos metros y lo echaba al agua. Maratse fue tras él caminando con dificultad, siguiendo la huella poco profunda que había dejado en la arena el casco de la embarcación. El agua le mojó las botas cuando intentó subirse a la borda. Karl lo agarró de un brazo y lo ayudó a sentarse en el tablón puesto de través que había en el centro del bote. Maratse se subió del todo la cremallera del mono y contempló al cachorrito, que se había quedado en la orilla, temeroso. Karl bajó el motor fueraborda, echó un poco de gasolina del bidón de plástico que llevaba consigo y accionó la manivela de arranque. Maratse sintió que cambiaba el peso de la embarcación cuando Karl se sentó, y que cambiaba de nuevo cuando su compañero le entregó un cigarrillo encendido. Se lo puso en el hueco de entre los dientes, se subió el cuello del mono y expulsó una nube de humo hacia el viento mientras Karl aumentaba la potencia y el bote empezaba a avanzar perfilando la costa.

Pequeños trozos de hielo iban rozando contra los costados del bote, hasta que salieron a una zona despejada, lejos de los fragmentos de un pequeño iceberg que estaba rompiéndose cerca de la orilla.

Mientras se dirigía al sedal que tenía tendido, Karl aminoró la velocidad en varias ocasiones, señalando rocas que resultaban adecuadas para atar en ellas un extremo del hilo, marcas de marea alta y lugares que había utilizado él con el objetivo de colocar trampas de piedras para cazar zorros árticos.

—Mi mujer curte las pieles —explicó—, y después se las vende a los turistas.

—¿Y tienen permiso para comprarlas?

—Quién sabe —contestó Karl encogiéndose de hombros—. Nosotros no se lo preguntamos, y ellos tampoco.

Karl aminoró de nuevo la marcha cuando se aproximaron a un punto de la península que se abría a una bahía de grandes dimensiones. Manióbró con el bote para ponerlo en sentido perpendicular y tocó a Maratse en el hombro. Frente a ellos, a un centenar de metros, flotaba un cubo grande de poliestireno con una bandera descolorida pinchada en el centro. Karl dejó el motor al ralentí y después quitó la marcha. Un segundo después, lo apagó y avanzaron flotando hacia la marca de pesca. Entonces Karl agarró la gruesa maroma que estaba atada a una boya de plástico oculta detrás de la marca, y ató un cabo desde el bote hasta ella. Por último, se sentó y tocó a Maratse en la espalda para indicarle que se volviera.

—Café —dijo al mismo tiempo que sacaba un termo de la bolsa que tenía a los pies.

— *Iji* —respondió Maratse con una ancha sonrisa—. Piensa usted en todo.

—Pienso en las cosas esenciales —replicó Karl, y le pasó a Maratse un paquete de tabaco.

—Está siendo muy generoso.

Karl se encogió de hombros.

—Usted es mi vecino. Puede traer cigarrillos la próxima vez.

Maratse asintió con un gesto de la cabeza y se inclinó hacia delante, hacia la llama del encendedor que le tendía Karl. Los diez minutos siguientes los pasaron en silencio, disfrutando del bamboleo del bote en el agua, contemplando la superficie del mar por si veían aparecer a una foca emergiendo para respirar. Maratse echó una mirada a las maromas y demás material que había dentro del bote, descubrió el cañón oxidado del Sako 22 y sonrió. Karl se palmeó el bolsillo delantero del mono y levantó la solapa para dejar ver la caja de municiones que llevaba.

Maratse sabía que el truco consistía en aturdir a la foca con el primer disparo y en obligarla a sumergirse de nuevo con poco o nada de aire en los pulmones, para luego poder ir rápidamente hasta el punto en que se había perdido de vista y entonces disparar otra vez, y otra, hasta conseguir acertarle en la cabeza o en un ojo y, ya después, engancharla con el arpón antes de que volviera a sumergirse. Aquella foca representaba un suministro de carne para la familia de Karl durante varias semanas, y la piel, dependiendo de la época del año, podía venderse por un poco de

dinero o acabar transformada en unos guantes o en un vestido que ofrecer a los turistas por una cantidad mayor. La grasa servía para alimentar a los perros durante el invierno, y, una vez despojado el cadáver de todo lo demás, los huesos suponían una golosina para la traílla.

Maratse empezó a salivar al imaginarse una chuleta de carne de foca asándose en su propia grasa sobre una piedra plana, en la ladera del cerro, encima de una fogata hecha con ramitas y madera de deriva.

—¿Listo? —le preguntó Karl. Apoyó una mano en su hombro para pasar por encima del tablón que servía de asiento y agarró una estaca de madera que había en la proa del bote. Luego encajó la base de la estaca en dos orificios rectangulares de la proa, taladrados en la fibra de vidrio y, seguidamente, cogió un carrete de hilo de pescar y lo colocó en posición. En una hendidura practicada en la madera había un cable provisto de una hebilla metálica; Karl lo recogió y se inclinó por la borda para alcanzar la marca de pesca. Levantó la marca, enganchó la hebilla a otra hebilla pegada al pie de la bandera, después soltó la marca y la dejó flotar en el extremo de un corto cabo amarrado a la boya. Por último, enderezó la espalda y puso una mano sobre el carrete.

—¿Usted o yo?

—Yo —respondió Maratse, y se preparó para trasladarse a la proa de la embarcación. Esperó a que Karl se hubiera sentado en la popa, después apretó los dientes, cambió de sitio y se arrodilló encima de dos cabos enrollados delante del carrete. Asió las asas de la manivela que tenía este a cada lado y empezó a darle vueltas. Detrás de él, Karl sacó de debajo del tablón central una caja de plástico no muy grande, se la puso enfrente y enganchó el arpón al sedal mientras Maratse lo iba recuperando de las profundidades del mar. El bote giró, y Karl dejó que el hilo resbalase por el guante de caucho que llevaba puesto. Cuando subió a la superficie el primer fletán, Karl le dio una voz a Maratse para que se detuviera un momento mientras él desenganchaba el pez y lo echaba en la caja de plástico que tenía a los pies.

Continuaron así durante otros cinco minutos y siete peces, hasta que de repente a Maratse le resbalaron las asas de las manos. El hilo empezó a hundirse otra vez en el mar. Maratse se incorporó, haciendo caso omiso del dolor de las piernas, cogió las asas de nuevo y frenó la velocidad a la que se estaba desenrollando el hilo. Lanzó un gruñido al sentir el peso cuando

empezó a girar el carrete. Maratse hizo una pausa para bajarse la cremallera del mono con una mano mientras el sedal temblaba en el asa y en la palma de la otra mano. Las abrasiones que tenía en los pliegues de la piel, resultado del contacto con la barra oxidada del taller de las ambulancias, se le abrieron y mancharon de sangre las asas mientras él sudaba por el peso.

—¿Será un tiburón? —propuso Karl. Se asomó por un lado del bote mientras Maratse iba girando el carrete despacio, una vuelta tras otra.

—¿Alcanza a verlo? —le preguntó Maratse durante otro descanso.

—Veo algo. —El bote se inclinó hacia babor cuando Karl atrapó el hilo y tiró de él—. Solo un poco más, y podré alcanzarlo con el arpón.

Maratse dio otras tres vueltas enteras al carrete, hasta que oyó que su compañero lanzaba una exclamación ahogada.

—¿Lo ve ya?

Esperó la respuesta, pero Karl no dijo nada.

Encontró un cabo rematado en una gaza sujeto al pie del carrete. Maratse enganchó el lazo alrededor del asa opuesta para que no se moviera. Acto seguido, se dio la vuelta mientras Karl estaba vomitando por la borda, echando al mar el café que había ingerido. Observó la superficie más allá del contenido del estómago de Karl, y vio una masa de cabello largo y negro ondeando lentamente en el agua.

—¿Tiene un móvil, Karl?

—Sí. —Karl se sacó el teléfono del bolsillo, se lo pasó a Maratse y se trasladó al lado de estribor del bote.

Maratse pasó por encima del tablón central y, sin preocuparse del equilibrio de la embarcación, se inclinó por encima de la borda y contempló el rostro, de un blanco glacial, del cadáver de una muchacha que colgaba de un extremo del sedal. Metió una mano en el agua y le giró la cabeza hacia arriba. Los ojos habían desaparecido, y un lado del cráneo estaba blando. Era muy joven, calculó, e iba vestida con ropa de abrigo, lo cual resultaba raro, se dijo, ya que el cadáver se hallaba bien conservado y tendría solo una o dos semanas. A pesar del deterioro, la chica le resultó conocida, y de pronto le vino a la memoria la fotografía que había visto la noche anterior en el informativo. Soltó la cabeza del cadáver y se trasladó de nuevo al tablón central.

—Karl —dijo—. Fúmese un cigarrillo.

Karl asintió con un gesto mientras él desbloqueaba el teclado del móvil y marcaba el número de la comisaría de policía de Nuuk.

Petra advirtió la presencia del comisario de policía en el mismo instante en que este franqueaba la puerta y pasaba a la zona de oficinas del primer piso, donde ella tenía su escritorio de trabajo. Era más alto que la mayoría de los policías de Nuuk. La gente decía que era alto incluso para ser danés. Petra cursaba el segundo año de formación cuando Lars Andersen fue nombrado comisario de policía en Groenlandia. Antes de su llegada, se había rumoreado que no toleraba ni tonterías, ni comportamientos estúpidos. Era bien sabido que contaba con una impresionante hoja de servicios en Dinamarca, que incluía una breve temporada destinado en el extranjero, en Nicaragua. Pero era un secreto, solo compartido por el comisario y por ella, su condición ligeramente disléxica. Los cadetes cursaban el segundo año de formación en la academia de policía de Nuuk distribuidos por el país realizando prácticas, bajo la supervisión de un mentor. Petra había estado en Nuuk, y había sorprendido al comisario un día en que este se encontraba sudando la gota gorda por leer un montón de minuciosos informes. Ella se ofreció a ayudarlo, y él se quedó impresionado al ver lo rápido que leía y el dominio que mostraba de la gramática del danés.

Cuando el comisario echó a andar por la oficina en dirección a su mesa, ella sonrió recordando lo agradecido que se había sentido por su ayuda.

El comisario no sonrió al aproximarse al escritorio de Petra. La saludó con un breve gesto de la cabeza, cogió una silla de la mesa de al lado y se sentó. Luego cruzó una de sus largas piernas por encima de la otra y le dijo:

—Necesito que me ponga al día respecto del caso de Tinka Winther.

—Muy bien —respondió Petra, y abrió su libreta. Escrutó un momento lo que había anotado en ella y dijo—: La última persona que vio a Tinka fue su padre, Martin Winther. Ayer hablé con él. Me dijo que su hija se había quedado a dormir en casa de una amiga, Kaka Satorana, pero esta admitió que había sido una tapadera.

—¿Para cubrir a Tinka?

—Sí, lo cierto era que Tinka tenía pensado acudir a una fiesta. Kaka dijo que Tinka estaba emocionada porque iba a conocer a un hombre en particular.

—¿Mayor?

Petra asintió con la cabeza.

—Kaka dijo que era un hombre mayor, sí.

—¿Hay alguna pista respecto de dicho hombre?

—No, pero... —Petra cerró la libreta.

—¿Pero...? ¿Tiene una corazonada?

—Más o menos. —Abrió el primer cajón del escritorio y sacó una fotocopia del artículo de un periódico que puso delante del comisario—. Anoche me dejaron esto encima de la mesa.

—Hágame un resumen de lo que dice —pidió el comisario en voz baja mientras miraba la fotocopia.

—Habla de la cultura de partido de los políticos de Groenlandia.

—¿La cultura de partido?

—Sí, entre determinados políticos. —Petra guardó silencio—. Es sugerente, pero no menciona ningún nombre actual, tan solo algunos del pasado, previos al cambio de milenio.

—¿Y usted tiene la corazonada de que Tinka iba a encontrarse con un político?

—Creo que por eso me lo dejaron encima de la mesa.

—¿Tiene idea de quién pudo ser?

—¿El que me dejó el artículo?

—Sí, o del político. Su mejor conjetura.

Petra observó la oficina. Tres de sus colegas estaban trabajando en sus respectivas mesas, y un cuarto agente justo en aquel momento entraba por la puerta con un informe en la mano y un café en la otra. Sintió una punzada en el estómago.

—¿Petra?

—¿Podríamos... —empezó a decir, y luego le mostró con la cabeza la sala de reuniones acristalada que tenía a su izquierda. Se levantó y le hizo una seña al comisario para indicarle que la acompañara. Mientras abría la puerta de la sala, Petra imaginó que se interrumpía brevemente la actividad en las mesas de sus colegas. La cerró de nuevo después de que

accediera el comisario, juntó las manos y se tocó los labios con las puntas de los dedos.

—Bien, Petra, ya contamos con la atención de la oficina entera. ¿Está segura de que esto es necesario? Tenga en cuenta, agente, que nos encontramos en Groenlandia, no en Hollywood —dijo el comisario antes de tomar asiento a la mesa—. No obstante —añadió a la vez que estiraba las piernas—, este asunto guarda relación con la política, de modo que probablemente haga bien en tomar precauciones.

—Gracias.

—¿Tiene algún nombre?

—Tengo un nombre, y una fecha, y una ubicación.

El comisario enarcó las cejas.

—Prosiga.

—Son todo suposiciones, naturalmente —dijo Petra. El comisario le hizo un gesto circular con el dedo que quería decir que continuara—. El pasado fin de semana, Malik Uutaaq estuvo en Ilulissat para asistir a una reunión. Me lo ha confirmado su secretaria.

—Tinka está estudiando en el instituto de Aasiaat, si no me equivoco.

—Está en segundo curso. Se puso enferma y se quedó en Ilulissat, en casa con su padre.

—Así que se encontraba en Ilulissat al mismo tiempo que Malik Uutaaq.

—Sí.

—Él está casado, ¿no es cierto? —preguntó, y Petra asintió. El comisario se puso de pie—. Como prueba, resulta bastante endeble.

—Ya he dicho que era una corazonada, basada en el hecho de que alguien me ha dejado ese artículo en mi mesa.

—¿Y quién puede haber sido esa persona?

—No tengo ni idea.

—Está bien, si esto progresa, considero que debería ser usted quien hablara con la esposa de Uutaaq. —El comisario lanzó un suspiro. Se acercó a la ventana de la sala y contempló el mar. Las nubes mostraban el mismo color que el agua, y una cortina de lluvia se aproximaba hacia tierra firme—. Tenemos una reunión aquí al lado —anunció—, en el edificio del gobierno. Usted y yo vamos a entrevistarnos con Nivi Winther y su ayudante. Me parece que se llama Daniel.

—Tukku —añadió Petra.

—Exacto. Se nos está haciendo un poco tarde, pero es que antes quería hablar con usted. —Fue hasta la puerta y la abrió—. Ah, y le he pedido a Gaba Alatak que se reúna allí con nosotros.

—¿Por qué? —preguntó Petra. Se detuvo un instante en la puerta; la punzada en el estómago se había transformado en una sensación de desasosiego.

—Porque es un tipo que impone, el jefe de la Unidad de Fuerzas Especiales, y quiero que la primera ministra vea que estamos dedicando nuestros mejores efectivos al caso. Eso la incluye a usted, agente.

—Sí, señor —susurró Petra. Salió de la sala con el comisario y lo acompañó por la oficina hasta las escaleras—. Pero ¿tenía que ser precisamente Gaba?

—¿Me estoy perdiendo algo? —replicó el comisario mientras comenzaba a descender la escalera. Petra se apresuró a seguirlo, a pesar de la desagradable sensación que tenía en el estómago.

—Estuvimos saliendo —dijo—, hasta que él llegó a la conclusión de que las chicas más jóvenes resultaban de mayor interés.

—Eso parece estar de moda últimamente.

—Sí, señor.

El comisario hizo un alto para estrecharle la mano a un policía joven que acababa de regresar de un permiso de paternidad. Petra esperó mientras el orgulloso padre sacaba una fotografía de la cartera. El comisario sonrió, le dio una palmadita en la espalda y le deseó lo mejor. Seguidamente le hizo una seña a Petra y, poco después, ambos salían por la puerta principal a la calle, donde estaba lloviendo.

—Llevo un tiempo deseando preguntarle una cosa —dijo el comisario mientras atravesaban a paso rápido la corta distancia que los separaba de los edificios oficiales—. ¿Cómo está el agente Maratse? —Se detuvo al llegar a la puerta, la abrió y esperó a que Petra entrara.

Petra se pasó las manos por el pelo mojado por la lluvia, después se las secó en la chaqueta y asintió.

—Está bien, teniendo en cuenta las circunstancias. Ayer se fue en avión a Inussuk.

—¿Dónde queda eso? —preguntó el comisario dirigiéndose al ascensor.

—En el fiordo de Uummanaq, desde Ilulissat siguiendo la costa hacia el norte.

—¿Y qué va a hacer?

—Dice que va a cazar y pescar —contestó Petra al mismo tiempo que llegaba el ascensor. Dudó un momento antes de entrar.

—Usted no está tan segura, ¿verdad?

—No, señor. Padece muchos dolores. Según los médicos, cuando lo torturaron, sufrió graves daños en los nervios.

—Agente —le dijo el comisario en voz baja mientras se cerraban las puertas de la cabina—, eso es información clasificada. Si se la di a usted, fue porque necesitaba que alguien cuidara de Maratse.

—Lo sé, señor.

—De modo que espero que hablemos de Maratse sin mencionar lo que ocurrió, sobre todo en el interior de este edificio.

—Sí, señor. Lo siento, señor.

—Veo que nos entendemos. Bien. Y ahora... —dijo— compórtese, estoy a punto de presentarla ante la primera ministra como uno de los mejores agentes de policía de toda Groenlandia.

—Gracias —respondió Petra. Cuando las puertas se abrieron agregó—: ¿Y Gaba?

—Es un elemento puramente decorativo. A menos que necesitemos los servicios de su equipo. No tendrá voz en este caso. Le pertenece a usted, y usted depende directamente de mí.

—Pero yo solo soy una agente —objetó Petra mientras salían del ascensor y echaban a andar por el pasillo.

—Ya no —replicó el comisario al mismo tiempo que se detenían ante la puerta del despacho de Nivi Winther—. Enhorabuena, sargento —le dijo, y le estrechó la mano—. Esta misma mañana han llegado los resultados de su examen. Al finalizar el día, tendrá los papeles oficiales encima de su mesa.

Le guiñó un ojo, llamó a la puerta con los nudillos y la abrió.

A Petra le dio un vuelco el estómago a causa de sus sentimientos encontrados. Intentaba procesar todo cuanto le había dicho el comisario desde que se sentó a su mesa un poco antes. Sabía que había realizado bien el examen de ascenso a sargento, pero el hecho de que se lo hubiera confirmado el comisario, de repente lo volvía real. Se permitió esbozar una leve sonrisa antes de acceder al despacho.

Miró a Gaba con su aspecto imponente y, después, a la primera ministra. Era obvio que Nivi Winther había preferido no aparecer maquillada, y, al ver que los ojos se le llenaban de lágrimas, Petra consideró que había hecho bien.

—Le presento a la sargento Jensen —dijo el comisario y, a continuación, le hizo una seña a Petra para que se acercara. Ella le estrechó la mano a Nivi y saludó con la cabeza a su asistente Daniel, que estaba detrás de su jefa—. Petra se encarga de los casos de personas desaparecidas y, en este asunto, depende directamente de mí.

—¿Y él? —preguntó Daniel indicando a Gaba.

—Gaba ha venido a petición mía. Quiero que esté plenamente informado, por si necesitáramos sus servicios.

—¿Y para qué íbamos a necesitarlos? —dijo Nivi—. ¿Qué es lo que hace?

Gaba dio un paso al frente.

—Dirijo la Unidad de Fuerzas Especiales. Si encontramos a su hija, es posible que precisemos de la intervención de mi equipo.

—¿Cómo que si la encuentran? —repitió Nivi—. No entiendo a qué se refiere.

—Este caso es muy conocido para todo el mundo, primera ministra —respondió el comisario—. Si estuviéramos en Estados Unidos y hubiera desaparecido la hija del presidente, en fin, creo que todos podemos imaginar cómo reaccionarían allí.

—¿Y aquí? —quiso saber Daniel.

—Nos encontramos en Groenlandia —replicó el comisario—. Aquí no existen precedentes de una situación semejante, pero quiero asegurarles que nos estamos tomando esto muy en serio y que hacemos todo lo que podemos para encontrar a la hija de la primera ministra.

—¿Están haciendo todo lo que pueden?

—Sí, así es.

—Daniel, no sigas —pidió Nivi.

—No pasa nada, Nivi —dijo él—. Solo quiero tener la seguridad de que realmente están haciendo cuanto pueden. Quiero saber si disponen ya de alguna pista.

—Puedo asegurarle que estamos investigando activamente la desaparición de Tinka.

—¿Y cuentan con algún sospechoso?

—Daniel —lo interrumpió Nivi—. Basta.

El ayudante se volvió hacia ella.

—Esto es importante. Debo preguntárselo.

—Y yo te he dicho que no quiero que se lo preguntes.

Petra observó que la primera ministra hacía un esfuerzo por controlar la respiración. Miró al comisario, abrió la boca para hablar y volvió a cerrarla cuando él, con un sutil gesto de la mano, la instó a ser prudente.

—Aquí no estamos hablando de un artículo, Nivi, estamos hablando de tu hija. —Daniel dio un paso hacia ella y le apoyó una mano en el hombro. Después se volvió hacia el comisario—. ¿Y Malik Uutaaq?

—¿Qué pasa con él?

—Se ha sugerido que Tinka pudo haberlo conocido en una fiesta y que quizá los dos se... —Guardó silencio para apretar levemente el hombro de Nivi y musitó una disculpa. Ella asintió con la cabeza, y él prosiguió—: Es posible que pasaran un rato juntos. Es posible que intimaran.

El comisario asintió y se volvió para mirar a ambos oficiales. Petra dio un paso al frente, y él se apartó a un lado al mismo tiempo que le indicaba que se aproximara al escritorio.

—Señora Winther, ¿tiene usted algún testigo que pueda confirmar que Malik Uutaaq estuvo con su hija? —Petra esperó mientras Nivi miraba a Daniel.

—Sabemos que él estuvo en Ilulissat al mismo tiempo que Tinka —respondió el ayudante.

—Sí, nosotros también lo hemos confirmado.

—Entonces, ¿han hablado con Malik? —dijo Daniel.

—No.

Daniel retiró la mano del hombro de la primera ministra y fue hasta la ventana, y Gaba dio un paso atrás para dejarle espacio. La lluvia se había intensificado y hacía difícil distinguir las suaves curvas del Centro Cultural Katuaq, que se inspiraban en la aurora boreal. Daniel miró a Petra.

—¿Por qué no?

—El hecho de que Malik estuviera en Ilulissat no lo convierte en sospechoso. También es un político. Si lo interrogáramos sin una causa justificada, podríamos empeorar la situación.

—¿Cómo íbamos a empeorarla más? —replicó Nivi—. Mi hija ha desaparecido. Nadie la ha visto desde este fin de semana, puede que desde el viernes por la noche.

—Lo comprendo —respondió Petra—, pero a menos que tengamos un testigo, o alguna prueba circunstancial que conecte a su hija con Malik Uutaaq, corremos el riesgo de provocar una tormenta en los medios de comunicación, y entonces se la acusará a usted de aprovechar la desaparición de su hija para desacreditar a un rival político.

—Un punto de vista muy político, sargento —dijo Daniel—, gracias. Pero cuando queramos su opinión política, ya se la pediremos, y no antes. Le sugiero que se concentre en sus labores policiales, más que en su evidente pasión por los comentarios políticos.

Petra sintió que se le enrojecían las mejillas y se volvió hacia el comisario buscando apoyo, pero fue Gaba el que desactivó la tensión y puso firmemente en su sitio al ayudante de la primera ministra.

—La sargento Jensen está desempeñando su trabajo. Está tomando en cuenta todas las posibilidades y centrándose en la única persona de la que debe responder en esta investigación: Tinka Winther. Le propongo que le permita hacer su trabajo, o que le facilite las pruebas necesarias para seguir la línea de investigación que usted sugiere. —Gaba miró a Petra y la obsequió con una mínima sonrisa. Luego miró a Daniel y esperó.

—¿Nivi? —dijo Daniel.

—Sí —respondió ella con un gesto afirmativo.

—Gracias, sargento Alatak. Puedo asegurarle que tengo plena confianza en la capacidad de la sargento Jensen para llevar a cabo esta investigación, y a ese respecto, con el fin de ampliar sus líneas de investigación, como usted lo ha expresado con tanta elocuencia, permítame que le sugiera que hable con Aarni Aviki, el director de comunicación de Seqinnersoq. —Daniel se volvió hacia Petra—. Estoy seguro de que él le proporcionará la causa justificada que necesita para hablar con Malik Uutaaq sin desatar ninguna tormenta política, aunque agradezco su preocupación.

—Gracias —contestó Petra. Se volvió hacia la primera ministra con la intención de tranquilizarla, pero de repente le vibró el teléfono dentro del bolsillo. Nivi la autorizó con un gesto a que atendiera la llamada, y ella así lo hizo.

—Piitalaat —dijo la voz de Maratse entrecortada por el ruido del viento  
—. He encontrado una cosa.

Malik Uutaaq encendió el televisor y sintonizó el canal de teletexto de la televisión oficial de Groenlandia, *Kalaallit Nunaata Radioa* . Mientras en el teletexto iban rotando las páginas con breve contenido en groenlandés y luego en danés, encendió la radio, consultó el reloj y esperó el informativo que se emitía cada hora. Aarni había dicho que debía estar preparado para recibir noticias incómodas y que se encontraba en camino. Malik vio la versión danesa de las noticias sobre el cadáver de una muchacha que había aparecido en el fiordo de Uummanaq apenas una hora antes. Prestó atención a la radio y alcanzó a oír lo último que estaba diciendo el locutor acerca de la muchacha en cuestión, que era la hija de Nivi Winther, antes de pasar a una entrevista telefónica que le habían hecho al jefe de la policía local de Uummanaq.

Cuando llegó, Aarni encontró a Malik sentado en el borde del sofá y con la cabeza entre las manos. El informativo había finalizado, y por lo visto también el interés de Malik por su carrera política.

—Me voy a retirar —declaró justo cuando Aarni entró en la sala de estar.

—No puedes. El país necesita un líder fuerte. Y has de ser tú.

—¿Un líder fuerte? —Malik levantó la vista—. ¿Y qué pasa cuando alguien le dice al país entero que su líder fue la última persona que vio con vida a Tinka Winther? ¿Eh? ¿Qué pasa entonces?

—Eso no va a ocurrir.

—¿Sabes qué? Dices esto constantemente, Aarni. Creo que deberías explicarte.

—Muy bien —repuso Aarni. Fue hasta el vestíbulo y echó un vistazo a la escalera. Cuando regresó a la sala de estar, cerró la puerta—. ¿Estamos solos?

—Sí —contestó Malik al mismo tiempo que se levantaba—. Los chicos se han ido al colegio y Naala está trabajando.

—Apaga el teléfono.

—¿Qué?

—Tú, apágalo —repitió Aarni. Encontró el teléfono fijo en la cocina, fue siguiendo el cable hasta la pared y lo desenchufó.

—¿Qué haces?

—Tomo precauciones, nada más.

Acercó una butaca a la mesa de centro y le indicó a Malik con una seña que se sentara en el sofá. Por la ventana cruzó la sombra de una furgoneta de reparto, y se levantó para bajar los estores. Malik lo siguió con la mirada cuando regresó a la butaca y tomó asiento.

—¿Qué has hecho? —le preguntó Malik.

—Tú, espera. —Aarni respiró hondo y se aflojó el nudo de la corbata. Miró a Malik y le dijo—: Todo esto está ocurriendo muy deprisa. Yo procuro ir adelantándome, pero tienes que comprender que...

—Dime lo que sea. Ahora mismo.

—Está bien. —Aarni se pasó una mano por la cara—. De acuerdo. Lo que ha ocurrido es lo siguiente: tú fuiste a Ilulissat tal como estaba previsto, la semana pasada.

—Volví el sábado por la tarde.

—Correcto, después de la fiesta del viernes por la noche. Donde conociste a Tinka Winther.

—No sabía que fuera ella, Aarni, te lo juro.

—Ya, pero la conociste, y alguien te vio en su compañía. Lo sé porque el sábado, alrededor de la hora de comer, antes de que tú aterrizaras en Nuuk, recibí una llamada.

Malik se puso de pie y fue hasta la ventana. Se apoyó contra la pared, a un lado de los estores, y escudriñó la calle por el hueco. Se daba golpecitos en la pierna mientras Aarni hablaba.

—La llamada era de un hombre, pero la voz se oía distorsionada. Sin embargo, hablaba en danés, en un danés perfecto.

—¿Qué era lo que quería?

—Dijo que él podía arreglar el problema, pero que no saldría barato.

—Aarni —dijo Malik, y se volvió hacia su director de comunicación—, ¿has pagado a alguien para que asesinase a Tinka Winther?

—No —respondió Aarni haciendo un gesto negativo con la cabeza—. Ni hablar. —Señaló a Malik con el dedo y añadió—: Hemos pagado a alguien para que arreglase tus indiscreciones sexuales. Eso es lo que hemos hecho. Nada más.

—No dejas de hablar en plural. ¿Te refieres al partido? Porque yo no recuerdo haberte dado dinero para que arreglaras nada. Y pienso admitirlo ante un tribunal, en caso necesario.

—No va a ser preciso —le dijo Aarni en un tono más fuerte de lo que esperaba. Respiró hondo y a continuación habló en voz baja, midiendo y espaciando las palabras—. Esa fiesta ha atraído el interés foráneo. A finales de la semana pasada recibimos una inyección de fondos, y yo utilicé una parte de ellos para arreglar tu estropicio. Nosotros, el partido, estamos en esto juntos.

—¿Cuándo ibas a decirme que había aparecido un benefactor?

—Te lo habría dicho el lunes, pero estaba ocupado en este asunto —respondió Aarni. Señaló con la mano el teletexto de la televisión y siguió hablando—: La otra mañana, cuando tomábamos café, recibí un mensaje de texto que confirmaba que ya estaba hecho. Solucionado.

—¿Que confirmaba que Tinka había muerto?

—No. En ningún momento esperé que la cosa llegara tan lejos.

—¿Y qué era lo que esperabas?

—No lo sé —respondió Aarni, consciente una vez más de que había elevado el tono de voz—. Dinero, quizá. Una amenaza. Puede que un chantaje. Eso era lo que imaginaba. No esperaba nada, aparte de que el problema desapareciera y pudiéramos continuar adelante.

—¿Y no sabías que la chica era Tinka Winther?

—De acuerdo, eso sí lo sabía. Eso fue lo que me dijo aquel hombre. Por eso tuve que ponerle remedio. Las otras chicas... —siguió diciendo Aarni mientras Malik abría el armario de las bebidas, que había junto al televisor — no importaban. Estaban demasiado borrachas o drogadas para acordarse de quién eras tú.

—¿Acaso se lo preguntaste? —Malik sacó del armario dos vasos y una botella de ginebra, los puso encima de la mesa de centro y los llenó hasta el borde. Aarni meneó la cabeza en un gesto negativo para rechazar el suyo cuando Malik se lo acercó. Malik se encogió de hombros y se bebió los dos él solo.

—Sí, Malik, se lo pregunté. He ido haciendo limpieza detrás de todas tus indiscreciones. Incluso he hablado con tu mujer.

—¿Cómo dices? —Malik escupió la ginebra que le quedaba en la boca.

—Que he hablado con Naala. Estuvimos de acuerdo en que eras un cabrón. Pero también en que podías ser el próximo líder de Groenlandia y en que ella podría esperar que las cosas mejorasen, económicamente y en casa. Acordamos que era mejor para vuestros hijos que ella aguantara tus infidelidades en vez de obligarlos a pasar por un desagradable divorcio.

—Sí que has estado ocupado, Aarni. —Malik cogió la botella de ginebra, pero volvió a dejarla. Se derrumbó contra los cojines del sofá y apoyó la cabeza sobre el respaldo—. Y ahora soy el principal sospechoso en la investigación de un asesinato.

—Eso no lo sabes.

—Venga, Aarni. Es cuestión de tiempo. —Malik señaló el televisor con la mano—. Tu hombre misterioso exigirá más dinero. Así es cómo funciona esto. ¿O no ves la televisión?

Aarni apoyó un codo en el reposabrazos de la butaca y juntó las manos.

—Hay más —adivinó Malik—. ¿Verdad?

—Daniel Tukku sabe que estuviste con Tinka.

—¿Qué? —Malik levantó la cabeza y miró a Aarni—. Me pareció que habías dicho que se había arreglado todo.

—Y así es. Está arreglado.

—Si el asistente de Nivi Winther sabe que estuve con su hija, no.

—Está solucionado, porque ayer mismo hice un trato con él.

—¿Qué clase de trato?

—Acordamos que este domingo nosotros nos abstendríamos de hacer hincapié en que el primer idioma fuera el groenlandés y que pasaríamos a debatir temas como la vivienda y el desempleo.

—¿En serio crees que todavía va a haber debate? ¿Con todo lo que ha ocurrido? Nivi no está en condiciones para debatir. Lo suspenderán. Yo lo suspendería si el cadáver que han sacado del mar fuera el de Pipaluk. —El hecho de pensar en su hija despejó la cabeza de Malik, que se levantó del sofá. Sin decir palabra, enroscó el tapón en la botella de ginebra y volvió a guardarla en el armario. Después, cogió los vasos y los llevó a la cocina. Llenó el hervidor del agua, lo puso a calentar y empezó a revolver en el armario de la cocina buscando dos tazas limpias, hasta que Aarni lo interrumpió.

—Habrá debate, y tú estarás en él. He acordado con Tukku que él guardará silencio a cambio de que sea un debate abierto, uno que deje

espacio a otros temas al margen del nuestro.

—¿Has acordado eso?

—Sí.

—Pues, en ese caso, nos has hecho perder las elecciones. En cuanto yo deje de centrarme en mi mensaje, me bombardearán con asuntos que no tengo preparados.

—Tal vez los tendrías preparados si pasaras menos tiempo follando por ahí.

Malik levantó un dedo, pero luego lo bajó.

—Tienes razón —dijo, y se apoyó contra la encimera de la cocina—. Lo acepto. De todas maneras, es muy poco probable que Nivi haga algún comentario, si es que acude.

—No creo que aparezca —dijo Aarni. Aguardó unos instantes—. Más bien, me temo que Daniel Tukku acudirá en su lugar. Sospecho que está preparado para aprovechar el voto de solidaridad y el vacío potencial que esto acarree en el partido. Pienso que tiene previsto actuar en nombre de Nivi el domingo, y puede que también en el futuro.

—Eso es bastante despiadado.

—No —replicó Aarni—, es solo política. —Se sacó las llaves del bolsillo y señaló el hervidor de agua, que ya estaba expulsando vapor—. No me apetece tomar café. Me vuelvo a la oficina. No conectes el teléfono. Si necesito ponerte en contacto contigo, ya te enviaré un correo electrónico.

—¿Y qué vas a hacer?

—Voy a redactar un comunicado de prensa para expresar nuestras condolencias a Nivi Winther y a sus familiares, y después me iré a hablar con Tukku acerca del debate.

—¿Así, sin más?

—Sí. Son negocios, Malik, como siempre. Recuérdalo.

Aarni salió de la cocina y de la casa. Cerró la puerta tras de sí y se metió en el coche. Hacía un día nublado, al igual que el anterior, pero no llovía. Arrancó y se alejó del bordillo. Cuando, camino del centro, aminó la marcha para acceder a la primera rotonda, advirtió la figura de un coche policial en el espejo retrovisor. Aceleró haciendo chirriar los neumáticos al tomar la curva que daba a la carretera, que se elevaba en un leve repecho, antes de descender cuesta abajo hacia el centro de Nuuk. Volvió a

mirar el espejo, aumentó la velocidad y agarró el volante con fuerza cuando las luces azules de la policía empezaron a girar, seguidas por el aullido de la sirena.

La curva que describía la carretera era más pronunciada de lo que Aarni recordaba. Luchó por dominarla rectificando el giro en exceso, al mismo tiempo que el volante se volvía más duro y le resbalaba entre las manos sudorosas. El coche policial se rezagó un poco cuando Aarni se desvió e invadió el carril contrario. El conductor del primer automóvil de los tres que venían de frente pisó el freno, Aarni le rozó el lateral con el parachoques y por fin se detuvo con un chirrido de los neumáticos.

Intentó abrir la portezuela, pero solo consiguió separarla unos centímetros antes de golpear el costado del otro coche. Aarni empezó a trepar por encima del freno de mano con el objeto de acceder al asiento del pasajero, pero se vio impedido por el cinturón de seguridad y por un policía de gran estatura que se asomó por la ventanilla trasera. No reconoció el rostro de Gaba Alatak. Gaba se ajustó las patillas de sus gafas de sol Oakley, que llevaba sujetas alrededor de la nuca. Dio unos golpecitos en el cristal y le indicó por señas a Aarni que lo bajase.

—Eso —le dijo Gaba cuando Aarni pulsó el botón del elevallunas— ha sido una estupidez.

—Lo sé —reconoció Aarni. Intentó encogerse de hombros, pero el cinturón de seguridad se tensó y lo obligó a reclinarsse contra el asiento.

—¿Es usted Aarni Aviki?

—Sí.

—Estaba buscándolo. ¿Por qué no contesta al teléfono?

—Lo había apagado.

—¿En serio? —replicó Gaba, y asintió con la cabeza—. Eso sí resulta interesante. Un director de comunicación sin medios para comunicarse. —Observó la fila de vehículos que venían en contra y miró a su compañero, que estaba hablando con el conductor del otro automóvil—. ¿Qué le parece si arreglamos este desaguisado, y luego tenemos una pequeña charla?

—De acuerdo —respondió Aarni. Observó cómo Gaba reconducía el tráfico evitando la colisión que había tenido lugar en el centro de la vía. Su compañero tomó declaración al conductor del otro vehículo, se retiró un poco para sacar unas fotos con su móvil y, por último, le indicó al conductor que prosiguiera. Acto seguido, dio unos golpecitos en la

ventanilla de Aarni y le dijo que se apeara del coche. Él mismo se llevó el automóvil accidentado a una zona de grava que había a un lado, junto a un restaurante, mientras Gaba le hacía señas a Aarni para que subiera con él al vehículo policial.

—Bien —dijo Gaba una vez que Aarni se hubo acomodado en el asiento trasero del Toyota y hubo cerrado la portezuela—, eso ya está resuelto. El resto se lo dejaremos a las compañías de seguros.

—Vale —contestó Aarni.

El segundo policía abrió la portezuela del conductor y se sentó al volante, y asintió con un gesto cuando Gaba le dijo que los llevara de vuelta a la comisaría.

—No soy el oficial encargado de la investigación —dijo Gaba mientras su compañero arrancaba y se incorporaba a la carretera—. Pero antes de que usted vea a la responsable, me gustaría comunicarle quién soy. —Gaba inclinó la cabeza para mirar a Aarni a los ojos—. Soy el tipo al que envían cuando la situación requiere, cómo expresarlo, una respuesta más física. ¿Entiende usted a qué me refiero?

—No estoy muy seguro. —A Aarni se le quebró la voz mientras Gaba ladeaba la cabeza y esbozaba una sonrisa burlona. Luego se volvió hacia su compañero y le dijo:

—No lo entiende.

El otro meneó la cabeza en un gesto negativo.

—Va a ser mejor que le hable sin rodeos, jefe —dijo.

—¿En serio? ¿Tú crees que es mejor que se lo diga claramente?

—Sí.

El agente redujo la velocidad al aproximarse al edificio de la comisaría. Encontró un espacio para aparcar frente a la entrada principal y apagó el motor. Esperó a que Gaba se apeara del coche, abriera la portezuela del pasajero y se deslizara en el asiento de atrás, con Aarni.

—Mi compañero opina que debería ser más directo. Bien, ¿qué tal si probamos con esto...? —dijo al mismo tiempo que le clavaba los nudillos a Aarni en el pecho—. Soy el tipo al que envían cuando hay que detener a gente que ha hecho cosas indescriptibles. —Retiró los nudillos y dejó que Aarni tomara aire—. Esa clase de detenciones pueden resultar desagradables. No siempre es fácil mantener el control en una situación

así. Las cosas pueden desmadrarse con facilidad. —Miró a Aarni—. La gente puede resultar herida.

—Creo... —dijo Aarni hablando con dificultad— creo que ya lo entiendo.

—Bien —repuso Gaba, y palmeó a Aarni en el pecho con una enorme manaza—. Solo recuerde eso si vuelve a verme, ¿estamos?

Gaba se apeó del automóvil, abrió la portezuela del lado de Aarni y lo escoltó hasta el interior de la comisaría. Petra estaba esperando en la puerta.

—¿De qué va todo esto? —preguntó tras echar una mirada a Aarni.

—¿Esto? —repitió Gaba encogiéndose de hombros—. No sé de qué me hablas. ¿Y tú, Miki? —le dijo a su compañero.

—No. Ni idea, jefe. —Miki se volvió hacia Petra y le dijo—: Es todo suyo.

El transbordador alquilado por el Departamento de Policía de Uummanaq se balanceó cuando el jefe de policía, Torben Simonsen, y su ayudante, el agente Danielsen, izaron el cadáver de Tinka Winther por encima de la borda y lo depositaron sobre la cubierta. El cuerpo fue deshinchándose conforme se vaciaba el agua acumulada en la ropa y la que salía por la herida abierta del cráneo. Simonsen le hizo una seña a Maratse para indicarle que se acercara. Karl arrancó el motor fueraborda y procedió a abarloar el bote al casco del barco, hasta que Maratse quedó situado delante del hueco abierto en el costado de la embarcación. Simonsen lo ayudó a subir a bordo, y Karl se apartó del barco y buscó colocarse a una distancia que le resultara cómoda respecto de la joven fallecida.

—Agente —dijo Simonsen mientras aguardaba a que Maratse recuperara el equilibrio—, no nos hemos visto nunca, pero tenemos un conocido común.

—Ah, ¿sí?

—Fenna Brongaard —declaró, al mismo tiempo que señalaba con la cabeza a Danielsen—. No me gusta admitirlo, pero este mismo año nos golpeó a ambos con la culata de un arma. Eso, seguido por un tiroteo que tuvo lugar en el edificio de la antigua escuela de Uummannatsiaq. — Simonsen hizo un gesto con la cabeza en dirección a la punta de una isla que apenas se distinguía a lo lejos, entre los icebergs. Frunció el ceño al ver cómo Maratse se agarraba a la barandilla—. Al parecer, yo no salí demasiado malparado.

—Hum... —contestó Maratse. Reprimió una mueca de dolor y echó a andar hacia la proa, siguiendo la borda.

—¿No le gusta hablar de ello, agente?

—No soy agente.

—Puede que ya no —dijo Simonsen, que se había detenido a su lado. Ambos contemplaron el cadáver—. ¿Sabe quién es?

— *Iiji* —respondió Maratse—. Tinka Winther, la hija de la primera ministra.

—Un personaje político oriundo de esta región. Es de Inussuk.

—Lo sé.

Maratse dio unos pasos y apretó los dientes para arrodillarse junto al cadáver de Tinka. Se inclinó sobre la cabeza y acercó el rostro a la herida abierta del cráneo; acto seguido, fue bajando y examinó el cadáver entero, sin tocarlo.

—Eso podría ser consecuencia de un accidente náutico —sugirió Simonsen al mismo tiempo que sacaba un cigarrillo de la cajetilla. Le ofreció otro a Maratse.

—Tal vez —admitió. Cogió el pitillo y se lo encajó entre los dientes sin encenderlo. Maratse observó con atención la ropa de la chica, le quitó el empapado anorak Canada Goose que vestía y tiró de la lana que había debajo. Por último, se agarró de la barandilla de la borda para incorporarse y declaró—: No lleva ropa interior.

—¿No?

—Y esta ropa le viene demasiado pequeña.

—El anorak es de su talla —observó Simonsen. Le pasó el encendedor a Maratse y se arrodilló junto a la cabeza de la chica. Había una etiqueta, apenas visible en el interior de la capucha, y movió la cabeza de Tinka a un lado para leerla—. Pipaluk Uutaaq —dijo, y se volvió hacia Danielsen—. Escríbelo.

—Lo tengo —dijo Danielsen enseñando la hoja de la libreta a su jefe.

—Uutaaq. ¿Le dice algo ese apellido? Resulta familiar.

—El político —respondió Maratse acordándose del estallido de Petra por el artículo en el periódico.

—¿Malik Uutaaq?

—*Iji*.

Simonsen se puso de pie, se apoyó en la barandilla y echó la ceniza de su cigarrillo al mar. Miró a Maratse y recuperó el encendedor que este le devolvía, tras haberlo usado.

—¿Qué opina usted? —le preguntó.

—No soy policía. Mi opinión no cuenta.

—Pero lo ha sido —replicó Simonsen—, y se lo estoy preguntando. Usted ha encontrado el cadáver, y he descubierto que la primera llamada que realizó no fue a mí, sino a Nuuk. —Miró fijamente a Maratse mientras

daba una calada al cigarrillo—. ¿Le importaría decirme qué es lo que está pasando, agente?

Maratse embutió las manos en los bolsillos del mono y expulsó una nube de humo de los pulmones. Recordó que le había dicho a Petra que no podía volver a Ittoqqotoormiit porque siempre iba a ser policía, y sería tratado como tal. Por lo visto, el hecho de mudarse a Inussuk no había cambiado las cosas. Seguía siendo policía, aunque fuera de manera no oficial. Dio un golpecito en el filtro del cigarrillo y se encogió de hombros.

—Llamé a Petra Jensen.

—¿A Nuuk?

—*Iji*.

—¿Por qué?

—Está buscando a una joven desaparecida —contestó Maratse, volviendo la cabeza hacia el cadáver de Tinka—. A ella.

—¿Y está seguro de que se trata de Tinka Winther?

—Es la misma joven que ha salido en las noticias.

—Escriba eso también —le ordenó Simonsen a Danielsen con un gesto de la cabeza—. Es curioso que se muestre usted tan seguro de ello.

—La he visto en las noticias.

—Yo también, pero no la he reconocido. —Simonsen dio una última calada al cigarrillo y arrojó la colilla al agua—. Por suerte para nosotros, y para usted, Nivi Winther va a venir aquí mañana.

—Hum.

—Agente Maratse —dijo Simonsen dejando de apoyarse en la barandilla —, si usted va a vivir aquí y va a participar en mis investigaciones, le agradecería que colaborase más.

—Estoy colaborando.

—Y pasando por encima de mí.

—Ya se lo he explicado.

—Cierto. —Simonsen enganchó las manos en el cinturón—. Pero esta es mi jurisdicción. Y, como acaba de decir, usted ya no es policía. De modo que... —añadió inclinándose hacia delante— le conviene reflexionar acerca de cuáles son sus prioridades. De lo contrario, puede que yo me sienta inspirado a tener en cuenta otros aspectos de este caso.

—¿Como cuáles?

—Como lo oportuno que ha sido que usted haya encontrado a esta joven...

—Lleva varios días muerta.

Simonsen no le hizo caso y continuó:

—Desde el primer día de su estancia en Inussuk.

Maratse se apoyó contra la barandilla cuando la embarcación se elevó sobre la cresta de una ola. Observó al jefe de policía a través de una nube de humo de tabaco.

—¿De verdad la cosa tiene que ver conmigo?

—No es esa mi intención —replicó Simonsen—, pero usted sabe tan bien como yo que las investigaciones pueden dar muchas vueltas antes de resolverse.

—¿Y usted pretende investigarme a mí? —Maratse meneó la cabeza en un gesto de negación—. ¿Solo porque he llamado primero a Nuuk?

—Agente, usted tiene un pasado misterioso, con numerosas lagunas de las que por lo visto nadie quiere hablar. Estuvo usted relacionado con un presunto implicado...

—Fenna Brongaard...

—Exacto. Por lo poco que me han contado, es posible que infringiera varias leyes para ayudarla.

—¿Y eso me relaciona con esta chica? —replicó Maratse señalando el cadáver—. Está cogido con alfileres.

—Y aun así —concluyó Simonsen, con una sonrisa—, es todo cuanto tengo por el momento.

—Considero que debería marcharme. —Maratse le hizo una seña a Karl para que volviera.

—Nosotros podemos llevarlo de nuevo a Inussuk. Le va a costar trabajo saltar al bote de Karl.

—Me las arreglaré.

—No me cabe ninguna duda. —Simonsen aguardó a que Maratse recorriera toda la barandilla—. Pero acuérdesese de esta breve conversación, agente. Recuerde sus prioridades.

—Lo haré.

Maratse asintió en dirección a Karl, que dejó el motor fueraborda del bote en punto muerto y se colocó a un lado del transbordador. Echó una última mirada al cadáver de Tinka antes de que Danielsen lo cubriera con

una lona de plástico. Maratse se fijó en que el piloto del barco ponía cara de alivio cuando el primero llamó su atención.

Maratse descendió hasta la cubierta del bote y alzó las piernas para acceder. Karl, un vez que lo vio sentado, metió la marcha atrás y comenzó a separarse del transbordador.

Simonsen encendió otro cigarrillo.

—¡Lo llamaré si lo necesito! —voceó.

Maratse se agarró al asiento mientras Karl hacía girar el bote describiendo un arco cerrado y orientaba la proa hacia Inussuk. Cuando la embarcación se hubo nivelado, se sacó la colilla de entre los dientes y la arrojó al agua.

Karl guardó silencio mientras ambos navegaban rumbo al asentamiento, y tan solo viró de vez en cuando para esquivar bloques de hielo sumergidos o para rodear un iceberg un poco más grande. Maratse sentía el aire helado en la cara. Observó los nubarrones grises que cubrían el cielo y supuso que no iba a tardar en caer la primera nevada del año. Así se lo comentó a Karl, pero este, concentrado en llegar a casa, se limitó a encogerse de hombros. Solo diez minutos más tarde arribaban a la playa con el casco del bote.

—Déjeme a mí la pesca y los aparejos, ya los recojo yo —le dijo cuando Maratse intentó ayudarlo—. Quizá podamos charlar luego.

Maratse asintió con un gesto, lo dejó solo y echó a andar playa arriba mientras el cachorrito abandonaba el puesto donde había estado durmiendo, en la arena, debajo del porche de la casa, y corría dando brincos hacia él. La niña danesa estaba jugando en la arena y lo saludó cuando llegó a los escalones de la vivienda. Maratse apartó al perrito de sus pies y sonrió.

—Me llamo Nanna —dijo la niña—. Mi madre está dentro. Ha hecho una tarta.

—Hum... —respondió Maratse. Empezó a subir los escalones, despacio, con los dientes apretados: levantaba la pierna con cuidado y apoyaba la suela de la fuerte bota de pesca para afirmar el paso, y a continuación repetía todo el proceso. Ya había llegado a la mitad cuando, de pronto, la madre de la pequeña abrió la puerta de su casa y lo saludó con la mano.

—¿Lo ha invitado Nanna a tomar tarta? —le preguntó.

—*Iiji* —respondió Maratse.

—¿Quiere venir?

—Necesito darme una ducha —manifestó.

—Muy bien, entonces ¿vendrá a casa después de ducharse? Es una tarta muy rica —dijo la mujer sonriendo. Maratse observó que tenía manchas de harina en la cara y en el pantalón. Asintió con la cabeza, y ella se las limpió con la mano—. Estupendo. Voy a hacer más café.

Maratse se despidió con la mano y continuó subiendo los escalones. El cachorrito se obsesionó con los tacones de las botas cuando él se apoyó contra la barandilla para quitárselas, y las tiró por el porche para distraer al animal mientras abría la puerta y entraba en su casa.

Contempló la escalera que conducía hacia el piso de arriba y el cuarto de baño, y arrugó el ceño al ver lo endeble que era el pasamanos. Se bajó la cremallera del mono, se lo quitó y juntó coraje para empezar a subir la escalera, pero tuvo que hacer un alto porque sonó el teléfono. Sacó las piernas del mono y fue a la sala de estar. Cogió el teléfono y se apoyó contra el marco de la ventana.

—Piitalaat —dijo.

—Sabías que era yo.

—Eres la única persona que tiene mi número. —Reflexionó unos instantes—. Ni siquiera lo sé yo. —Sonrió al oír la carcajada de Petra.

—Te llamo por un asunto de trabajo.

— *Iiji* .

—Estoy a punto de hablar con Aarni Aviki.

—¿Quién es ese?

—El director de comunicación de Malik Uutaaq. Creemos que él puede confirmar que Malik estuvo con Tinka justo antes de que desapareciera.

—Piitalaat.

—¿Sí?

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque... —Petra guardó silencio unos segundos, y Maratse dedujo que ella se había hecho la misma pregunta. La oyó lanzar un suspiro y luego decir—: Porque confío en ti y necesito alguien con quien hablar.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió ella, y calló de nuevo—. Pero la prensa va a volverse loca cuando se entere de la muerte de esa joven, sobre todo si el cadáver que has recuperado tú del mar es el de Tinka Winther.

—Lo es —afirmó Maratse.

—¿Estás seguro?

— *Iiji* .

Petra dejó pasar largo rato sin decir nada. Maratse aguardó. Miró al cachorrito, que estaba en el porche, mordisqueando el cuello de una de las botas de Karl. Maratse dio un golpecito en la ventana y lanzó un gruñido. El cachorrito levantó la cabeza y su expresión se suavizó y se transformó en otra de pura inocencia, con los ojos muy abiertos y la cabeza inclinada ligeramente a un lado. Maratse volvió a gruñir, y el cachorrito se levantó y se fue corriendo hacia el otro extremo del porche.

—¿David? —dijo Petra—. ¿Acabas de lanzar un gruñido?

—Es que tengo un cachorrito.

—Sí que te has dado prisa.

—No ha sido decisión mía —dijo, y frunció el ceño al caer en la cuenta de que, apenas en un rato, tendría que darle de comer.

—Pero veo que estás instalándote. Quiero decir, estás yendo a pescar y...

—Lo vas a hacer muy bien, Piitalaat —declaró Maratse.

—Ya lo sé, pero echo de menos tenerte aquí.

—Hablaremos pronto. —Esperó a que Petra le dijera adiós y luego volvió a dejar el teléfono en la horquilla. Se percató de que era un modelo antiguo—. Así es cómo me siento yo —masculló, y volvió a mirar las escaleras pensando en lo viejo que iba a sentirse al subirlas. Se levantó el cuello de la camisa, lo olfateó y llegó a la conclusión de que tenía que hacer un esfuerzo.

Mientras subía la escalera le vinieron a la mente una serie de imágenes del cadáver de Tinka. Rumió los detalles, contento por tener algo en que ocupar el pensamiento, y repitió la operación cuando manoteaba con una ducha que aún no conocía y se secaba con la toalla de lavabo. Las toallas de baño que le había prestado Buuti seguían en la sala de estar, encima de la mesa de centro.

Lo que más lo intrigaba era la ropa que Tinka llevaba puesta. El hecho de que fuera con ropa de invierno y sin embargo, según Petra, tan solo hiciera unos pocos días que había desaparecido. Otro detalle curioso era el de aquel nombre grabado en la etiqueta, un dato sobre el que reflexionó mientras bajaba la escalera desnudo, con la toalla de lavabo alrededor del

cuello. Hizo un descanso, apoyado contra la pared del vestíbulo, y después entró en la sala de estar y se dejó caer en el sofá.

Se puso la sudadera y el pantalón de correr y tomó nota mentalmente para acudir al día siguiente a la tienda de abastos y comprar la ropa que tuvieran. La idea de tomarse un café recién hecho lo animó a olvidarse de Tinka durante un rato y a acercarse a conocer a sus vecinas. Se encaminó hacia la puerta, se calzó las botas sin ponerse los calcetines y salió de la casa. Por si acaso, le lanzó otro gruñido al cachorrito, y se permitió una media sonrisa cuando lo vio replegarse hacia el extremo más alejado del porche.

Desde la playa hasta el porche de la vecina no había más que un paso, detalle que no le pasó inadvertido. Llamó a la puerta y sonrió al ver que le abría la pequeña.

—Hola —saludó y entró cuando la niña abrió la hoja de par en par y se quedó apoyada contra ella.

—No estorbes, Nanna —voceó su madre desde la cocina.

Aquella casa era del mismo tipo que la suya, salvo por el hecho de que los alféizares de las ventanas estuvieran llenos de alas, huesos, conchas, piedras y cráneos. Observó aquella colección de objetos mientras Nanna lo guiaba hasta una mesa que había junto a la ventana. La niña empezó a mostrarle diferentes cosas y a explicarle lo que era cada una, dónde y cuándo la habían encontrado y qué iban a hacer con ella su madre y la amiga de esta.

—Mamá es artista —declaró al mismo tiempo que le colocaba a Maratse una garra de cuervo en la palma de la mano.

—Hum... —respondió Maratse, probando la punta de la garra de cuervo contra el dedo pulgar.

—Me temo que es verdad. —La madre de Nanna depositó sobre la mesa una tarta enorme y después volvió a la cocina en busca del café, las tazas y los platos. Le dijo a su hija que trajera la leche del frigorífico y, al pasar, le dio un suave azote en el trasero—. Bueno, me parece que ya está todo —dijo a la vez que se sentaba. Le sonrió a Maratse, le tendió una mano y se presentó—: Me llamo Sisse. Mi compañera, Klara, está por ahí, paseando por la playa.

—Maratse.

Sisse frunció el ceño y dijo:

—¿Simplemente *Maratse* ?

—David —añadió él.

—¿Eres policía, David? —Sisse observó a su hija, que estaba dejando la leche en la mesa. A continuación, separó una silla y la ayudó a sentarse—. Eso es lo que nos han dicho.

—Lo he sido.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy retirado. —Asintió con la cabeza cuando Sisse empezó a servir el café.

—¿Qué te ha hecho tomar la decisión de mudarte a Inussuk? ¿La familia?

—La comodidad. Una enfermera me dijo que había una casa disponible.

—¿Una enfermera? ¿Es que has estado hospitalizado?

— *Iiji* . —Maratse volvió dejar la garra de cuervo en el alféizar de la ventana.

—¿Eso es un dialecto del este de Groenlandia? —le preguntó Sisse, e intentó repetir lo que había dicho él.

—En la costa oriental, quiere decir *sí* .

—Qué interesante. —Sisse ayudó a Nanna a verter leche en su taza y luego le acarició el pelo con la mano—. Da la impresión de que cada vez que oímos las noticias, que se emiten en danés, hablen del idioma y de que de ningún modo se pueda ser verdaderamente groenlandés sin hablar el idioma nativo. ¿Qué opinas tú de eso, David?

Maratse dio un sorbo al café mientras Sisse cortaba tres porciones de tarta. Se acordó de Petra y del modo en que el actual debate estaba erosionando su identidad. Una buena policía, una buena persona, una buena groenlandesa, obligada a reflexionar acerca de cuál era su sitio en su propia cultura y su propio país, durante todos los días de campaña que precedieran a las elecciones y, tal vez, durante el resto de su vida. Sisse sirvió un trozo de tarta en un plato pequeño y se lo acercó a Maratse. Le ofreció una cuchara y después intentó mirarlo a los ojos para prever cuál iba a ser su reacción.

—No me gusta la política —dijo él.

—Pues, en este momento, no se habla de otra cosa, ya sea en la radio, ya en la televisión. Resulta imposible escapar de ella.

Maratse se encogió de hombros.

—No oigo la radio. Ni tengo televisor.

—¿Y qué haces para distraerte?

Maratse cortó un trozo de su tarta con la cuchara y, cuando se le resbaló, lo volvió a empujar con el dedo. Indicó la ventana y, con la punta de la cuchara, señaló los icebergs, las montañas y el mar.

—Y cuando se hace de noche —respondió—, leo. —Y se metió el trozo de tarta en la boca.

A Nanna se le derramó un poco de leche, y enseguida corrió a la cocina a buscar un paño para limpiarla. Maratse siguió comiendo la tarta, agradecido por la distracción y contento de mirar por la ventana.

Sisse ayudó a su hija a limpiar la leche derramada en la mesa y Maratse bebió lentamente su café, al mismo tiempo que buscaba un breve espacio de silencio en mitad del torrente de palabras que, por lo visto, necesitaban los daneses cuando comían en compañía de otras personas. Pero ni siquiera cuando Nanna se llevó a su madre a la cocina para aclarar el paño, se quedó Maratse a solas en la mesa, porque a su mente acudieron las imágenes de Tinka. Le gustaría saber si aquella parte de su cerebro, la que siempre iba a ser policía, hallaría algún día la paz, incluso en un lugar tan pequeño y escondido como Inussuk.

Petra se guardó el teléfono en el bolsillo y se encaminó hacia la sala de reuniones. Cerró la puerta y le ofreció una bebida caliente a Aarni Aviki. Aarni la rechazó, así que ella se sirvió una taza de café del termo y se sentó a la mesa. Mientras preparaba la libreta y un pequeño dictáfono digital que colocó entre ambos, observó las manos de Aarni. El director de comunicación de Seqinnersoq empezó a rascarse la uña del dedo pulgar. Petra lo observó, dio un sorbo al café y esperó. El que habló primero fue Aarni, en groenlandés.

—Quiero un intérprete —declaró.

Petra se volvió hacia el dictáfono y dijo:

—¿Puede repetir eso en danés?

—He pedido un intérprete.

—Pero si usted habla danés a la perfección, señor Aviki.

—Tengo derecho a contar con un intérprete.

Petra dejó el café a un lado y escribió algo en su libreta.

—Me sorprende que no haya pedido un abogado —dijo, y levantó la vista—. ¿No sería más apropiado eso?

Aarni dejó de hurgarse la uña y soltó una risa burlona.

—Usted es una de esas personas —dijo, cambiando al danés—, de esos groenlandeses que hablan danés.

Petra apretó el bolígrafo entre los dedos y lanzó un suspiro.

—Hay muchos groenlandeses que hablan danés, señor Aviki.

—Sí, pero porque proceden de una mezcla de padres. ¿Cuál es su excusa?

—No creía que necesitara una —replicó Petra. Guardó silencio para tomar aire. Se dio cuenta de que, si no iba con cuidado, era fácil que aquel individuo la desviara del tema.

—Tengo entendido que usted se crio aquí, en Nuuk, en el hogar de menores.

—Señor Aviki —le dijo Petra dando unos golpecitos en la mesa con el bolígrafo—, quisiera formularle unas cuantas preguntas acerca de su

relación con Tinka Winther.

—Sus padres hablaban groenlandés —siguió diciendo Aarni, y Petra se reclinó en su asiento—. ¿Cómo es que usted, no?

Petra se inclinó sobre el dictáfono para contestar.

—Que conste en la grabación que el señor Aviki está eludiendo la pregunta. —Calló un momento para mirar a Aarni a los ojos—. Y obstruyendo la investigación.

—Espere —dijo Aarni—. Yo no estoy obstruyendo nada.

—Pues entonces, responda a la pregunta, haga el favor. ¿Cuál es su relación con Tinka Winther?

—Inexistente. No la he visto nunca.

—Pero sabe quién es.

—Después de las noticias que emitieron anoche por televisión, ¿acaso no lo sabe ya todo el mundo?

—Me gustaría oírsele decir a usted.

—Sí, sé quién es.

Petra tomó nota y debajo escribió una pregunta rápida. Cogió su café, dio un sorbo y volvió a dejarlo en la mesa.

—¿Y Malik Uutaaq? ¿Lo conoce?

—Naturalmente que sí. Es el líder de mi partido, mi jefe. —Aarni soltó una carcajada—. Esa es una pregunta ridícula, sargento.

Petra no le hizo caso y escribió otra nota. Luego trazó una raya entre las dos.

—¿Qué relación tiene el señor Uutaaq con Tinka Winther?

Aarni miró el dictáfono y, después, las notas que había tomado Petra, y entornó los ojos como si intentara leerlas. Tamborileó con los dedos sobre la mesa y paseó la mirada por la sala. Señaló el termo de café, e hizo esperar a Petra echando su silla atrás y levantándose de la mesa. Cuando volvió, ella se percató de que tenía la frente perlada de sudor. El café que traía en la mano, en la taza de plástico, temblaba muy ligeramente. Mientras bebía un sorbo, Petra le repitió la pregunta.

—¿Esto está grabándose? —preguntó él mirando el dictáfono.

—No soy periodista —repuso Petra—. Todo está siendo registrado, por supuesto —dijo. Colocó la libreta enfrente de Aarni y añadió—: Si, por el contrario, desea usted hacer una declaración escrita...

—No —contestó él, y dejó la taza en la mesa.

Petra lo miró a los ojos, y si hubiera podido ver lo que estaba viendo Aarni, cómo sopesaba su carrera profesional con sus lealtades políticas, tal vez se habría apiadado de la lucha interna que estaba librando mientras calculaba su próximo movimiento. Pero tan solo encontró desprecio por aquel hombre, que la había obligado a tomar en cuenta su propia identidad y el lugar que ocupaba en el país en que había nacido. Le gustó verlo debatirse, pero, aun así, su respuesta la sorprendió.

—No —contestó Aarni—. Malik no tiene ninguna relación con Tinka Winther, al menos que yo sepa.

—¿No se han visto nunca?

—No.

—¿Quizá de paso, por ejemplo, en una fiesta?

—Sargento —dijo Aarni, y Petra percibió en su actitud que recuperaba la seguridad en sí mismo, como si hubiera adquirido fuerza y paz interior tras tomar la decisión de permanecer leal a su jefe—, me parece que ambos sabemos que Malik Uutaaq tiene fama de saber disfrutar de una buena fiesta. Y está en su perfecto derecho. Lo que haga en su tiempo libre es asunto suyo.

—Pero cuando desaparece una joven, y el nombre de él se asocia a dicha desaparición...

—¿Quién lo asocia, sargento? ¿Quién ha relacionado a Malik Uutaaq con la desaparición de esa joven?

—Eso no importa ahora. Me limito a seguir una pista.

—¿Una pista? —Aarni miró fijamente a Petra—. ¿Y cuántas pistas tiene? —Petra alargó la mano hacia la libreta e intentó recuperarla, pero Aarni se lo impidió poniendo una mano encima—. ¿Cuántas, sargento?

—Señor Aviki, aquí quien hace las preguntas soy yo, no usted.

—Y, sin embargo, está sugiriendo que mi jefe ha tenido algo que ver con la desaparición de la hija de su rival político. —Aarni soltó la libreta—. Yo soy el director de comunicación de Seqinnersoq, y las preguntas como esta, las que tienen una influencia directa en el partido, me competen a mí. Así que se lo pregunto de nuevo, sargento: ¿qué pistas tiene? ¿Cuántas está siguiendo?

El sudor de la frente de Aarni se había evaporado. Por lo visto, el bombardeo de los medios de comunicación desde el principio de la campaña había endurecido la piel de Aarni Aviki. Ya no quedaba el menor

rastró de su incomodidad previa, y Petra llegó a la conclusión de que, si quería sonsacarle alguna información que resultara útil, necesitaba adoptar una táctica distinta.

Una sombra en el cristal y unos golpes en la puerta los pillaron a ambos por sorpresa, al igual que la identidad de la persona que entró en la sala.

—Señora Winther —dijo Petra poniéndose de pie para recibir a la primera ministra de Groenlandia—. Lo siento, pero esta entrevista es privada y voy a tener que pedirle que salga. —Miró al asistente de Nivi, que acababa de asomar por la puerta.

Daniel Tukku asintió con la cabeza.

—Ya me encargo yo. ¿Nivi? —dijo Daniel—. Tenemos que irnos. Tu vuelo sale dentro de cuarenta minutos.

La primera ministra hizo caso omiso y dio un paso más en dirección a Aarni. Hablaba nerviosa, le temblaban los labios:

—Tengo que irme a Uummannaq, a identificar el cuerpo de una joven que podría ser mi hija. Me han dicho que usted sabe algo... —le dijo y miró a Petra—, que posee información que podría ayudar a la policía a descubrir quién le ha hecho esto a mi hija...

—Nivi —le dijo Daniel apoyándole una mano en el hombro. Muy despacio, la apartó de la mesa y se la llevó hacia la puerta.

—Si usted sabe algo —insistió Nivi—, debe decírselo. Porque si oculta algo, lo que sea... —Su tono de voz se hizo más fuerte, enderezó la espalda y respiró hondo—. Me aseguraré de que esté acabado en Groenlandia y lo mostraré a la vista del mundo entero.

—Tenemos que irnos —le dijo Daniel. Este miró a Aarni, y Petra asintió brevemente con la cabeza cuando Daniel sacó a la primera ministra de la sala de reuniones y se la llevó en dirección a la escalera.

Petra cerró la puerta tras de sí. Cuando regresó a la mesa, cogió el dictáfono y lo apagó. Aarni lo señaló con el dedo.

—Lo tiene todo grabado. La primera ministra me ha amenazado.

—Está muy alterada.

—Se ha pasado de la raya. Yo podría poner fin a su carrera con lo que hay grabado en esa cinta.

—Propiedad de la policía —replicó Petra, y se guardó el dictáfono en el bolsillo. Miró a Aarni—. Si no tiene nada más que añadir, puede marcharse.

Aarni retiró su silla y se puso de pie. Se terminó el café, se estiró la chaqueta y la corbata y fue hacia la puerta.

—Una cosa más —le dijo Petra cuando ya tenía la mano en el tirador de la puerta—, de forma extraoficial.

Aarni la miró y le dijo:

—Pensaba que todo iba a quedar registrado, sargento.

—Así es, pero esto es de índole personal.

—Adelante.

—Usted se cree mejor que yo porque habla groenlandés y yo no, pero se olvida de una cosa, Arne. —Esperó unos segundos a que el otro se percatara de que ella lo había llamado por la versión danesa de su nombre—. Su madre es danesa. Usted tiene la piel más clara que la mía. En el colegio, usted tenía una excusa para no hablar groenlandés, mientras que yo, no. Y cada vez que lo intentaba, me decían que si no era capaz de hablarlo bien, entonces no debía molestarme. Y luego me pegaban.

—¿Está buscando mi solidaridad, sargento?

—No, no conmigo, sino para con los niños, la siguiente generación. Usted es mayor que yo. Usted nació después de la primera reforma de la enseñanza, cuando se concedió prioridad al danés.

A Aarni se le tensaron los músculos de la cara. Miró a Petra con expresión hostil.

—Esa reforma me perjudicó mucho y ha sido mi cruz durante toda mi vida. A mí y a mi generación.

—Exacto, así ha sido —ratificó Petra—. De igual modo que usted y su extremismo respecto del idioma están siendo la cruz de toda una generación de nuevos groenlandeses. Perjudicó mucho a Tinka Winther, y ahora ha desaparecido y es posible que haya muerto.

—Eso usted no lo sabe.

—¿Que ha muerto o que resultó perjudicada? ¿Qué más da? —Petra se encogió de hombros—. Sé que ella no podía hablar groenlandés. Su madre se lo dejó bien claro a la prensa.

—No sé qué pretende conseguir con esta pequeña conversación extraoficial, sargento, pero me parece que por hoy ya hemos terminado.

Aarni se sacó el teléfono móvil del bolsillo y salió de la sala de reuniones. Petra fue tras él.

—Hoy ya no tengo más preguntas que hacerle, pero se equivoca al pensar que hemos acabado. Si la primera ministra lleva a cabo en Uummanaq una identificación positiva de su hija, esta investigación volverá a cambiar de rumbo. Si descubrimos que usted ha ocultado información y esto pasa a convertirse en la investigación de un posible homicidio, quizá de un asesinato, en fin... —Petra se encogió de hombros mientras Aarni la miraba sin pestañear—. El hecho de que usted se muestre reacio a ayudar, junto con su falta de colaboración, quizá lo ponga a la cabecera de una lista de personas a las que queramos interrogar de nuevo, en circunstancias menos cómodas.

Aarni lanzó una mirada a la pantalla de su teléfono, volvió a guardárselo en el bolsillo y se secó la mano en el pantalón. Petra se dio unos golpecitos con el bolígrafo en la barbilla.

—¿Acaba de acordarse de algo, señor Aviki?

—No —susurró. Y añadió en voz normal—: De nada.

—¿Está seguro?

—Sí, estoy seguro. —Aarni recorrió la oficina con la mirada y después miró la zona de aparcamiento que se veía al otro lado de la ventana—. No tengo coche.

—Seguro que se las arreglará.

Petra observó cómo Aarni Aviki se dirigía hacia la puerta. Cuando se hubo perdido de vista, fue hasta la ventana, se apoyó contra la pared, junto a la mesa de un colega suyo, y ladeó la cabeza para ver mejor la entrada principal.

—Sargento, eso se podría considerar acecho —le dijo el policía, y continuó escribiendo su informe en el ordenador.

—Quizá.

—No te conviene nada que puedan acusarte de eso —le dijo su colega riendo.

—Calla —replicó ella—. Simplemente estoy mirando por la ventana. Esto no se puede considerar acecho.

—Ese tipo es el agente de prensa de Malik Uutaaq. Si te ve, podrá considerarlo como se le antoje. —Petra le dio un golpe a su colega en el hombro con la libreta; él rio otra vez—. Acabas de elevar la acusación al grado de malos tratos.

Petra no le hizo caso y siguió observando a Aarni. El resplandor de la pantalla de su móvil le iluminaba la cara cuando empezó a teclear lo que ella supuso que sería el número de un servicio de taxis.

Pero no llegó a hacer la llamada. El destello de los faros de un automóvil aparcado frente a la entrada principal captó la atención de Aarni, el cual volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo. Petra vio cómo se acercaba hasta el coche y miraba por la ventanilla del conductor. Ella no alcanzaba a ver quién estaba sentado al volante, y la sombra proyectada por un minibús de la policía que había cerca dificultaba la posibilidad de distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer.

Aarni se alejó unos pasos y esperó a que el automóvil saliera del aparcamiento, y luego se subió al asiento del pasajero. Petra se fijó en la matrícula, pero estaba manchada de suciedad. Entonces extendió la mano y agarró a su colega por el hombro.

—Rápido —le dijo—, ven a ver si consigues leer la matrícula de ese coche.

El colega apartó su silla, se levantó y pegó la cara contra el cristal de la ventana al mismo tiempo que el automóvil salía del aparcamiento y enfilaba la calle.

—Lo siento —dijo—, no la he visto.

—Era un Suzuki de color negro —dijo Petra, y tomó nota en su libreta.

—¿Crees que será importante?

—Quién sabe, pero en este preciso momento los detalles lo son todo.

Petra regresó a su mesa de trabajo, se sentó en la silla y dejó la libreta al lado del teclado del ordenador. Empezó a balancearse adelante y atrás en el asiento mientras se daba golpecitos en la barbilla con la punta del bolígrafo. La persona que había dentro de aquel coche estaba esperando a Aarni, pero ella no recordaba haberlo visto llamar a nadie ni enviar ningún mensaje en la breve entrevista que mantuvo con él. Y durante el trayecto hasta la comisaría, Gaba lo había tenido demasiado asustado como para que llamara a nadie entonces. Sonrió al acordarse: Gaba ejercía ese efecto en la gente. No, decidió, la persona que estaba esperando a Aarni había descubierto que se encontraba en la comisaría de policía sin necesidad de que él se pusiera en contacto con nadie. Sea como fuere, Petra no sabía si aquel detalle resultaba importante o no.

—Otro pequeño detalle —susurró para sí.

Giró la silla hacia la mesa y movió el ratón para refrescar la pantalla. Introdujo su contraseña y examinó los mensajes de la intranet. No había nada nuevo. Escribió las notas que había tomado y reflexionó acerca de lo que había dicho la primera ministra respecto de su viaje a Uummannaq. Una identificación positiva haría que el caso tomara otra dirección y generaría un potencial frenesí en los medios, tanto en Groenlandia como posiblemente también en Dinamarca.

Petra terminó de transcribir sus notas y se reclinó en la silla. Consultó el reloj de pulsera y luego el de la pared. Quedaban diez minutos para que finalizara su turno. Le intrigaba aquella oportuna llegada de alguien para recoger a Aarni Aviki en la comisaría, pero era algo que podía esperar hasta el día siguiente.

***TALLIMANGORNEQ***  
**VIERNES**

Maratse contemplaba la operación de amarre del transbordador al embarcadero. Había un pequeño grupo de personas esperando la llegada de Nivi Winther y su exmarido, entre ellas, Karl y su mujer Buuti. La noticia de que Nivi había identificado el cadáver de su hija se había propagado con rapidez y, poco después, se habían iniciado los preparativos del funeral.

Maratse dio un sorbo a su café mientras Karl y Edvard ayudaban a Martin Winther y a otros tres hombres a levantar de la cubierta el féretro que contenía los restos de Tinka Winther para llevarlo por el embarcadero hasta la playa. Nivi caminaba detrás de los hombres que transportaban a su hija hacia el cementerio situado en lo alto del fiordo y, detrás de ella, iban los habitantes de Inussuk.

En el grupo había como mínimo tres reporteros, y a Maratse le sorprendió que Nivi no pareciera percatarse de que le habían tomado varias fotos por el camino. Pero claro, seguramente se sentía tan afligida que le daría lo mismo; al menos hasta que viera aquellas fotos más tarde en la portada de los periódicos, aunque para entonces ya fuera demasiado tarde. Maratse se terminó el café y se estiró la corbata negra que le había prestado Karl.

Fue hasta el vestíbulo, contento por haber aprendido a hacer caso omiso del dolor de las piernas, y se calzó las botas. Todavía le suponía una dura prueba atarse él solo los cordones, pero la escalera le sirvió de ayuda. Cuando hubo terminado con las botas, se puso de pie apoyando una mano en la barandilla de la escalera y otra en el marco de la ventana. Cuando salió al porche, el cachorrito levantó la vista del hueso de foca que le había dado Maratse, algo con que mantenerse entretenido mientras él estuviera ausente.

—¿Esa es la primera ministra? —preguntó Sisse desde el porche de su casa.

— *Iji* —contestó Maratse, y seguidamente bajó los escalones hasta la playa.

—¿Tú crees que podría ir yo también? —Sisse señaló la procesión de familiares y acompañantes que iba detrás de los hombres que enfilaban la pronunciada pendiente del cerro cargando con el féretro de Tinka Winther—. ¿O resultaría inapropiado?

—Yo voy a ir —dijo Maratse—. Puedes venir conmigo.

Sisse entró un momento en la casa y cogió el anorak. Su compañera se ofreció a cuidar de la pequeña mientras ella no estuviera. Se puso el anorak y corrió para alcanzar a Maratse, que iba andando por la playa en dirección al cortejo. Estaba a punto de nevar, y los primeros copos pillaron a Sisse subiéndose la cremallera hasta arriba. Metió las manos en los bolsillos y se cambió al otro lado de Maratse para evitar el humo del cigarrillo.

Ascendieron en silencio e hicieron varias pausas para que Maratse pudiera descansar. Cuando llegaron al cementerio, el acto casi había terminado y la nieve caía copiosamente sobre los asistentes.

—Vamos a esperar aquí. —Maratse se puso junto a la valla pintada de blanco que rodeaba el cementerio por tres lados. El cuarto y último era la pared del acantilado, una barrera natural que protegía a los muertos del mar. Maratse metió la colilla del cigarrillo dentro de la cajetilla y se la guardó en el bolsillo del anorak. El flash de un fotógrafo lo hizo parpadear, y cayó en la cuenta de que quizá también debería haberle pedido prestado a su vecino un impermeable, porque en la pechera de su anorak se veía claramente el emblema azul y verde de la policía.

—Nos están sacando una foto —dijo Sisse cuando los otros dos reporteros se sumaron al primero para documentar lo que los periódicos probablemente describieran como presencia de la policía en el funeral.

—Hum... —respondió Maratse. Hizo caso omiso de las cámaras y observó a Nivi, que justo estaba depositando una corona de flores de plástico al lado de la tumba de su hija. Más tarde, Karl y Edvard las pondrían encima, pero, por el momento, mientras caía la nieve, también fueron cayendo las flores de los acompañantes, que iban turnándose a la hora de depositar una corona, decir su último adiós y emprender el camino de regreso para asistir al velatorio. Lo había organizado Buuti, quien acordó con los actuales ocupantes de la casa que había sido el hogar de Nivi Winther durante su infancia, que se celebrara allí. Sería una reunión pequeña, le dijo a Maratse.

Maratse vio cómo Nivi rodeaba con un brazo al padre de Tinka, sosteniéndole apenas mientras este se derrumbaba a un lado de la tumba. Él cayó de rodillas; ella le puso una mano en el hombro y con la otra se tapó la boca. Sus sollozos eran apenas audibles. Sin embargo, se filtraron por entre la nevada que iba cubriendo el cementerio.

—¿Por qué ponen flores de plástico? —susurró Sisse.

—¿Tú has visto flores auténticas en Groenlandia?

—No —respondió su vecina—, pero de plástico...

—El plástico dura para siempre —dijo Maratse.

Nivi se separó de su exmarido y buscó un hueco entre los acompañantes, un espacio en el que pudiera estar a solas, únicamente unos momentos. Empezó a alejarse de la tumba, entonces vio a Maratse y fue derecha hacia él, más fortalecida a cada paso que daba. Cuando llegó, sonrió a Sisse y luego miró a Maratse.

—¿Es usted policía? —le preguntó.

—Lo he sido —repuso él—. Me llamo Maratse.

Le estrechó la mano y se sorprendió de lo fría y firme que la encontró.

—Usted es quien ha encontrado a mi hija.

— *Iiji* —respondió él, y señaló con la cabeza a Karl, que estaba de pie junto a la tumba—. Con la ayuda de Karl.

—Gracias —dijo Nivi—. Debió de resultarles difícil. —Miró a Sisse y le dijo—: Discúlpennos un momento, haga el favor. —Se agarró del brazo de Maratse y echó a andar con él hacia el borde de la colina. Se detuvo al ver que él iba despacio—: ¿Está herido?

—No es nada —respondió Maratse—. Estoy recuperándome de una lesión.

Nivi asintió con la cabeza y le soltó el brazo. La nieve azotó su cabello corto cuando se volvió para mirar hacia el fiordo y observó a los asistentes al funeral, que pasaban por delante y empezaban a bajar por el sendero.

—Yo me crie aquí. No sé si usted está enterado de eso.

— *Iiji* —respondió Maratse. Se volvió mientras Martin Winther era guiado por el sendero. Karl y Edvard empezaban a cubrir el féretro de Tinka; estaban solos, y únicamente los acompañaba el suave sonido que hacían las palas al cavar la tierra.

—Tinka y yo veníamos a menudo aquí arriba, cuando sus abuelos aún vivían. Todos los días subíamos este sendero —aseguró Nivi, y luego

señaló una pequeña loma que había a un costado—. Nos sentábamos ahí a ver si avistábamos ballenas. —Interceptó una lágrima que le resbalaba por la mejilla y la enjugó—. Por eso he querido enterrarla aquí, para que pueda buscar ballenas. ¿Es una bobada?

— *Eeqqi* —replicó Maratse—. Es un buen sitio.

—¿Usted es del este? ¿De Tasiilaq?

—De Ittoqqortoormiit.

—En cambio, decidió mudarse aquí.

—Durante una temporada.

—¿Por qué?

—Para empezar de nuevo.

—Comprendo —dijo Nivi—. Necesito su ayuda, agente. —Lo miró a los ojos. Respiró hondo y se mordió el labio, como si fuera a tomar una decisión y se preguntara si era la correcta.

—Ya no soy policía —advirtió Maratse.

—Pero todavía lleva puesto el anorak.

Maratse se encogió de hombros.

—Es que es un anorak muy bueno.

Nivi intentó sonreír.

—Quiero que averigüe cómo murió mi hija —le dijo. Al ver que Maratse iba a decir algo, agregó—: Ya sé que la sargento Jensen se halla trabajando en el caso, y el propio comisario me ha asegurado que están haciendo todo lo que pueden, pero... —Nivi lanzó un suspiro y cerró los puños. Volvió la vista hacia el mar, se lamió una lágrima del labio y respiró hondo—. Es que no confío en que tengan el empuje necesario para dar con las respuestas.

—¿El empuje? No la comprendo.

Nivi intentó otra vez sonreír.

—Perdóneme, lo que he querido decir es que no estoy segura de que sean lo bastante tozudos.

—¿Y cree que yo sí lo soy? —Maratse frunció el ceño.

—Lo suficiente como para subir andando una montaña cuando salta a la vista que padece dolores —replicó Nivi mirándole las piernas.

—No sé —dijo él—. Tengo amigos en el Departamento de Policía de Nuuk. La sargento Jensen, por ejemplo.

—Y siento el mayor de los respetos por la sargento Jensen, pero ella se verá limitada por el tiempo y por la ley.

—Yo no pienso hacer nada que vaya en contra de la ley —declaró Maratse.

—Cielos, no, no digo que deba actuar en contra de la ley. Pero sí podría hacer preguntas de manera extraoficial. Si se enterase de algo, podría decírselo a la policía, a la sargento Jensen.

Maratse cambió el peso de una pierna a otra y reprimió una punzada de dolor.

—No creo que sea buena idea —dijo—. No soy la persona adecuada para ayudarla.

—En mi opinión, agente, usted es exactamente la persona indicada y, además, creo que no ha sido accidental que estuviera aquí, en Inussuk, y que haya sido usted quien encontrara a mi hija.

—No sé. —Maratse meneó la cabeza en un gesto negativo—. Creo que...

—Por favor —insistió Nivi, y alargó la mano para posarla en su brazo. A continuación, la retiró y lanzó un suspiro—. Examinaron a Tinka en el hospital. El informe oficial dice que murió en un accidente náutico. Pero ¿qué estaba haciendo ella en un barco, precisamente aquí? Necesito ayuda, agente —repitió—. No tome la decisión en este momento. Me voy mañana. Podemos hablar a primera hora. Además, le pagaré —dijo. Y añadió—: De mi propio bolsillo. A diferencia de algunos colegas míos, yo no creo eso de que haya que echar mano de los fondos de financiación del partido cuando resulte cómodo. —Apretó los labios en una media sonrisa—. Si usted puede echar una mano en ayudar a la policía y en averiguar cómo ha muerto mi hija, me dará la tranquilidad que necesito para seguir adelante. —Ladeó la cabeza y lo miró a los ojos—. ¿Puede hacer eso por mí?

—Lo pensaré —contestó Maratse.

—Gracias. —Nivi le apretó el brazo y volvió la mirada hacia la tumba de su hija; Karl y Edvard estaban extendiendo las flores sobre la tierra y la nieve—. Me han dicho que el pasado lunes enterraron a un niño, y ahora han enterrado a mi niña. Quizá puedan consolarse el uno al otro.

La nieve crujía bajo las botas de la primera ministra mientras se encaminaba hacia el sendero y descendía por la ladera de la montaña.

Maratse la vio marcharse y se maldijo a sí mismo por tenerle tanto cariño a aquel anorak. Aun así, había un motivo para llevarlo puesto. Todavía no estaba preparado para abandonar del todo su antigua vida, aún no. ¿Quizá debiera ayudar a Nivi Winther a descubrir qué le había sucedido a su hija? ¿Es que no había especulado lo bastante acerca de la ropa que llevaba puesta Tinka tras haber rescatado el cuerpo del agua? Lo intrigaba el nombre escrito en la etiqueta. Sea como fuere, Petra estaba trabajando en el caso, y él sabía que lo mantendría informado, por mucho que fingiera no interesarle.

Sacó un cigarrillo del paquete, lo prendió y se lo metió entre los dientes. Después saludó con la mano a Karl y echó a andar hacia el cementerio. De vez en cuando se detenía para expulsar una nube de humo y permitir que se le calmara el dolor de las piernas. Al llegar a la tumba, ofreció el paquete de tabaco a los dos sepultureros, les encendió sendos cigarrillos y volvió a guardar el mechero en la cajetilla.

Había sido un funeral pequeño y privado, y lo seguiría siendo hasta que los reporteros regresaran a su hotel de Uummanaq y subieran las imágenes a la red. Oyó el estruendo que hizo el motor de la lancha al ponerse en marcha mientras ellos fumaban; no tardaría en verla recorrer a toda velocidad el fiordo, en dirección a la ciudad.

—Cinco —dijo Karl cuando se terminó el pitillo.

—¿Cinco qué?

—Quedan cinco tumbas. —Se agachó para apagar la colilla en la nieve y, a continuación, se puso el anorak y señaló con un gesto las tumbas restantes.

—¿Y si no son suficientes? —le preguntó Maratse—. ¿Qué pasa en ese caso?

—Eso depende del invierno —contestó Edvard mirando el cielo.

—Hum... —repuso Maratse.

Los dos sepultureros recogieron las palas y echaron a andar hacia el sendero. Esperaron a Maratse, pero él les hizo un gesto con la mano para que continuasen y se señaló las piernas.

—Ya llegaré —les dijo. Los siguió con la mirada hasta que se perdieron de vista, y luego se volvió hacia la tumba de Tinka—. Tu madre desea que averigüe qué te ha ocurrido. ¿Qué es lo que quieres *tú* ?

Maratse encendió otro cigarrillo, esta vez sin prisas, como si cuanto más despacio procediera, más tiempo fuera a tener Tinka para responderle. Sabía, no obstante, que la decisión debía tomarla él y que los muertos estaban muertos, para siempre.

Fumó mientras el cielo iba cambiando del color grafito al gris carbón y empezaba a caer sobre Inussuk la primera noche realmente de invierno. Se dio cuenta de que el sendero iba a quedar pronto a oscuras, y también de que le daba lo mismo.

—Tendría que viajar —dijo, y su voz adquirió una fuerte sonoridad en la burbuja de nieve que caía sobre el cementerio—. ¿Y qué pensaría Petra?

Sonrió ante la idea de verla de nuevo y al percatarse de que estaba hablando más consigo mismo y con una joven muerta de lo que solía hablar en compañía de otras personas.

De repente, oyó algo que avanzaba por la nieve, y se volvió. Era el cachorrito, que hizo un alto al llegar a la entrada del cementerio. Maratse le gruñó para ordenarle que se detuviera antes de atravesar la verja. Aunque se apartó de la tumba de Tinka, se la llevó consigo en sus pensamientos mientras emprendía el camino de regreso por el sendero, escoltado por el perrillo, cruzando por delante de la tienda de abastos, en dirección a la antigua vivienda familiar de Nivi. Las luces estaban encendidas y había velas ardiendo en las ventanas. Nivi estaba sola en el porche. Él fue subiendo los escalones, de uno en uno, y se volvió para enviar al cachorrito de nuevo a la playa.

—¿Es suyo? —le preguntó Nivi cuando Maratse llegó a su altura.

—Creo que sí.

—Almas gemelas —dijo ella señalando al cachorrito, que estaba tumbado en la arena con los ojos fijos en Maratse—. ¿Ha pensado en lo que le he pedido?

—Usted me ha dicho que tenía hasta mañana.

—Así es —confirmó Nivi—, pero me parece que usted ya ha tomado una decisión.

— *Iiji* —dijo Maratse.

—¿Y?

—Si la ayudo, antes de decírselo a usted, pienso compartir todo cuanto descubra con la sargento Jensen.

Nivi asintió.

—Si eso es importante para usted...

—Lo es.

—Entonces lo acepto —repuso ella.

Maratse reflexionó unos segundos y luego dijo:

—No sé cómo llamarme a mí mismo.

—¿Cómo llamarse? —El resplandor de las velas parpadeó sobre las arrugas de la frente de la primera ministra—. No le entiendo.

—Ya no soy policía. El título de investigador privado encaja bien, pero no me gusta cómo suena —aclaró, y se encogió de hombros mientras le daba vueltas en la cabeza.

—¿Qué le parece ser mi agente privado especial, si le resulta más cómodo?

Maratse asintió.

—Supongo que no importa.

—Todo importa, agente —replicó Nivi—. Todo debería importar. De igual modo que debe importar la muerte de mi hija. —Se limpió la nieve de los hombros del anorak—. Acompañeme, dentro hay comida y aquí fuera hace frío.

Cogió por el brazo a Maratse y se lo llevó hacia la puerta.

Tras el velatorio, cuando ya estaba subiendo los escalones de su casa, Maratse oyó que sonaba el teléfono fijo. Se descalzó con un quejido y fue hasta la ventana para atender la llamada.

—Maratse —dijo al mismo tiempo que se acercaba el auricular al oído.

—Soy Simonsen.

—Hum...

—¿Se le ha olvidado lo que estuvimos hablando en el transbordador?

— *Eeqqi* .

—Yo no hablo groenlandés —replicó Simonsen.

—No, no lo he olvidado.

—Entonces ¿por qué acabo de recibir una llamada en la que me dicen que usted está ayudando a la primera ministra, investigando la muerte de su hija? ¿Tengo que recordarle que...?

Maratse colgó y se fue hacia el sofá. Se dejó caer sobre los almohadones, cogió el libro que había dejado encima de la mesa de centro y se puso a leer. Las veladas amenazas de Simonsen quedaron olvidadas en cuanto se concentró en la letra pequeña del libro, escrito en inglés, en

parte preocupado por la idea de que al día siguiente viajaría de nuevo a Nuuk, junto con la primera ministra. Esbozó una media sonrisa que se le formó en la comisura de los labios, se recostó contra el respaldo y cerró los ojos.

***ARFININNGORNEQ***  
**SÁBADO**

Petra cerró con llave la portezuela del Toyota de la policía y echó a andar en dirección a la entrada del aeropuerto, a través de la nieve medio derretida. Contuvo la respiración cuando atravesó las nubes de humo de tabaco de los pasajeros que se estaban fumando un pitillo entre un vuelo y otro o esperando un taxi. Una vez dentro de la terminal, llamó con los nudillos a la puerta de la diminuta zona de llegadas y de recogida de equipajes. La agente de policía que estaba de turno la miró por el cristal y la dejó pasar.

—¿Vienes a recoger a alguien? —le preguntó.

—Sí. ¿Y tú qué tal, Atii? ¿Mucho trabajo?

Atii Napa sonrió de oreja a oreja y señaló con un gesto la zona de llegadas, que estaba desierta.

—¿Tú qué crees? —Aguardó a que Petra entrara en la habitación y volvió a cerrar la puerta con llave—. Lo cierto —dijo— es que hoy nos va a llegar un presunto implicado procedente de Kangerlussuaq. Me parece que tú lo conoces.

—¿Quién es?

—Mala Toori. —Atii enarcó las cejas y esperó a que Petra se acordara.

—Hace ya bastante desde la última vez que escuché su nombre —comentó Petra, recordando la ocasión en que Maratse y ella estuvieron buscando a una joven desaparecida dentro de un contenedor.

— *Aap* —confirmó Atii—. Se ha mantenido callado durante mucho tiempo, sin que se oyera nada de él, pero nos dieron el soplo de que podía haber vuelto al negocio del contrabando de hachís. No personalmente, sino en el papel de coordinador. Los jefes narcos quieren hablar con él.

—¿Y por eso estás aquí?

—No, esta mañana llamó Søren para decir que estaba enfermo, así que me han cargado a mí el muerto de ocuparme de la aduana. Pero el hecho de tener que recibir a Mala hace que la vida sea más interesante. ¿Qué tal tú?

—Vengo a reunirme con David Maratse.

—Algo me han contado de él. Tuvo un accidente y le concedieron la jubilación anticipada.

—Así es, pero tengo la sensación de que le está resultando difícil jubilarse.

Se acordó del mensaje que había recibido del comisario, acerca de que Nivi Winther había contratado a Maratse en calidad de investigador privado. Si aquello era cierto, Maratse iba a ser el primer investigador privado que ella conociera en Groenlandia. Esbozó una media sonrisa, pero enseguida recobró la compostura cuando se acordó de que al comisario le había hecho muy poca gracia el nuevo cometido de Maratse. De todas maneras, Petra estaba emocionada ante la perspectiva de verlo, y cuando oyó el ruido del Dash 8 procedente de Ilulissat acercándose por la pista de llegadas, corrió hacia la ventana.

—Ahora que estás aquí... —le dijo Atii tocándole el brazo mientras la tripulación de tierra dirigía la aeronave hasta que esta se detuvo.

—¿Sí?

—¿Sigues viendo a Gaba?

—No —respondió Petra mirando a Atii a los ojos—. No tienes que pedirme permiso. Gaba no es de mi propiedad.

—Ya lo sé. Es que resulta un poco raro, ¿sabes?

—Lo sé. —Petra se encogió de hombros y Atii acudió a la puerta de la zona de llegadas a recibir a los pasajeros—. Buena suerte —le dijo al mismo tiempo que Atii se despedía de ella con la mano.

La primera sorpresa de Petra consistió en ver que Maratse iba andando hacia ella sin la ayuda de las muletas, y la segunda fue el paso rápido que traía, flanqueado por Nivi Winther. Escrutó el rostro de la primera ministra en busca de señales de aflicción, ya que esperaba encontrarla deprimida, pero daba la impresión de que el trágico desenlace de la desaparición de su hija le hubiera insuflado nuevas fuerzas. La imagen que proyectaba era totalmente la de una persona idónea para gobernar el país, al margen de lo que dijeran las encuestas. El voto popular continuaba favoreciendo a Malik Utaaq, y Petra no tenía ni idea de cómo Nivi Winther pensaba cambiar eso. No tardó mucho en comprobar por sí misma el nuevo rumbo y el sentido de la determinación de la primera ministra.

—Sargento Jensen —dijo Nivi nada más entrar en la zona de llegadas—, ¿recuerda al agente Maratse?

—Claro —contestó Petra, y sonrió a Maratse—. Aunque también recuerdo que se había jubilado.

—Ahora trabaja para mí, sargento.

Maratse cambió el peso de una pierna a otra mientras las dos mujeres hablaban de él. Petra se fijó en que se había quitado el emblema policial del anorak y, aun así, seguía teniendo toda la pinta de policía. Al pensar en ello, experimentó un sentimiento de calidez.

Nivi explicó el acuerdo al que habían llegado: que Maratse mantendría a Petra informada en todo momento de lo que fuera descubriendo.

En aquel instante se abrieron de nuevo las puertas de la sala de espera y las franqueó Daniel Tukku. Petra captó la mirada que le lanzaba Daniel a Maratse justo antes de saludar a la primera ministra y recogerle la maleta.

—Esto resulta un tanto extraño —le comentó Petra a Maratse camino del coche—, y a ti se te ve mejor. Ya no usas las muletas.

—Todavía me sigue doliendo —replicó él, y se sentó en el asiento del pasajero después de que Petra abriera la portezuela.

Petra tomó asiento al volante y cerró la puerta. Esperó un segundo.

—El comisario ha querido que viniera a recogerte. Pero la cosa es un poco más complicada.

—No desea que yo me entrometa.

—Le preocupa que puedas hacerlo. Y no sabemos qué estás haciendo aquí.

—Nivi quiere que averigüe cómo murió su hija.

—Pero eso ya lo estamos haciendo nosotros.

—Ya lo sé —replicó Maratse, y miró a Petra—, aunque ese es el motivo de por qué estoy aquí.

—Pues me gusta —repuso Petra sonriendo al mismo tiempo que arrancaba el motor.

Salió del aparcamiento y se dirigió al centro de la ciudad. Se volvió un momento hacia Maratse y vio que estaba mirando por la ventanilla. El sol coronaba la cima del monte Sermitsiaq con un resplandor dorado que contrastaba vivamente con la aguanieve sucia que se adhería a las ruedas de los coches en las calles de Nuuk.

Maratse lanzó un suspiro.

—¿Adónde me llevas, Piitalaat?

—¿Adónde quieres ir?

—Nivi ha dicho que tengo que hablar con Aarni Aviki.

—Ayer lo entrevisté yo —repuso Petra, y arrugó la nariz al acordarse—. La sesión no fue muy bien, y no dijo gran cosa.

—A lo mejor, a mí me dice algo más.

—¿Porque eres un hombre?

—Porque no soy la policía —replicó Maratse encogiéndose de hombros—. Puedo probar. Todo esto es nuevo para mí.

—También lo es para Groenlandia. —Petra redujo la velocidad al llegar a una rotonda—. Pero, por lo visto, se ha escondido en su madriguera de la noche a la mañana. Llevo todo el día llamándolo por teléfono. A lo mejor, deberías hablar con Qitu Kalia, el periodista.

—¿Por qué?

—Porque me parece que él sabe algo, pero no tenemos motivos para interrogarlo. A lo mejor, podrías hacerlo tú, de manera extraoficial...

—Podría. Y luego está Malik Uutaaq.

—No —dijo Petra. Se colocó un mechón de pelo por detrás de la oreja mientras conducía—. Yo no me acercaría a él hoy.

—¿Por qué?

—Por la ropa que llevaba puesta Tinka Winther. Me dijiste que llevaba el apellido Uutaaq cosido en la etiqueta. Vamos a interrogarlo el domingo, después del debate.

—¿Y por qué no hoy?

—El comisario no quiere que nuestra forma de actuar dé la impresión de obedecer a motivos políticos. Si lo interrogamos hoy, la gente podría pensar que estamos intentando influir en el resultado. —Se volvió hacia Maratse—. Habrá mucha gente mirando. Podría decidir el resultado de las elecciones.

—Hum... —dijo Maratse, y se reclinó contra el reposacabezas.

Petra rio.

—Para ser una persona a la que no le gusta la política ni los políticos, ahora te estás viendo involucrado en todo esto.

—Ya.

Maratse se llevó la mano al bolsillo y extrajo un teléfono móvil.

—Nivi me ha dicho que debía tener uno. Voy a darte el número.

Petra aminoró y, acto seguido, salió de la calzada para aparcar frente a las oficinas del periódico *Sermitsiaq*. Apagó el motor y echó el freno de mano, y de nuevo se colocó el mechón de pelo por detrás de la oreja al levantar la cabeza para mirar a Maratse.

—¿Cuál es el número?

—No lo sé —respondió él, y le entregó el teléfono.

Petra lo desbloqueó, pulsó unos cuantos botones y, a continuación, sacó su propio móvil y añadió el de Maratse a su lista de contactos.

—También estoy añadiendo mi número a tus contactos —le dijo, y una vez terminada la operación le devolvió el teléfono.

— *Qujanaq* —dijo él, y se inclinó hacia delante para leer el cartel que lucía el edificio. Por encima del nombre y del de la empresa de comunicación, apareció dibujada la silueta del monte más famoso de Nuuk —. ¿Aquí es donde trabaja Qitu Kalia?

—Sí. —Petra dio unos golpecitos en el volante—. Esperaré todo el tiempo que pueda, pero el comisario ha dejado claro que no estamos trabajando juntos en este caso. Ya me gustaría a mí. —Petra sonrió.

Maratse abrió la puerta, se detuvo unos instantes a fin de prepararse para la llamarada de dolor que sabía que iba a asaltarlo en cuanto pusiera los pies en el suelo y, después, se apeó del coche. Apretó los dientes y miró a Petra.

—Me alegro de verte, Piitalaat. Gracias por traerme.

—Yo también me alegro de verte. ¿Dónde te alojas?

—Nivi me ha reservado una habitación en el hotel Hans Egede.

—Muy bien —repuso Petra— Ya te llamaré.

En aquel momento, empezó a sonarle el teléfono a Petra, quien esperó a que Maratse hubiera cerrado la portezuela del coche para atenderlo. Maratse, antes de llegar a la entrada del edificio, la oyó arrancar de nuevo y conectar la sirena. Maratse captó brevemente el parpadeo de las luces y, un instante después, dejó de verlas. Se detuvo con la mano apoyada en la puerta, e hizo memoria de cuándo había sido la última vez que condujo un coche a toda velocidad con las luces azules encendidas y la sirena aullando. Luego apartó aquella imagen de su mente y empujó la puerta.

La recepcionista lo dirigió a la segunda planta. Hizo una mueca de dolor al pensarlo y luego empezó a subir las escaleras. Qitu Kalia lo recibió en el pasillo, junto al hueco de la escalera, le estrechó la mano y lo condujo

hasta su despacho. Maratse llegó a la conclusión de que a aquel periodista debía de irle muy bien para tener un despacho propio, y le agradó que le ofreciera un mullido sillón frente a su escritorio donde sentarse. Empezó a hablar en groenlandés, pero se detuvo al ver que Qitu alzaba una mano.

—En danés, por favor. Es más fácil para leer los labios.

—¿No sabe leer los labios en groenlandés?

—Sí, pero usted procede de la costa oriental, ¿no?

— *Iiji* —confirmó Maratse.

—Me resulta difícil entenderlo.

—Entonces, hablemos en danés.

—Gracias —dijo Qitu. Le miró la boca a Maratse y le preguntó—: ¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Qué puede decirme de Tinka Winther?

—¿Sigue estando usted en la policía?

—No. Estoy trabajando para Nivi.

—¿La primera ministra? —Qitu escribió algo en la libreta que tenía encima de la mesa—. ¿Como investigador privado? —agregó, y levantó la vista para leerle los labios.

Maratse asintió con la cabeza.

—¿Existe alguna conexión entre Aarni Aviki y Tinka Winther?

—No, que yo sepa —respondió Qitu—. ¿Qué va a hacer con las respuestas que yo le proporcione? ¿Va a entregárselas a Nivi o a la policía?

—A ambas —contestó Maratse—. Primero, a la policía.

—¿Y por qué debo yo decirle nada? Si hubiera algo que decir.

—Porque ha muerto una joven.

Qitu escribió otra nota en su libreta y luego se levantó.

—¿Café?

Salió del despacho y regresó unos minutos más tarde con dos tazas de café. Las depositó sobre el escritorio y cerró la puerta. Cuando se sentó, Maratse tuvo la sensación de que había algo distinto en él. Le dio las gracias por el café y esperó.

—Yo escribo acerca de muchas cosas —dijo el periodista—, pero últimamente, sobre todo de política.

Maratse dio un sorbo al café y deseó tener un cigarrillo.

—¿Qué opina usted de la política de Seqinnersoq? ¿Está de acuerdo con ellos?

—No me gusta la política —contestó Maratse.

—Sin embargo, está trabajando para una persona que forma parte de la política.

Maratse se encogió de hombros y dio otro sorbo al café.

—Me interesa lo que le sucedió a la chica —replicó—. Que su madre sea un personaje político es mera casualidad.

—Opino que se equivoca al respecto —le dijo Qitu—. A mi modo de ver, las dos cosas están relacionadas. Estas elecciones... —Calló unos momentos para levantarse y acercarse a su sillón al de Maratse—. Estas elecciones son corruptas, y considero que el asunto del idioma está siendo utilizado como estrategia de distracción.

—¿Cree que Malik Uutaaq oculta algo?

—Sí, pero no lo que usted cree. Pienso que otras personas se están sirviendo de la política de Seqinnersoq para ocultar mucho más.

—¿Como por ejemplo la muerte de Tinka?

—No lo sé —replicó Qitu, y se volvió hacia el cristal de la puerta, porque en aquel momento pasaba alguien por delante—. Al principio, me enfurecía que Malik Uutaaq y Aarni Aviki utilizaran la cuestión del idioma como arma. Yo tenía acceso a la campaña de Nivi Winther, y se me animó para que escribiera un artículo en el que se expusiera el doble rasero de Malik, su hipocresía, y su deseo sexual por las mujeres que llevaban mezcla de sangre. —Se encogió de hombros—. Pensé que hacía lo correcto, y que con ello podría contribuir a cambiar el discurso.

—Pero no lo consiguió —dijo Maratse—. ¿Por qué?

—Me parece que simplemente me estaban utilizando.

—¿Quién?

—Daniel Tukku.

—¿El asistente de Nivi?

—Sí. Es popular entre los empresarios de Nuuk y posee muchos contactos en el extranjero. Ha hecho muchas promesas, promesas que no podrá cumplir si su partido no gana las elecciones.

—No es su partido —apuntó Maratse.

—Todavía, no. Pero si Nivi tuviera que retirarse, si sucediera algo que la llevara a reflexionar acerca de su futuro en el partido, quizás algo que hiciera que otras personas cuestionasen su capacidad de gobierno... Como, por ejemplo, una tragedia familiar. Algo traumático.

—Como la muerte de su hija.

—Sí, algo así.

—Pero no se ha retirado.

—Todavía.

Qitu dejó que la idea quedara suspendida en el aire. Luego cogió su café y se reclinó en el sillón. Maratse se mordió el labio y movió las piernas buscando una postura más cómoda. Qitu lo observó.

—La recepcionista me ha dicho que usted era un policía, pero que se ha quitado la placa y ahora se hace llamar investigador privado.

—Ha sido usted quien me ha llamado así —replicó Maratse.

—En efecto. Pero quizá dé igual cómo se llame. A lo mejor, lo están utilizando, al igual que a mí. —Qitu se terminó el café y señaló las piernas de Maratse—. Me parece que ya lo han utilizado en otra ocasión.

—¿Por qué?

—Es algo que me han contado de usted. Algo de lo que no habla nadie. Pero justo antes del verano, hubo en Nuuk una persecución en automóvil.

—No fui yo.

—Y un incendio en una mina. Dijeron que había sido un accidente.

—No sé de qué me está hablando —insistió Maratse.

—A mí me parece que sí —dijo Qitu—, pero también me parece que usted es una persona leal, y eso me gusta. Creo que usted es un buen groenlandés. Y eso es positivo para la comunidad.

—Hum... —dijo Maratse—. Puede ser.

—Quizá podamos ayudarnos el uno al otro.

—Yo creía que ya estábamos ayudándonos.

—Sí, pero si me deja que escriba este artículo, puedo ayudar a los habitantes de Groenlandia a elegir lo más adecuado para el futuro de su país.

—¿Qué es...?

—La verdad. Deben votar la verdad.

Maratse cambió de postura y dejó la taza encima de la mesa. Se puso de pie, esperó unos momentos para recuperar el equilibrio y, a continuación, le tendió una mano a Qitu.

— *Qujanaq* —le dijo al mismo tiempo que le estrechaba la mano—. Creo que, por el momento, ya tengo suficiente.

—¿Va a hablar con Daniel Tukku?

—Opino que debería.

—Lo mismo creo yo —ratificó Qitu—. Pero, por favor, vuelva a hablar conmigo. Podemos ayudarnos el uno al otro.

Maratse asintió con la cabeza y se encaminó hacia la puerta. Hizo un alto para contestar al móvil y sonrió al ver el nombre que aparecía en la pantalla.

—Piitalaat —dijo.

—David —contestó Petra.

Había algo en la voz de Petra que hizo que Maratse frunciera el ceño. Se pegó el móvil al oído y se volvió de espaldas al periodista.

—¿Qué ocurre?

Petra respiró hondo.

—Hemos encontrado a Aarni Aviki. Creo que tienes que venir a echar un vistazo.

El taxista redujo la velocidad del Mercedes de color negro cuando el policía plantado en mitad de la calzada le hizo señas para indicarle que se detuviese. La nieve que estaba cayendo en el norte todavía tenía que convertirse en algo más que aguanieve en Nuuk, y el policía estaba empapado. Cuando se tocó la gorra para saludar, le chorreó el agua de la lluvia por la visera. Maratse pagó al taxista, se apeó, y el Mercedes se perdió de vista en la negrura de la tarde y se volvió por donde había venido. Aguardó unos instantes a que cediese el dolor de las piernas y después se acercó al policía.

—No puedo permitirle acercarse más —le dijo el agente.

—Me está esperando la sargento Jensen —explicó Maratse. El policía titubeó. Maratse señaló los dos coches policiales aparcados frente a un contenedor de seis metros, ambos iluminando el interior de este con los faros delanteros. Distinguió a Petra atrapada entre dos haces de luz y la señaló con la mano—. Está ahí mismo. Puede preguntárselo.

El policía miró a su espalda y asintió con la cabeza.

—Espere aquí.

Atravesó con su cuerpo el cono de luces azules parpadeantes que proyectaba el coche policial que estaba más cerca. Maratse contempló las perlas azules que formaba la lluvia en la calzada, iluminada por las mismas luces de emergencia, y se preguntó qué sería lo que quería enseñarle Petra. En cuanto el policía le indicó por señas que se acercara, fue para allá.

Petra estaba hablando con un médico y un técnico sanitario que examinaban el cuerpo de un hombre que había dentro del contenedor. Le hizo una seña a Maratse para que se aproximase e indicó el cuerpo con la mirada. De repente, Maratse oyó una voz que se dirigía a él, y al volverse se topó con el rostro de Gaba Alatak, vestido de paisano.

—Ha sido un suicidio —dijo Gaba.

—¿Aarni Aviki?

—Sí. —Gaba se pasó una mano por el pelo, negro y tupido, y liberó una rociada de lluvia que brilló bajo las luces. Por un instante, Maratse quedó impresionado al ver al jefe de la Unidad de Fuerzas Especiales rodeado por un halo de color azul. Gaba volvió a dejar caer la mano a un costado y añadió—: Creo que no debería usted estar aquí, Maratse.

—Lo entiendo.

—¿En serio? —Gaba le tiró de la manga del anorak—. Aún va vestido de uniforme.

—Es un buen anorak —replicó Maratse. Le ofreció un cigarrillo a Gaba, pero él lo rechazó. Encendió uno para sí—. Usted no va de uniforme. ¿Qué está haciendo aquí?

—Me ha llamado el comisario. —Gaba se limpió el agua de la lluvia de la cara—. Por lo visto, el jefe de policía de Uummannaq ha expresado ciertas preocupaciones.

—Hum... —Maratse le dio una profunda calada a su cigarrillo.

—Opina que usted está demasiado implicado en este caso. Incluso ha sugerido que su participación resultaba sospechosa. Que hay demasiadas preguntas sin responder acerca de usted y de su pasado, como para no convertirlo en una persona de interés, en alguien a quien deberíamos vigilar de cerca.

—¿Qué ha dicho el comisario? —Maratse vio que en el rostro de Gaba se dibujaba una media sonrisa.

—Que su pasado le pertenecía a usted, y que en la actualidad estaba ya jubilado. —Lo miró fijamente—. Por supuesto, eso es un tanto difícil de ver.

— *Iji* .

—El comisario ha dicho también que debíamos cooperar con usted. De modo que puedo decirle que Aarni ha dejado una nota: una grabación. Le hemos encontrado un dictáfono en el bolsillo de la chaqueta. —Indicó la puerta del contenedor—. La gente cree que para morir es necesario estar colgado de algo muy alto, pero no es verdad. Yo he encontrado a personas muertas con un nudo en el cuello, tumbadas en el suelo, al lado de la cama. Solo con que se hubieran apoyado en un codo habrían sobrevivido. Aviki tenía los pies en el suelo; quiero decir: si hubiera estirado los dedos, habría podido erguirse... —Gaba se interrumpió unos instantes—. Hasta quedar agotado, claro está.

—¿Usted no está seguro de que se haya suicidado?

—Eso es lo que los médicos están intentando averiguar. En el interior, hay una silla. Lo que imagino yo es que, si no se ha suicidado, alguien pudo sentarse en la silla a contemplar cómo intentaba mantenerse erguido hasta que no aguantó más.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto?

—Varias horas. Por supuesto, si no ha sido un suicidio, y se tiene en cuenta lo que dice en la grabación, si alguien estaba intentando obligarlo a que dijera algo concreto, puede que tardara un rato. En la grabación se oye un eco. Suena como si procediera del interior del contenedor. Oculto a la vista. —Gaba miró fijamente a Maratse a través de la nube de humo de tabaco—. Y en cuanto al pasado de usted..., existe el rumor de que fue torturado.

—Hum... —respondió Maratse tocando el filtro del cigarrillo con la lengua.

—Pero no habla de ello.

— *Eeqqi* —repuso, y sacudió la cabeza.

Gaba lanzó un suspiro.

—No soy capaz de imaginármelo. Yo, seguramente, les diría lo que quisieran oír.

Maratse arrojó la colilla del cigarrillo al suelo.

—El tipo que me torturó no me hizo ninguna pregunta. No buscaba una confesión. —Miró a Gaba y esperó a que se apartase a un lado.

—Está bien —respondió Gaba.

—Petra nos hace señas con la mano —dijo Maratse indicando hacia el contenedor—. ¿Vamos con ella?

—Vaya usted delante, tengo que preparar a los miembros de mi equipo —repuso Gaba, y se apartó.

—¿Para qué?

—Para ir a buscar a Malik Uutaaq —respondió Gaba enarcando las cejas—. Hable con Petra, ella lo pondrá al corriente. —Calló un momento y agregó—: No se preocupe por Simonsen. El comisario dejó escapar que usted podría no ser el único en conseguir la jubilación anticipada. —Se encogió de hombros—. Solo manténgase dentro de la ley, agente.

Vio cómo Gaba se subía a un SUV de color negro que había aparcado detrás de los Toyotas de la policía. Aguardó hasta verlo marcharse y, ya

después, pasó por entre los coches policiales para acercarse al contenedor. Petra lo detuvo en la puerta de este, resguardada de la lluvia.

En el interior del contenedor se notaba un fuerte olor a orina, y Maratse estudió la posibilidad de encender otro cigarrillo. Observó el cuerpo inerte de Aarni. Un técnico sanitario estaba examinando la cadena que tenía enrollada al cuello. Era demasiado gruesa para cortarla con una cizalla normal, de modo que Aarni iba a tener que permanecer allí colgado hasta que llegaran los bomberos para bajarlo. Dio un respingo cuando Petra lo tocó en el brazo.

—¿Estás bien?

— *Iiji* —respondió Maratse.

—¿Quieres salir al exterior?

—Está lloviendo. Se está mejor aquí dentro. —Maratse señaló a Aviki con la cabeza—. Gaba me ha dicho que hay una nota.

—Sí —confirmó Petra.

—Y que es interesante.

—E incriminatoria —añadió Petra.

Al oír el aullido de unas sirenas viniendo cuesta abajo hacia ellos, Petra sacudió el brazo de Maratse y le señaló el coche policial que tenían más cerca. Se subieron a él y cerraron las puertas justo cuando llegaba el primer camión de bomberos. Petra se sacó un dictáfono del bolsillo.

—Esto es una grabación del mensaje contenido en el dictáfono que hemos encontrado en el bolsillo de Aviki. El original se lo han llevado rápidamente a la comisaría para transcribirlo.

Petra pulsó el botón, y Maratse se quedó mirando fijamente el dispositivo de grabación que ella sostenía entre las manos. La voz de Aarni Aviki se oía con eco, tal como le había apuntado Gaba. Acto seguido, Petra pulsó el botón de avance rápido y luego subió el volumen. La voz de Aarni sonó balbuciente:

—«Ya se lo he dicho a la policía. Yo no había visto jamás a Tinka Winther».

A continuación, se oyó un chasquido, como si hubieran interrumpido la grabación y, luego otra vez, la voz de Aarni:

—«Sí, se reunió con ella».

Otro chasquido.

—«Malik Uutaq».

—Eso es lo que le pregunté yo misma en la comisaría —dijo Petra, e interrumpió la reproducción—. Nos han dicho que Aviki podía confirmar que Malik Uutaaq conocía a Tinka Winther y que probablemente él fuera la última persona que estuvo con ella. Tal vez, la última que la vio con vida.

Maratse miró a través de la ventanilla y vio que los bomberos estaban transportando un cortacadenas hidráulico desde el camión hasta el contenedor.

—¿Eso os lo ha contado Daniel Tukku?

—¿El qué?

—¿Ha sido él quien os ha dicho que Aviki podía confirmar que Uutaaq estuvo con Tinka?

—Sí —respondió Petra frunciendo el ceño—. ¿Por qué?

—Kalia cree que Tukku está intentando incriminar a Uutaaq.

El estruendo de un generador y el lento chirrido del cortacadenas hidráulico rompiendo los gruesos eslabones de hierro les impidieron continuar la conversación, hasta que por fin los bomberos finalizaron la tarea y el cadáver de Aarni fue retirado del contenedor sobre una camilla. El médico dio unos golpecitos en la ventanilla del coche policial, y Petra la abrió.

—Vamos a trasladar el cadáver directamente al depósito. Lo examinaremos a fondo y después, si tenemos razones para creer que es necesario efectuar una autopsia, nos pondremos en contacto con usted. Por el momento, todo apunta a un suicidio. Pero... —agregó señalando con la cabeza el dictáfono que tenía Petra en la mano— esa grabación hace que la cosa sea un poco más interesante. —Se volvió para atender a algo que le estaban preguntando el técnico sanitario y el conductor—. Sí, márchense, nos vemos allí. —Se limpió la lluvia de la cara y miró a Petra mientras la sirena de la ambulancia rasgaba el aire.

—Cuando sepa algo más, puede llamar a la comisaría —le dijo ella, y se sacó el teléfono móvil del bolsillo. El médico dio una palmada en la portezuela y se fue corriendo hacia su coche. Ya se había marchado cuando Petra terminó de poner al corriente al agente que se encontraba de servicio en la comisaría. Luego dejó el teléfono encima del salpicadero y se recostó en su asiento, giró la cabeza e intentó sonreírle a Maratse.

—Ha sido un día muy largo —le dijo—. Cuéntame otra vez lo de Tukku.

—Tukku ha hecho promesas a muchas personas, empresas, países...

—¿Países?

Maratse se encogió de hombros y continuó:

—Eso es lo que me ha dicho el periodista.

—¿Y cómo encaja todo eso con Tinka?

—Tukku necesita conservar el poder. Necesita ser él quien pueda tomar las decisiones.

—Y Malik Uutaaq es demasiado popular y demasiado poderoso — razonó Petra, y lanzó un suspiro—. Estoy empezando a ver por qué odias la política—. Se volvió hacia el policia de la calle, que estaba dando unos golpecitos en el cristal de la ventanilla.

—Los bomberos ya han terminado. ¿Qué hacemos ahora?

—Sellad el contenedor por esta noche. Hemos recogido todas las pruebas que hemos podido. El equipo de investigación ya continuará por la mañana.

—¿Y después puedo irme si es mi turno de descanso?

—Sí —respondió Petra. Lanzó una palabrota cuando el joven agente saludó tocándose la gorra y vertió una cascada de agua sobre la ventanilla del coche que le salpicó la cara a ella. El agente, con una amplia sonrisa, echó a correr hacia el contenedor para cerrar las puertas y ponerles un candado.

—Bueno... —dijo Petra arrancando el motor—, tengo frío, estoy empapada y necesito comer algo. ¿Y tú?

Maratse asintió. Petra dio marcha atrás para desembocar en la calzada y luego enfiló cuesta arriba, en dirección al centro de la ciudad. Pocos minutos más tarde, aparcó delante de un restaurante tailandés, donde encontraron una mesa vacía al fondo, más allá de la zona del bufé. Petra pidió para ambos y después dejó la libreta encima de la mesa.

—El comisario querrá saber cuál va a ser nuestro próximo movimiento.

—¿Nuestro próximo movimiento? —A Maratse se le tensaron los músculos de la cara cuando estiraba las piernas en busca de una postura más cómoda—. ¿Quieres decir el tuyo?

—Sí, y el nuestro, el de ambos. Estamos trabajando juntos. Eso es lo que quiere Nivi, y el comisario le está siguiendo el juego, al menos de momento. Así que... —dijo Petra con una sonrisa— somos compañeros.

—Compañeros. —Maratse se bajó la cremallera del anorak y rio unos instantes. Cayó en la cuenta de que hacía mucho que no reía, y el hecho de que estuviera trabajando de nuevo, como policía, transformó su risa en una sonrisa.

—Se te ve contento —observó Petra.

—Porque estoy trabajando.

La camarera trajo dos cajas de cartón que contenían comida y dos Coca-Colas grandes.

—Por si tenemos que salir corriendo —explicó Petra cuando vio que Maratse fruncía el ceño al ver la caja de fideos junto con la salsa. Abrió las cuatro solapas de la caja y pinchó los palillos chinos desechables en el papel de envoltorio. Maratse cogió un tenedor.

—¿Exactamente por qué razón se encontraba Gaba junto al contenedor? —preguntó al mismo tiempo que abría su caja.

—Ya has oído la grabación. El comisario le prometió a la primera ministra que Gaba tomaría parte en todos los asuntos del caso. El suicidio de Aviki supone un nuevo giro.

—Si es que realmente se ha tratado de un suicidio.

—Sí, me refería a que si alguien obligó a Aviki a confesar...

—¿Un hombre?

—Tal vez —respondió Petra. Atrapó un langostino con los palillos, lo mojó en la salsa y se lo metió en la boca. Le vino a la memoria el Suzuki en el que se había marchado Aarni el día anterior—. Ese es solo un punto de vista. La hipótesis del suicidio resulta cómoda, pero si fue una confesión forzada que terminó en suicidio...

—O en asesinato.

—Exacto. —Petra dio un sorbo a su Coca-Cola—. Por eso están examinando la grabación.

Maratse frunció el entrecejo.

—Si fue una confesión forzada, el sospechoso sabía que Aarni Aviki tenía algo que contar.

—O... —dijo Petra— quería que Aviki dijera algo, y lo torturó para obligarlo a hablar.

—Así que no ha sido Uutaaq.

—Obviamente.

—De modo que volvemos a Tukku o a algún otro hombre.

—O mujer —apuntó Petra. De repente, dejó los palillos y sonrió.

—¿Qué ocurre, Piitalaat?

—Pensaba en Gaba. Y en lo que yo quise hacerle cuando descubrí que me la estaba pegando con otras.

—¿Y?

—Nos estamos olvidando de una persona.

—¿De la mujer de Malik?

—Exactamente —contestó Petra. Cogió de nuevo los palillos y pescó otro langostino, lo ensartó y lo levantó—. Si quisieras vengarte de tu marido, si lo odiaras, ¿qué mejor manera que lograr que lo detuvieran por haber asesinado a la hija de su rival?

—Aún no sabemos si ha sido un asesinato —advirtió Maratse. Cambió la postura de las piernas, recorrió el restaurante con la vista y saludó con la cabeza a uno de los clientes, que lo estaba mirando. Finalmente se volvió hacia Petra—. ¿El informe del médico no ha confirmado que se trató de un accidente de navegación?

—¿Un accidente? Sí —contestó Petra—, excepto que los dos sabemos que no lo fue.

—Hum... —dijo Maratse.

—Aun así, Naala Uutaaq debe estar deseando castrar a su marido. Eso es lo que tenía ganas de hacerle yo a Gaba. Y si pudiera hacerlo de forma pública...

— *Iiji* , pero ¿tú habrías torturado a otro hombre para vengarte de Gaba?

—No —respondió Petra, y al instante se evaporó toda la emoción de su voz. Cogió el langostino prendido en el palillo y se lo comió.

Maratse bebió de su Coca-Cola con la pajita, reflexionando sobre las cosas que, a lo mejor, era capaz de hacer una mujer para vengarse de su marido o de su novio, incluso de una amiga. Él había interrumpido muchas peleas de borrachos, había separado a mujeres que estaban peleándose por el mismo imbécil, y había intervenido en un caso de homicidio con arma blanca: una mujer que mató a otra porque le había llegado un rumor. Un chismorreo que dio lugar a un asesinato. En Groenlandia, los celos constituían una potente droga, de la clase que mantiene ocupada a la policía.

—Aun así —insistió Petra—, opino que deberíamos hablar con ella.

—¿Con la mujer de Malik?

—Sí —dijo Petra asintiendo, y agregó—: ¿No te parece bien?

—Estaba pensando —dijo Maratse—. ¿Has dicho que Gaba iba a recoger a Malik?

—Sí, después del debate.

—¿El debate es mañana?

—Sí. —Petra frunció el ceño—. ¿Por qué lo preguntas?

—No podemos esperar para entrevistar a Malik, a su mujer o a Daniel Tukku.

—Ya lo sé —dijo Petra—, pero el comisario no quiere provocar una tormenta en los medios llamando a alguien antes del debate, ni siquiera justo después. No podemos interferir.

—Pero la muerte de Aviki debería ser suficiente para que Malik Uutaaq suspendiera el debate.

—¿Porque la muerte de Tinka no lo fue?

—Obviamente, no. Nivi Winther es una mujer fuerte. —Maratse se palpó el bolsillo del anorak, donde llevaba el paquete de tabaco. Miró a Petra—. ¿Malik sigue siendo popular?

—Mucho. Incluso contando con el voto de solidaridad, a Nivi Winther le va a resultar difícil vencerlo en el debate. —Petra dio unos golpecitos con los palillos en la tapa de la caja—. Suspender el debate es una maniobra arriesgada, para ambas partes. Tiene que hacerse por una buena razón.

—Como que muera alguien, por las dos partes.

—Exacto —dijo Petra con una sonrisa—. No recuerdo haberte oído nunca hablar tanto.

—Hum... —dijo él—. Me sienta bien estar trabajando de nuevo. —Apretó los dientes y se puso de pie. Apoyó la mano en el respaldo de la silla durante unos momentos, hasta que se sintió capaz de andar—. Tenemos que pagar y marcharnos —dijo.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Petra, y cogió su caja de fideos.

—A casa de Malik Uutaaq.

—¿Vamos a hablar con su mujer?

Maratse negó con la cabeza.

—Vamos a aparcar afuera y esperar.

—¿Por qué?

—Porque me parece que su mujer corre peligro.

Mientras pagaba la comida, el teléfono de Petra emitió un pitido para indicar que había recibido un mensaje de texto. Miró la pantalla y le pasó el teléfono a Maratse.

—Es el periodista. Quiere un comentario. Alguien acaba de enviarle un correo electrónico con un archivo de audio adjunto.

Malik Uutaaq se encontraba rodeado por el bullicio de un sábado por la noche, pero no se percataba de ello. Estaba en casa, sentado en un sillón junto a la ventana, con un vaso grande de ginebra en la mano y su teléfono móvil en la otra. Sobre una mesa pequeña, a un lado, descansaban los apuntes de Aarni para el debate. Los miró una o dos veces mientras marcaba el número de su director de comunicación por cuarta vez... ¿o sería la quinta? Ya no se acordaba. Ni tampoco se acordaba del momento en que Pipaluk empezó a hablar a gritos, ni de cuando Naala tuvo que responder a gritos también; el asunto era algo así como que su hija se comportaba como si fueran ricos, y aquellos anoraks de invierno, sobre todo el de Canada Goose, no eran baratos. Oyó la discusión, oyó todo lo que dijeron, pero hizo caso omiso. El debate era al día siguiente, y su director de comunicación, el hombre al que había contratado para que le hiciera de escudo y le dijera qué decir y cuándo decirlo, no aparecía. Bebió otro trago de ginebra. La chica estaba muerta. ¿Qué importancia podía tener que Pipaluk no encontrara su anorak de invierno?

—Malik —le dijo Naala, y Malik cayó en la cuenta de que se encontraba delante de él.

—¿Qué?

—Tu hijo está en su habitación. Tienes que ir a hablar con él.

—Estoy preparando el debate. No tengo tiempo para hablar con Sipu.

—No —insistió ella señalándole con el dedo—, estás emborrachándote.

Le arrebató la botella de ginebra que él tenía bajo el brazo y la acercó a la luz para ver cuánto alcohol quedaba en el fondo.

—Dame eso. —A Malik se le cayó el teléfono en el regazo al intentar recuperar la botella.

—Ve a hablar con tu hijo.

—Querrás decir nuestro hijo.

—En este momento, es el tuyo —replicó Naala, y se fue a la cocina. Vació la botella en el fregadero y miró a su marido con el ceño fruncido, retándolo a que pronunciara una sola palabra.

Malik apuró la poca ginebra que le quedaba en el vaso y, de un golpe, lo dejó sobre la mesa de centro. Acto seguido, abandonó el salón, cruzó la cocina y salió al pasillo. Empezó a subir la escalera, hizo un alto a mitad de camino para controlar el impulso, respiró hondo y continuó subiendo hasta el rellano. Pipaluk se asomó por la puerta de su habitación y empezó a quejarse de su madre.

—Ahora no, princesa —la interrumpió Malik pasando de largo.

—Pero, papá... —siguió diciendo ella—. No es justo. Yo no he perdido el anorak ni las demás cosas, lo dejé todo colgado de la percha. Era mi percha, papá. Deberías llamar a la policía, o hacer algo.

Malik se detuvo al llegar a la puerta del dormitorio de Sipu. Pensó en la policía y en una manera de explicarle a su hija por qué en realidad aquello no era buena idea. Abrió la puerta, y al instante deseó haber llamado primero.

El dormitorio de Sipu estaba a oscuras, excepto por el vívido resplandor azul y rosa que emanaba de la pantalla de ordenador que tenía en su mesa. El chico se volvió y, al momento, procuró coger el ratón con una mano al mismo tiempo que con la otra intentaba taparse la entrepierna. Malik entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí sin hacer ruido.

—¿Sipu?

—Lo siento, papá —se excusó Sipu. Con un toque de ratón, cerró la ventana que tenía abierta en la pantalla, pero apareció una segunda ventana, y después, una tercera y una cuarta, todas en cascada. Todas eran de lo más morbosos. De lo más gráfico.

Malik fue hasta la mesa de estudio de su hijo y apagó el monitor.

—Súbete el pijama —le ordenó.

Luego se encaminó a la cama y palmeó el colchón para indicarle que se sentara a su lado. Sipu se abrochó los botones del pijama hasta la cintura y se arrastró hasta la cama. Malik lo rodeó con un brazo, y el chico, sollozando, enterró la cabeza en el hombro de su padre.

—No estoy enfadado contigo. No has hecho nada malo. Simplemente tenemos que hablar de ello.

De pronto, Malik sintió que la habitación le daba vueltas, y parpadeó para enfocar la mirada en los pósteres de videojuegos que forraban las paredes. Ninguno de ellos parecía estar dispuesto a dejar de moverse, así que Malik cerró los ojos.

En aquel dormitorio hacía calor. Malik bajó la cabeza hasta que la barbilla le tocó el pecho. Imaginó mentalmente el estudio del centro cultural que estaban preparando para el debate: las luces, los asientos para el público en directo y la posición de cada una de las tres cámaras. Había visitado el estudio con Aarni el día del funeral de Tinka Winther. Había dado su aprobación cuando los técnicos le explicaron lo que hacían, dijo «sí» al maquillaje y «no» a las gafas. Le mostraron cómo funcionaba el micrófono inalámbrico, y recordó el leve contacto de la joven que le colocó la pinza del micrófono entre el cinturón y la cinturilla del pantalón vaquero. Era guapa. No exactamente su tipo, pero claro, las de su tipo, por lo visto, le causaban toda clase de problemas. A lo mejor, había llegado el momento de replantearse la vida.

De repente, oyó un ronquido, y abrió los ojos. Sipu se había quedado dormido recostado sobre él. Levantó la mano izquierda para mirar el reloj, pero estaba demasiado oscuro para ver las manecillas. Ignoraba si se había dormido, si lo habían despertado los ronquidos de su hijo, o si habían sido los golpes de unos nudillos en la puerta. Lo hizo pestañear el haz de luz que se coló en el dormitorio de Sipu procedente del descansillo cuando Naala abrió la puerta y entró. Su mujer miró la ventana y pareció relajarse cuando advirtió que las cortinas estaban cerradas.

—Malik —susurró.

—¿Naala? ¿Qué ocurre?

—Afuera —dijo ella— hay un coche de la policía aparcado enfrente de nuestra casa.

—¿Qué?

Malik se incorporó, apartó a su hijo a un lado, lo tendió sobre la cama y lo arropó con el edredón. Luego se levantó, fue hasta la ventana y quiso descorder la cortina.

—¡No! —lo detuvo Naala—. Te verán.

Malik se puso a un lado de la ventana y apartó la cortina unos centímetros, lo justo para ver el Toyota de la policía. Las farolas de la calle estaban encendidas, pero no logró distinguir si había alguien dentro del coche. Soltó la cortina y se volvió hacia su mujer.

—No lo sé —dijo, pero una desagradable sensación en la boca del estómago le sugirió que más o menos se hacía una idea.

—¿Vas a averiguarlo?

—¿Quieres que baje a hablar con ellos?

—Sí —dijo Naala—. Malik, tenemos a la policía enfrente de nuestra casa. Sí, quiero que hables con ellos. ¿Qué van a pensar los vecinos?

—¿Quizás hayan venido por alguno en concreto?

—No seas idiota —replicó Naala, y suspiró.

Ambos se volvieron cuando Pipaluk entró en el dormitorio. Miró a su madre y después se acercó a la ventana.

—Pipaluk, no —le dijo Naala.

—Quiero ver.

—No es nada, princesa —le dijo Malik—. Vuelve a tu habitación.

—Si no es nada —razonó ella—, ¿por qué estás susurrando?

—Porque tu hermano está dormido.

Pipaluk soltó una carcajada y dijo:

—No, papá, no está dormido. —Señaló a Sipu, y este se tapó la cabeza con el edredón—. Farsante —le dijo ella, y salió del dormitorio.

Malik miró a su mujer mientras Pipaluk cerraba la puerta de su cuarto y encendía el estéreo. El volumen de la música era lo bastante alto para que se oyera, pero no lo suficiente como para que ellos le dijeran que lo bajase.

Naala le hizo una seña a su marido para que la acompañara, y los dos bajaron la escalera y pasaron a la cocina.

—Esto es por ti —le dijo Naala cuando Malik hubo cerrado la puerta tras de sí.

—¿Por qué va a tener que ver conmigo?

—Por ser quien eres.

—¿El líder de partido del Seqinnersoq? Vale, puede ser.

—Y por lo que haces —continuó Naala, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Política?

—Ja —se mofó ella—. ¿Así es como lo llamas?

—Naala... —le dijo Malik, y se puso una mano en la frente—. No quiero pelear más.

—¿No?

—Estoy cansado. Esta semana anterior ha sido... —Guardó silencio—. Ha sido difícil.

Miró a su mujer y vio que la expresión de su rostro se relajaba y que bajaba los brazos a los costados. Naala abrió la boca como si quisiera decir

algo, y él se preguntó si merecía oírlo, escuchar palabras de aliento, de solidaridad y de apoyo, de la mujer cuyo amor él había traicionado una y otra vez. Y entonces vio que esbozaba una sonrisa, y toda la solidaridad que podía haber recibido en compensación por su arrepentimiento se esfumó.

—Ah, conque has tenido una semana difícil. Pobrecillo. Ha debido de ser terrible para ti.

—Basta, Naala.

—¿Basta de qué, so cabrón? —Naala señaló con el dedo la ventana del salón, la que daba a la calle—. Sal ahí fuera y averigua por qué está la policía enfrente de nuestra casa. Si lo haces, a lo mejor te dejo volver a entrar. De lo contrario... —Hizo una pausa para soltar una carcajada—. Aarni Aviki.

Malik frunció el entrecejo.

—¿Qué pasa con él?

—Aarni me ha dicho que te lo aguante todo, que es mejor ser la esposa desatendida del primer ministro de Groenlandia que una divorciada cualquiera. ¿Te lo puedes creer? Prácticamente me dijo que yo debería permitir que tú fueras por ahí tirándote a otras, que no pasaba absolutamente nada, porque a cambio tendríamos más dinero. Eso fue lo que dijo.

—Me lo contó —repuso Malik, y volvió la mirada hacia el sillón en el que había dejado el teléfono móvil. Después, miró a su mujer y le preguntó—: Naala, ¿tú quieres el divorcio?

Decir aquello ni siquiera le causó sorpresa. Le salió con naturalidad, junto con la energía que liberaba su cuerpo, que lo estaba dejando sin fuerzas en la víspera del día más importante de su campaña política. Si debía ocurrir, razonó, ¿por qué no dejar que ocurriera de una vez? ¿Qué más podía salir mal?

Naala se apoyó en la encimera de la cocina y miró fijamente a su marido como si este hubiera empezado a hablar un idioma nuevo, como si por fin quisiera comunicarse. Aquella segunda capa de vulnerabilidad en el espacio de solo unos pocos minutos la dejó realmente atónita, y se volvió de espaldas para no dar a entender ni una cosa ni la contraria. Todavía, no.

Reordenó sus pensamientos, los canalizó en forma de palabras y dijo:

—Sal afuera. Ya lo discutiremos después de que hayas hablado con la policía.

Malik esperó a que su mujer se diera la vuelta. Cuando comprendió que no iba a hacerlo, salió de la cocina, cerró la puerta con sigilo tras de sí y se calzó. Escogió un chaquetón de entre los que había en el perchero y salió de casa. La calle le resultó el doble de ancha de como la recordaba, y se preguntó cuánta ginebra habría bebido antes de que Naala le vaciase el resto de la botella por el fregadero.

Se detuvo a medio metro del coche policial, se pasó una mano por la cara para limpiarse el agua de la lluvia, miró por la ventanilla y esperó.

Petra pulsó el botón del elevalunas para bajar el cristal y miró a Malik. Lo saludó con un gesto y esperó a que hablara.

—Su cara me suena —dijo él.

—Soy la sargento Jensen. Estoy trabajando en el caso de Tinka Winther.

—¿Por eso está aquí, delante de mi casa? —Aguardó unos momentos mientras Petra se giraba para mirar al individuo que iba sentado a su lado. Dio un paso atrás e intentó distinguirlo—. A usted no lo conozco.

—Me llamo Maratse.

—¿Y también está trabajando en el caso? —Malik meneó la cabeza—. Dos agentes de policía, frente a mi casa, un sábado por la noche. ¿Esa es la mejor manera de hacer uso de los recursos de la policía? Seguro que en la ciudad hay borrachos de sobra a los que podrían ustedes detener.

Petra lanzó un suspiro.

—Mi turno finalizó hace una hora.

—¿En serio?

—Y yo no soy un oficial de la policía —indicó Maratse al mismo tiempo que abrió la portezuela del pasajero.

Malik lo siguió con la mirada durante los largos minutos que se tomó Maratse para rodear el capó del coche.

—Entonces ¿qué están haciendo aquí? ¿Se trata de alguna forma de acoso?

—La verdad es que ojalá lo fuera —respondió Petra mirando a Maratse, que se había apoyado sobre la puerta del Toyota.

—Pues más vale que uno de los dos me lo explique antes de que llame al comisario.

—No es necesario que haga tal cosa, Malik —le dijo Maratse—. Solo quiero charlar un momento.

Petra reprimió una carcajada. Malik los contempló a ambos.

—Últimamente, mi amigo ha desarrollado cierto gusto por la conversación —comentó.

—Piitalaat —le rogó Maratse—, por favor...

—No, David —le dijo ella aferrando con fuerza el volante—. En esto no estoy de acuerdo contigo, y... —se volvió hacia Malik— ni siquiera me apetece estar aquí.

Malik se pasó de nuevo una mano por la cara para limpiarse el agua de la lluvia. Parpadeó intentando comprender de qué iba aquello. Miró por encima del hombro su casa, casi deseando hallarse de vuelta en la cocina, discutiendo con Naala.

—¿De qué va todo esto? Me recuerda a lo del poli bueno, poli malo, salvo que en este caso ninguno de los dos parece saber qué papel representa cada uno. ¡Pues apáñense ustedes solitos! Si quieren resolver sus problemas, por mí, perfecto; bastante tengo con los míos.

—Mi amiga está enfadada conmigo porque la he hecho venir aquí —explicó Maratse.

—Eso ya lo veo. ¿Y por qué es ese mi problema?

—Usted es un problema, y tiene problemas. —Maratse encendió un cigarrillo y se lo encajó entre los dientes—. Es un problema porque su política sugiere que mi amiga no es una auténtica groenlandesa. —Contempló la posibilidad de pasar al idioma groenlandés, pero continuó hablando en danés—: Opina que usted está dividiendo al país, y yo coincido con ella. Pero esa no es la razón de que estemos aquí.

—¿No? Bien, porque eso sería acoso.

—Estamos aquí —dijo Petra— porque mi amigo está preocupado por usted. Cree que usted podría cometer alguna tontería, o que alguien podría hacerle algo.

—¿Como qué? ¿De qué estamos hablando? ¿Por qué iba a hacer yo una tontería?

—¿Cuándo habló con Aarni Aviki por última vez? —le preguntó Maratse.

—Esta mañana, temprano. ¿Por qué?

—Porque ha tenido un día difícil.

—¿Le ha ocurrido algo a Aarni? —Malik miró a Petra—. Dígamelo.  
Petra se mordió el labio como si estuviera pensando qué decir.

—Se ha suicidado.

—¿Qué? —Malik se volvió hacia Maratse—. ¿Cómo ha dicho?

—Encontramos su cadáver hace unas horas —le dijo Petra, y luego volvió la vista hacia la casa—. ¿Su mujer se halla en casa?

—Sí —respondió Malik. Gesticuló con las manos, las palmas vueltas hacia arriba—. Mi mujer, mis hijos, todos. ¿Por qué?

—Muy bien —respondió Maratse—. Esta noche vamos a quedarnos aquí. Debería irse a dormir, estar preparado para el debate.

—Sentimos mucho lo del señor Aviki —dijo Petra—. Váyase a descansar.

Malik dio un paso atrás sin desviar la vista de Maratse y de Petra, confuso por lo que le habían contado. Naala se reunió con él en la entrada de la casa, mientras observaba por encima de su hombro el coche policial.

—¿Qué andan buscando?

—Quieren cerciorarse de que no me pasa nada.

—¿Van a quedarse ahí toda la noche?

—Sí. —Malik cogió la mano de su mujer—. Naala, Aarni ha muerto.

—¿Qué?

—Se ha suicidado. Acaban de decírmelo.

—¿Por eso han venido aquí?

—Puede ser, no lo sé. Creo que están protegiéndome.

—Malik —dijo Naala—, ¿necesitas protección?

—No lo sé.

***SAPAAT***  
**DOMINGO**

Nivi Winther sonrió a su secretaria y firmó tres documentos que iban a ejecutarse una vez transcurrido el fin de semana. La secretaria hizo una pausa y se quedó quieta unos segundos junto al escritorio de la primera ministra, hasta que esta levantó la vista de la pantalla del ordenador. La expresión de la joven sugería que deseaba expresarle el pésame por la muerte de Tinka; era la tercera persona que se lo daba aquella mañana, y probablemente no fuera la última.

—¿Va todo bien, Bibi?

—Sí, es que quería decirle que... —Bibi se interrumpió y apretó los documentos contra el pecho—. Quería decirle que lamento mucho lo de Tinka.

—Es muy amable por tu parte —le respondió Nivi.

—Si hay algo que yo pueda hacer...

—Te lo diré, descuida.

Nivi sonrió y esperó a que la joven saliera del despacho. Cuando esta le preguntó si quería que cerrase la puerta, asintió con la cabeza.

Unos momentos de tranquilidad, aquello era lo que más deseaba Nivi. Una vez que la puerta se hubo cerrado tras un suave chasquido, se recostó en su sillón y cerró los ojos. Pensó en la tumba de Tinka, desde la que se veían los icebergs del fiordo de Uummannaq. Casi le pareció sentir el frío soplo del hielo en las mejillas, congelándolo todo a su paso, incluso las lágrimas que le resbalaban por la cara.

Se percató de que estaba llorando y abrió los ojos. Se limpió las lágrimas con el dedo y soltó una palabrota al darse cuenta de que otra vez tendría que retocarse el rímel. Iba a ser un día muy largo.

Buscando algo que la distrajera, cogió el teléfono de la mesa y llamó a Maratse. Cuando este contestó, compuso una sonrisa, con la esperanza de transmitir una vibración positiva que disimulara aquel momento de tristeza.

—Solo quería saludar —le dijo.

— *Iji* .

—¿Va todo bien? ¿Hay alguna novedad?

—Aún no.

—¿Está seguro? —Nivi levantó la vista al ver a Daniel dando unos golpecitos en el cristal de la puerta, y le hizo una seña para que entrara—. Tiene voz de cansado, agente.

—Todo en orden —respondió Maratse.

Nivi le dio las gracias, finalizó la llamada tocando la pantalla con el dedo pulgar y dejó el teléfono. Indicó la silla que tenía enfrente de la mesa y esperó a que Daniel tomara asiento.

—¿Agente? —dijo Daniel—. Pensaba que quien llevaba el caso era la sargento Jensen.

—Y así es —respondió Nivi—. Simplemente he pedido un poco más de ayuda.

—¿La has pedido? ¿Quieres decir que has hablado con el comisario? Nivi... —dijo Daniel—, eso podría considerarse un abuso de los recursos de la policía. ¿Qué decía el informe oficial?

—Ya sabes lo que decía, Daniel.

—Que fue un accidente. —Daniel gesticuló con la mano—. Que la muerte de Tinka fue un accidente. Si bien con muchas preguntas todavía en el aire, lo entiendo. —Guardó silencio al reparar en los ojos de Nivi—. Perdona —le dijo—. Has estado llorando. Ha sido una falta de tacto por mi parte.

—No pasa nada, Daniel. Lloraré mucho más antes de que esté preparada para seguir adelante.

—En ese caso, quizá debiéramos hablarlo de nuevo.

—¿Cómo que hablarlo? —Nivi negó con la cabeza—. Voy a acudir al debate. Ya te lo dije la primera vez, la segunda y la tercera. No quiero volver a discutirlo. Es definitivo.

—Bien. Lo entiendo.

—¿De veras?

—Por supuesto que sí —contestó Daniel—. El país necesita verte. Necesita sentir que tú eres capaz de gobernarlo, incluso en tiempos de aflicción. Pero el funeral ha sido este viernes, Nivi. Queda demasiado cerca. Cabe la posibilidad de que la gente piense que eres demasiado fuerte, incluso insensible.

—Si suspendemos el debate, Malik Uutaaq ganará. Tú mismo lo has dicho.

—No es necesario que lo suspendamos. Hay una alternativa.

—Ah, es eso. —Nivi empujó el sillón hacia atrás y se levantó. Fue hasta la ventana y se apoyó en el alféizar—. Quieres tener tu momento, ¿no es así? —Soltó una carcajada—. ¿Y dices que la insensible soy yo?

—Es lo más adecuado —replicó él.

—Para ti, quizá. Pero ¿qué pasa con el partido? ¿Vas a debatir la política lingüística con Malik Uutaaq? ¿Y convertir la sesión entera en un concurso de popularidad? Porque si haces eso, perderemos. ¿Lo entiendes?

—El idioma no es el único asunto que debatir.

—Para Malik Uutaaq, sí lo es.

—He llegado a un acuerdo con Aarni Aviki. Están dispuestos a debatir de todo.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y qué le has dado a cambio?

—Nada.

—Ya veo. —Nivi se cruzó de brazos—. Entonces ¿con qué lo has amenazado?

Daniel desvió la mirada unos instantes.

—Le he dicho que acudiría a la prensa.

—¿Con qué? —Nivi lo comprendió un segundo más tarde, y no supo si debía sentirse enfadada o asqueada—. Te has servido de Tinka, ¿verdad?

—He utilizado lo que tenía a mano. —Daniel se encogió en su silla al ver que Nivi daba un paso hacia él.

—Te dije que no quería que se publicara ese artículo. —Fue a por su teléfono—. Te lo dije.

—¿A quién vas a llamar?

—Al periodista.

—Es sordo, Nivi.

—Pues le escribiré un mensaje.

—No es necesario. Él no ha tenido nada que ver.

—Entonces dime qué le has dicho a Aviki.

Daniel se pasó las manos por el pantalón, juntó los dedos formando una pirámide bajo la barbilla y miró a su jefa. Ella se guardó el teléfono bajo

el brazo y esperó.

—Le he dicho que podíamos confirmar que Malik estuvo con Tinka en una fiesta antes de su muerte.

—¿Y podemos? ¿Podemos confirmar tal cosa?

—¿Qué importa?

—Importa mucho, Daniel —replicó Nivi alzando la voz—, porque dentro de unas horas, voy a estar al lado de un hombre que podría ser la última persona que vio con vida a mi hija. Podría incluso haber... — Empezó a temblar.

—¿Sí?

Nivi bajó la voz y respiró hondo.

—Podría incluso haber sido el responsable de su muerte, no sé cómo. Incluso podría haberla matado él.

Daniel se levantó y rodeó a Nivi con un brazo. La fue acercando a él, hasta que la cabeza de ella quedó apoyada sobre su pecho. Nivi cerró la mano en torno al teléfono y se apoyó contra el cuerpo de Daniel. Estaba temblando, y él la estrechó con fuerza.

—Por eso —le susurró— debería ser yo quien acudiera al debate, no tú.

—No —insistió Nivi con la voz amortiguada por el cuerpo de Daniel.

—Piénsalo un poco más. Descansa un rato. Y después, lo hablamos.

Acompañó a su jefa al exterior del despacho. Recorrieron el pasillo hasta una salita en la que había una máquina de café y dos sofás. La guio hasta el sofá situado más lejos de la puerta, le quitó el teléfono de la mano y lo depositó encima de la mesa de centro. En un extremo del sofá había una manta; se la extendió sobre el cuerpo al mismo tiempo que ella levantaba los pies y apoyaba la cabeza en el cojín.

—No me dejes dormir mucho rato —pidió mientras Daniel regresaba hacia la puerta y apagaba las luces.

—Descuida —respondió él, y cerró la puerta tras de sí.

Nivi dejó vagar la mente hacia los icebergs del fiordo. Vio a Tinka corriendo por una playa de arena, persiguiendo las nubes de espuma que expulsaban las ballenas al emerger a la superficie allá a lo lejos, en las profundidades del fiordo. En el norte la vida era más simple y más dura. La ayuda, del tipo que fuera, quedaba más lejos. Los miembros de la familia tenían que cuidar unos de otros, y las rivalidades, por muy fuertes que fuesen, debían superarse, sobre todo ahora que se acercaba el invierno.

Se despertó cuando Bibi le susurró que había llegado la hora. Percibiendo un aroma a café recién hecho, se frotó los ojos, se incorporó y apartó la manta a un lado. Cogió el café de la mesa y mordió el pan y el queso que le había preparado Bibi.

—Pensaba que iba a despertarme Daniel.

—Me ha pedido que me encargara yo.

—¿Dónde está?

—En Katuaq, preparándose para el debate.

Nivi reprimió un comentario y dio lentamente otro sorbo al café. No recordaba cuándo había empezado Daniel a intentar arrebatarse el puesto, pero se dio cuenta de que no estaba sorprendida, sino solo furiosa de que para ello hubiera decidido servirse de Tinka.

—Está bien —dijo—. ¿Ha dejado algún mensaje?

—No —contestó Bibi negando con la cabeza. Nivi observó que se le tensaba un músculo en la mejilla, pero decidió no presionarla.

—Gracias por el café —le dijo, y se puso de pie—. Voy a refrescarme un poco, y luego podemos ir juntas a Katuaq.

—Sí, primera ministra —respondió Bibi.

Bibi se llevó el café y los restos del sándwich mientras Nivi usaba el cuarto de baño. Cuando Nivi volvió a salir, Bibi ya se había puesto una gabardina y tenía preparado el anorak de Nivi en un brazo y el teléfono móvil de la primera ministra en la mano.

—Voy a necesitar mis apuntes —dijo Nivi, y dio un paso en dirección a su despacho.

—Los tengo yo aquí. —Nivi se volvió para mostrarle el bolso que llevaba colgado del hombro.

—Has pensado en todo.

—Sí —respondió Bibi con una ancha sonrisa—. Solo pretendo ayudar.

—Y además, siendo domingo. *Qujanaq*.

Nivi se puso el anorak, se metió el teléfono en el bolsillo y se colgó el bolso del hombro. A continuación, Bibi la acompañó hasta la puerta y, bajo un fuerte aguacero, ambas echaron a correr por el aparcamiento en dirección a la puerta de acceso del Centro Cultural Katuaq. Entraron y se sacudieron el agua de la ropa, espabiladas por la bofetada de aire fresco que acababan de recibir. Bibi se hizo cargo del anorak de su jefa y dijo que

la esperaría detrás de las cámaras. Nivi, al dejarla, alcanzó a ver a Maratse sentando a una mesa en la cafetería de la entrada.

—Estamos preparados para atenderla, primera ministra —dijo una mujer del estudio de televisión.

—Deme un minuto —rogó Nivi, y se dirigió hacia donde estaba Maratse—. Agente —le dijo—, cuánto me alegro de verlo. —Maratse se levantó y le estrechó la mano—. ¿Está solo?

—Dentro está la sargento Jensen —informó él—, entre el público.

—Entiendo. ¿Usted no entra?

—No me gusta la política —replicó Maratse.

—Agente —le dijo Nivi acercándose—, quiero tenerlo a usted entre el público. Quiero que vigile a Malik Uutaaq.

—Malik no representa ningún peligro para usted. Y ya está aquí Gaba Alatak para encargarse de la seguridad.

—No le pago para que sea mi guardaespaldas, agente —repuso Nivi, y Maratse comprobó la irritación en su voz—. Simplemente quiero que observe a Uutaaq, como parte de su investigación.

—Uutaaq no me preocupa.

—Bueno —contestó Nivi al mismo tiempo que la reclamaba la ayudante del estudio—, pues quizá debería hacerlo.

Nivi se separó de Maratse y acompañó a la mujer del estudio hasta la sala de maquillaje que habían improvisado temporalmente en un rincón, detrás del escenario. Al sentarse oyó el murmullo que hacía el público acomodándose en sus asientos, y cerró los ojos. Los ligeros polvos que le aplicaron en la cara le hacían cosquillas, y en ello se concentró para calmar los nervios y buscar un espacio en su mente dentro del cual pudiera responder. Un lugar en el que tuviera un poco de control, al margen de las fuerzas que la presionaban desde el exterior.

La sensación de calma disminuyó cuando oyó que alguien tosía discretamente a su derecha. Abrió los ojos y vio a Daniel de pie junto a un alto agente de policía en el que reconoció al jefe de la Unidad de Fuerzas Especiales.

—Se te ha olvidado despertarme, Daniel —le reprochó.

—Me pareció que era mejor dejarte descansar lo máximo posible —replicó él.

—Estoy segura de ello. —Se volvió hacia Gaba—. Sargento Alatak, ¿qué puedo hacer por usted?

—Quisiera advertirla por adelantado, antes de que empiece el debate.

—¿Sobre qué?

—Disculpe —le dijo Daniel a la ayudante de maquillaje—, ¿nos permite un momento a solas?

La mujer asintió con la cabeza, dejó la brocha encima de la mesa y se apartó. Nivi reparó en que Daniel también llevaba una capa de polvos de maquillaje en la cara. Establecieron contacto visual; él dio un paso atrás y le hizo una seña a Gaba para que continuase.

—Ha habido novedades en la investigación —dijo Gaba—, y voy a pedirle a Malik Uutaaq que acuda a la comisaría para someterse a un interrogatorio.

—¿Va a detenerlo? —preguntó Nivi.

—Voy a interrogarlo —respondió Gaba.

—¿Existe alguna diferencia?

—Nivi —terció Daniel—, hay otra cosa más: anoche la policía encontró a Aarni Aviki. Se había suicidado, y llevaba un dictáfono en el bolsillo.

—¿Qué? —Nivi frunció el ceño. Todo estaba sucediendo demasiado deprisa.

—La grabación confirma que Malik Uutaaq estuvo con tu hija y que Aarni lo supo todo el tiempo. —Daniel hizo una pausa para intercambiar una mirada con Gaba, y después miró de nuevo a Nivi—. Tal vez, ahora coincidas conmigo en que lo mejor es que me encargue yo del debate. Quiero decir, está claro —dijo posándole una mano en el hombro— que estás conmocionada. Es comprensible. Cualquiera lo estaría.

—No —dijo Nivi—. Tengo que hacer esto. Por Tinka.

Intentó levantarse, pero Daniel incrementó ligeramente la presión en el hombro, lo justo para obligarla a sentarse de nuevo en la silla.

—Tinka es el motivo por el que no deberías hacer esto. La policía quiere interrogar a Malik Uutaaq en relación con su asesinato...

—Yo no he dicho tal cosa —protestó Gaba.

—Ya lo sé —repuso Daniel, y soltó el hombro de Nivi—. Pero, aun así, es probable que él haya estado involucrado de algún modo.

—Tampoco he dicho eso.

—Discúlpeme, sargento Alatak —dijo Daniel—. ¿Nos permite un instante a la primera ministra y a mí? —Esperó hasta que Gaba se hubo retirado hacia una zona en penumbra que había junto a la entrada del escenario—. Piénsalo, Nivi. Esto es un acontecimiento importante, podría decidir el resultado de las elecciones. ¿En serio vas a ser capaz de mirar a Malik Uutaaq a la cara sin ver el rostro del asesino de Tinka?

—Pues... —Nivi empezó a decir algo, pero Daniel la interrumpió endureciendo el tono de voz.

—Piénsalo detenidamente. Ese hombre se acostó con tu hija...

—Daniel, basta —dijo Nivi, y levantó una mano para alejar su rostro del de él, que ya estaba casi pegado al suyo.

—La subió a un barco y puso rumbo hacia el norte...

—Daniel...

—Hasta Inussuk, para poder matarla justo enfrente de la casa que fue el hogar de tu infancia.

—Tú eso no lo sabes —dijo Nivi con voz temblorosa y las lágrimas corriéndole por el maquillaje de la cara. Cuando se las estaba secando, llegó otra vez Gaba—. Estoy bien —le dijo. Puso una mano en el pecho de Daniel y lo apartó.

—Ya hago yo el debate —declaró Daniel zafándose de Gaba—. Tú necesitas descansar, Nivi.

Nivi vio ante sí una vía de escape. Daniel podía actuar en su lugar, y ella no tendría necesidad de ser fuerte por Groenlandia, ni siquiera por Tinka. Nadie se lo echaría en cara. Había enterrado a su hija hacía apenas unas horas. Era algo perfectamente normal. Comprensible. Podía marcharse, y estuvo a punto de hacerlo.

«¿Hasta dónde estarías dispuesta a llegar, mamá?».

Nivi, temblorosa, levantó la vista, convencida de que lo que acababa de oír era la voz de Tinka. Pero, por supuesto, no podía ser. Sin embargo, la pregunta seguía siendo válida.

—¿Qué hasta dónde llegaría? —susurró. Vio la expresión de incredulidad que ponía Daniel y repitió la pregunta modificándola muy ligeramente—: ¿Hasta dónde quieres que llegue?

—No lo entiendo —dijo Daniel.

—¿No? —Nivi estuvo a punto de soltar una carcajada. Se limpió las mejillas con el dorso de la mano y le hizo una seña a la maquilladora para

que se acercase—. Es posible que Malik Uutaaq sea un monstruo —dijo—, pero es inocente hasta que se demuestre lo contrario. En este momento, de lo único de lo que es culpable es de causar una división entre los habitantes de este país. Yo puedo impedirselo. Por mi hija y por todos los jóvenes, todos los padres y las madres como ella que consideran Groenlandia su hogar. —Nivi respiró hondo y miró largamente a su ayudante—. En una cosa tienes razón, Daniel: en que estoy conmocionada. Pero el país también lo está, y ha llegado el momento de hacer algo al respecto.

Se sentó y cerró los ojos mientras la maquilladora le aplicaba una nueva capa de polvos en las mejillas. Cuando volvió a abrirlos, Daniel había desaparecido. Oyó el murmullo del público que indicaba que acababa de llegar Malik Uutaaq.

—Estoy preparada —declaró.

Desde su mesa de la cafetería, Maratse disfrutaba de una buena panorámica de los invitados que iban llegando. Pudo ver a Malik Uutaaq y a su esposa cruzando la entrada principal. Naala señaló hacia él, pero Malik la tomó del brazo y se la llevó al interior del auditorio. Habían transcurrido menos de diez minutos cuando oyó unas voces procedentes del estudio, seguidas por un estruendo de maderas rotas y por el estrépito de algo que podía ser una cámara al caer al suelo.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Petra, que salió corriendo del auditorio.

—Ha sido Uutaaq —explicó—. Está huyendo.

Petra agarró a Maratse por el brazo y tiró de él en dirección al guardarropa y a los aseos que había al fondo del edificio, después de franquear el auditorio principal. A Maratse se le escapó un quejido de dolor, pero le fue cogiendo el tranquilo y empezó a caminar más deprisa. Por la salida de emergencias se colaba el olor a lluvia que flotaba en el aire cada vez que se abría y se cerraba la puerta, la cual daba a una pequeña rampa de hormigón que se fundía con la grava y las piedras de las superficies no urbanizadas de Nuuk. Petra hizo un alto y se protegió los ojos de la lluvia con una mano a modo de visera, mientras buscaba señales de la persecución.

—Ha salido por aquí —aseguró.

—¿Qué ha ocurrido? —Maratse fue frenando hasta detenerse junto a ella. Notó las piernas agarrotadas durante un momento, luego volvió el dolor. Se mordió la lengua e hizo un gran esfuerzo por controlar la respiración.

—Malik estaba subiendo al podio cuando de repente apareció en el escenario Daniel Tukku con cara de estar muy cabreado —explicó Petra. Calló un momento al ver que Maratse intentaba reprimir el dolor, pero él le hizo un gesto con la mano para instarla a continuar—. Desde donde yo estaba sentada, vi que Daniel le estrechaba la mano a Malik y luego se inclinaba hacia él para decirle algo al oído. Después de eso, Malik se replegó, se soltó de la mano de Daniel y echó a correr hacia la salida.

—¿Y Daniel?

—Hizo cuanto pudo para parecer desconcertado, pero estoy segura de que lo vi disimular una sonrisita con la mano. Miki, un miembro del equipo de Gaba, salió del fondo del auditorio y se abrió paso por entre la gente, y el propio Gaba ya le iba pisando los talones a Malik desde que salió huyendo. —Petra se acercó un poco más a Maratse, bajó la cabeza para mirarlo a los ojos y dejó escapar un suspiro cuando lo vio sonreír—. ¿Qué tal si cogemos un coche?

—Eso sería fenomenal —contestó él.

Petra regresó corriendo al interior del edificio mientras Maratse atravesaba el terreno sin asfaltar que había hasta la calzada. Parpadeó al ver el destello de unas luces azules. Petra frenó el Toyota junto al bordillo. Maratse rodeó el capó del automóvil y se metió dentro. Petra aceleró en dirección al centro de la ciudad mientras Maratse se abrochaba el cinturón. La radio empotrada en mitad del salpicadero iba actualizando informaciones y ofreciendo avistamientos positivos. De pronto irrumpió la voz de Gaba en medio de las distorsiones fruto de la electricidad estática, dando indicaciones. Malik acababa de meterse en el hotel Hans Egede.

Petra conectó la sirena y pisó el acelerador a fondo. Maratse la miró y resistió la tentación de sonreír al ver su concentración, que se hacía patente en la manera en que apretaba los labios y hacía caso omiso de los mechones de pelo mojado que se le adherían a la frente y a las mejillas.

Petra viró bruscamente hacia la derecha para enfilarse por la calle que atravesaba el centro de Nuuk. Frenó delante de la entrada principal del hotel y bajó la ventanilla.

—¡Dé la vuelta, vaya a la parte de atrás! —voceó Miki desde los escalones. Maratse se fijó en que tenía una mano apoyada en la culata de la pistola.

Petra asintió con la cabeza y metió la primera, pero tuvo que frenar de nuevo porque un segundo coche patrulla apareció de repente por entre la fila de taxis aparcados a lo largo de la acera. Lanzó una palabrota y luego fue detrás del coche patrulla, que estaba tomando la rampa que pasaba por debajo del primer piso del hotel.

Maratse le dio un suave apretón en el brazo.

—Despacio —le dijo.

—Está bien.

Petra redujo la velocidad del Toyota casi a cero al pasar junto a Gaba. Este los saludó con la mano, y ellos oyeron su voz por la radio comunicando a todos los participantes en la búsqueda que se disponía a entrar en el hotel.

—Es posible que haya vuelto sobre sus pasos —sugirió—. Pongan un coche al final de la calle, cerca del gimnasio.

—Eso va por nosotros —dijo Petra. Acto seguido, cogió la radio y le dijo a todo el mundo que se dirigía a ocupar dicha posición.

Aceleró a toda velocidad calle arriba mientras el otro coche patrulla daba media vuelta y regresaba otra vez al hotel. Se metió en el aparcamiento de grava del gimnasio de múltiples disciplinas y dejó el Toyota orientado hacia el hotel. Luego desconectó las luces de emergencia y respiró hondo. Unos segundos más tarde, apagó el motor.

Maratse levantó la vista hacia el techo, sobre el que repiqueteaba la lluvia.

—¿Por qué ha huido? —se extrañó Petra—. ¿Adónde pensaba ir?

—Esas son dos preguntas —repuso Maratse.

—Está bien, elige una.

—Ha huido porque Daniel le ha dicho que lo hiciera.

—¿Porque Gaba estaba presente para cazarlo?

— *Iiji* .

—¿Y adónde? ¿Adónde iría? A menos que se fuera hacia los muelles, no hay forma de salir de Nuuk. Aunque también podría escalar las montañas.

Maratse suspiró al imaginar aquello. El dolor de las piernas se había vuelto tolerable cuando caminaba, pero el movimiento irregular, tal como correr, hacía que el sufrimiento de sus nervios se multiplicase.

—¿Así que huye porque es culpable? —dijo Petra observando la oscuridad de la calle.

—¿De qué?

—De haberse acostado con Tinka Winther.

—Tinka tenía diecisiete años. No es un delito.

—Si la forzó, sí.

—No sabemos que hiciera tal cosa. Lo único que relaciona a Malik con Tinka es el anorak de su hija.

—Con eso, ya tenemos suficiente para empezar. —Petra se volvió hacia él unos instantes. Las luces de la radio se reflejaban en sus ojos—. Creía

que estabas de mi parte.

—No te entiendo.

—Ese hombre, todo lo que él representa, está metiendo una cuña que divide a los habitantes de este país, incluso me separa a mí de mis amigos y, ahora, de ti.

—Yo sigo siendo amigo tuyo, Piitalaat.

—En cambio, estás de su parte.

—No —replicó Maratse—. Es que no creo que él matase a Tinka.

De pronto, irrumpió la voz de Gaba en los altavoces de la radio, un poco sin aliento pero triunfante. Malik ya se encontraba bajo custodia y camino de la comisaría.

—Pues ya está —dijo Petra, y arrancó el coche—. Pronto lo vamos a averiguar.

—¿Va a encargarse Gaba del interrogatorio? —preguntó Maratse.

—En principio, sí.

—Pues entonces, déjame en la oficina de Nivi.

—Muy bien —aceptó Petra.

Salió a la calzada y condujo sin prisas. Dejó atrás el hotel, cruzó la calle principal, pasó por delante de la comisaría de policía y rodeó por la parte de atrás el edificio del gobierno. Finalmente aparcó y apagó el motor.

—¿Me acompañas? —le preguntó Maratse al mismo tiempo que se desabrochaba el cinturón y abría la portezuela.

—Sí —respondió ella—. Ha sido una noche larga, junto con otro día muy largo. Resultará agradable comunicarle a la primera ministra que tenemos a Malik bajo custodia. Tal vez incluso la ayude a relajarse.

Maratse fue detrás de ella hasta la entrada principal. Llamaron al timbre y le hicieron señas a un empleado de la limpieza que estaba pasando la mopa por el suelo. Les abrió la puerta y les dijo que era la única persona que había en todo el edificio.

—Pero están encendidas las luces de la segunda planta —replicó Petra—. ¿Le importa que subamos a echar un vistazo? —El empleado negó con la cabeza, y Petra y Maratse se encaminaron hacia el ascensor—. Es domingo —razonó al mismo tiempo que se cerraban las puertas.

Salieron en la segunda planta y se dirigieron al despacho de Nivi. Percibieron movimiento en el despacho de al lado, y Maratse reconoció a

la secretaria de Nivi. La joven se dio de bruces con ellos justo cuando salía al pasillo.

—Disculpen —dijo. Entonces se fijó en sus chaquetones de color negro y se llevó una mano a la boca—. ¿Ha ocurrido algo?

—Simplemente venimos a ver a la primera ministra —dijo Petra—. ¿Está aquí?

Bibi hizo un gesto negativo con la cabeza y miró a Maratse.

—Después de la conmoción del auditorio, vinimos aquí. Ella se tumbó un rato en el sofá y, al poco tiempo, llegó Daniel.

—¿Y adónde se fue luego?

—Daniel la llevó a casa.

—Bien —dijo Petra mientras Maratse se sacaba el móvil del bolsillo. Miró la pantalla durante unos segundos, abrió la lista de contactos y movió el cursor para llegar al nombre de Nivi, y por último se acercó el teléfono al oído. Esperó unos segundos. Nivi no contestaba—. Voy a probar yo con Daniel.

Maratse asintió con un gesto y, mientras Petra marcaba el número, se llevó a Bibi a un lado.

—¿Cómo estaba la primera ministra cuando llegó Daniel?

—Furiosa. Piensa que Daniel le dijo algo a Malik Uutaq.

—¿Y qué contestó él a eso?

—Que el debate había terminado, que la policía estaba hablando con Malik y que ya no había nada más que ellos pudieran hacer por hoy. También dijo algo de prepararse para los medios el lunes.

—Mañana.

—Sí.

Petra se guardó el teléfono en el bolsillo y negó con la cabeza.

—Tampoco contesta.

—Bibi —le dijo Maratse a la secretaria—, ¿dónde vive Daniel?

—En Qinngorput. En uno de los apartamentos nuevos.

—¿En qué bloque? —preguntó Petra.

—En el número cinco.

Petra le hizo una seña a Maratse y ambos echaron a andar hacia los ascensores.

—¿Va todo bien? —voceó Bibi a sus espaldas.

— *Iiji* —respondió Maratse—. Váyase a casa. Ha sido un día muy largo. —Se despidió con la mano cuando ya entraban en el ascensor.

—¿Por qué el apartamento de Daniel? —le preguntó Petra al mismo tiempo que salían del edificio y se metían en el coche—. ¿No deberíamos ir a casa de Nivi? Allí es donde Bibi ha dicho que la ha llevado Daniel. — Arrancó el coche y se dirigió hacia la nueva zona de Nuuk llamada Qinngorput.

Maratse estiró las piernas y luego echó un vistazo al reloj del salpicadero.

—Más deprisa, Piitalaat.

Petra conectó las luces de emergencia y la sirena. Se abrochó el cinturón de seguridad con una sola mano.

—¿Pido refuerzos? —preguntó cogiendo la radio.

— *Iiji* —respondió Maratse. Enganchó el brazo en el tirador de la puerta mientras Petra llamaba pidiendo ayuda y pisaba el acelerador. Manióbró con el Toyota por entre los semáforos del centro, frenó para dejar pasar a un autobús que apareció de repente y, después, se lanzó cuesta arriba. Maratse probó a llamar por segunda vez a Nivi y, al ver que no contestaba, volvió a guardarse el teléfono.

—Podría no ser nada —dijo Petra al mismo tiempo que frenaba al entrar en una rotonda y aceleraba de nuevo cuando salía de ella. La lluvia repiqueteaba sobre el techo del coche y salpicaba del capó al parabrisas. Puso los limpiaparabrisas a la máxima velocidad y se concentró en la carretera, que descendía tras dejar atrás el desvío del aeropuerto.

Cuando iba subiendo la colina a toda prisa, las torres de apartamentos de Qinngorput se hicieron visibles al otro lado de las negras aguas del fiordo. Miró en el espejo retrovisor y vio varios destellos de luces azules.

—Tal vez —respondió Maratse.

—Pero tú crees que no.

—Yo creo que Daniel se ha esforzado demasiado en asegurarse de que todo apuntara a Malik Uutaaq.

—Si estás en lo cierto, ya no tiene necesidad de hacer nada más.

—Si estoy en lo cierto —replicó Maratse volviéndose hacia ella—, no ha hecho más que empezar.

—No estoy muy segura de seguirte...

Petra dejó la frase sin terminar, porque en aquel momento un automóvil estadounidense de importación, de color negro, chocó contra el lateral del Toyota, lo empujó fuera de la calzada y lo empotró contra una pared de granito con la que la carretera había sido cortada. Petra soltó una exclamación ahogada cuando el morro del Toyota se arrugó entero y las ruedas traseras se elevaron del suelo a causa del impacto. El motor se caló, y la parte trasera del coche rebotó y volvió a caer al suelo mientras el automóvil negro se perdía de vista colina abajo en la noche.

—Piitalaat... —dijo Maratse intentando desabrochar el cinturón de seguridad que lo sujetaba al asiento del pasajero. Alargó el brazo para tocar a Petra, que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y estaba sangrando por la nariz. Le llegó el aullido de la sirena del coche patrulla al que habían llamado al solicitar refuerzos, y que acababa de coronar la cima de la colina. El Toyota frenó a su lado derrapando en la grava. El agente que iba en el asiento del copiloto se apeó de un salto y echó a correr hacia ellos mientras el conductor daba marcha atrás y plantaba el coche en mitad de la calzada con las luces de emergencia encendidas. La sirena enmudeció cuando el agente abrió la puerta de Petra.

—¿Está herida?

—Estoy bien —respondió Petra hablando con dificultad—. ¿Lo han visto?

—¿A quién?

—Al coche que nos ha embestido —contestó Maratse—. Era grande y estadounidense. De color negro.

—No hemos visto cómo sucedía. Estaban ustedes justo al otro lado de la colina. —El agente se dirigió a su compañero, que había rodeado el coche destrozado para colocarse junto a Maratse—: ¿Tú has visto un coche de importación negro?

—Sí, nos adelantó justo cuando estábamos subiendo la colina.

—¿Alcanzó a ver al conductor? —le preguntó Petra.

—Con claridad, no. Pero era un hombre.

—¿Llevaba algún pasajero? —le preguntó Maratse mientras el policía lo liberaba del cinturón de seguridad que lo sujetaba al asiento.

—Sí. Era una mujer, me parece. Estaba oscuro —añadió, y ayudó a Maratse a salir del coche.

—Llame por radio y facilite la descripción del vehículo —pidió Petra mientras el agente la sacaba del Toyota y la acompañaba hasta la pared de roca que flanqueaba la carretera—. Y también —agregó mientras el policía la instaba a que se sentase— tenemos que encontrar a Daniel Tukku y a Nivi Winther.

—¿La primera ministra?

—Sí, la primera ministra —confirmó Petra.

El policía se apartó de ella e hizo la llamada por radio. Ella cerró los ojos cuando oyó que la radio respondía que su solicitud había sido recibida y enviada.

—Necesito quedarme de pie —dijo Maratse al policía que lo estaba llevando hacia el lugar donde se había sentado Petra.

—Claro, como prefiera. La ambulancia llegará de un momento a otro.

Petra le tendió una mano, y él la agarró. Luego echó la cabeza hacia atrás y lo miró.

—¿Qué me estabas diciendo? Era no sé qué de que Daniel no había hecho más que empezar.

—¿Daniel?

—Sí.

—Es la única persona que puede obtener algún beneficio de todo esto.

—¿A qué te refieres?

—Si Malik queda como un hipócrita a los ojos de todo el mundo, por su aventura con Tinka Winther...

—Seqinnersoq pierde el voto popular.

—No puede arriesgarse a que Tinka diga que no era Malik con quien salía, de modo que la mata e incrimina a Malik vistiendo a Tinka con ese anorak...

—Que pertenece a la hija de Malik. —Maratse le dio un leve apretón en la mano. Luego la soltó y, con una mueca de dolor, tomó asiento.

—¿No estabas mejor de pie?

—Pero es que me estoy mareando —repuso Maratse, y se sentó al lado de ella.

—Todo ha cambiado con la grabación del suicidio de Aviki. Ha sido muy oportuna. —Petra se volvió hacia Maratse—. Tú no piensas que se haya suicidado, ¿verdad?

— *Eeqqi* —contestó Maratse negando con la cabeza.

—Tú crees que Daniel lo obligó a trazar el vínculo que necesitaba entre Malik y Tinka.

Maratse asintió.

—Y fue un error. No lo pensó bien, aunque lo disfrutara. Tal vez incluso más que lo que le hizo a Tinka. Se ha perdido del todo.

—Si es que la mató él. No lo sabemos con seguridad. No hay pruebas.

—Y por eso necesitamos dar con él. Puede que haya desacreditado a Malik, pero Nivi podría seguir gobernando el país.

—Y Daniel, si pretende hacerse con el poder, necesita quitarla de en medio.

— *Iji* .

Petra se limpió un grumo de sangre de la nariz y después se la apretó con la mano, para intentar frenar la hemorragia. Lanzó un juramento y metió la mano en el bolsillo en busca de los pañuelos de papel. La lluvia iba empapando el paquete mientras ella se afanaba en extraer un pañuelo; por fin sacó uno y, algo mojado, lo presionó contra la nariz.

—Esto no tiene solución —se lamentó.

En aquel momento se oyó la sirena de una ambulancia subiendo la cuesta, que se detuvo junto a los dos coches patrulla. Los técnicos sanitarios acudieron a evaluar las lesiones de Petra y, un momento después, examinaron a Maratse. Petra llamó a los policías.

—Necesito que uno de ustedes llame al comisario. Pídanle que se reúna con nosotros en el hospital.

—¿Es necesario? Es domingo por la noche, sargento.

—¿No ha oído lo que he dicho sobre la primera ministra?

—Sí...

Petra lo atravesó con la mirada mientras los sanitarios la ayudaban a tumbarse en una camilla.

El otro asintió con la cabeza y cogió su radio.

Justo cuando Daniel se detenía por fin con el Dodge RAM negro, se extinguió con un suave chasquido la bombilla de sodio que iluminaba el barco pesquero que había amarrado en el extremo más alejado del muelle. Apagó el motor y se inclinó por encima del freno de mano para apretar el nudo de la cuerda con que había maniatado a Nivi Winther. Daniel le hizo un guiño. Ella seguía todos sus movimientos sin quitarle el ojo de encima.

Alargó la mano y tiró de una esquina de la cinta adhesiva que cubría su boca; seguía bien pegada. Luego, Daniel se reclinó en su asiento y empezó a tamborilear rítmicamente sobre el volante, aumentando el ritmo cuando vio a un tripulante del pesquero que descendía por la pasarela en dirección al muelle. El tripulante miró hacia el interior del coche, primero a Daniel y después a su pasajera. Daniel lo saludó con la mano y bajó el cristal de la ventanilla.

—¿Todo bien? —preguntó Daniel.

—Ya estamos listos para irnos —respondió el otro. Luego miró a Nivi y bajó el tono de voz—: ¿Esto se va a volver contra nosotros?

—No —contestó Daniel—, por supuesto que no.

—Yo no estoy tan seguro.

—Ya me encargo yo de eso —repuso Daniel—. Usted solo lléveme a Ilulissat.

El tripulante miró su reloj.

—El capitán dice que estaremos allí antes del amanecer, si partimos ahora.

—Entonces, zarpemos —dijo Daniel, y abrió la portezuela. Rodeó el capó del enorme coche estadounidense y, tras efectuar una reverencia teatral, abrió la puerta del pasajero—. Primera ministra —dijo, y acto seguido procedió a desabrocharle el cinturón de seguridad—, su crucero está a punto de partir. Si tuviera la amabilidad de...

Cuando estaba tirando de ella para sacarla del coche, de improviso Nivi le propinó una patada en la rodilla que lo hizo encogerse sobre sí mismo.

Nivi intentó propinarle otra en el cuerpo, pero le resbaló la pierna y perdió el equilibrio. Mientras Daniel se recobraba del golpe, el teléfono de Nivi cayó rodando por el suelo; Daniel, con una mueca de dolor, la dejó a ella, fue a recoger el teléfono y lo arrojó al agua, donde produjo una salpicadura apenas audible. Después, agarró a Nivi por el brazo y la llevó a rastras por la pasarela del barco para obligarla a subir a cubierta.

—¡Eh! —exclamó el tripulante desde el muelle—, ¿y qué pasa con el coche?

—No es mío —respondió Daniel. Luego, abrió la puerta de la cabina del puente de mando, tiró de Nivi por la corta escalera y la empujó contra el banco. El chaquetón que llevaba puesto la primera ministra se enganchó en una esquina de la mesa, y él lo desenganchó. El capitán se dio la vuelta ante semejante revuelo y se puso tenso al ver a Nivi.

—¿Es quien creo que es? —dijo con una voz ronca como el lecho marino.

—Sí —respondió Daniel. Se sacudió el pantalón para limpiarse la tierra y miró al capitán—. ¿Qué? ¿Hay algún problema?

—Podría haberlo.

—Solo lo habrá si usted no se pone en marcha. Escuche —le dijo Daniel—, si quiere que nos bajemos de su barco antes de que se haga de día, le sugiero que arranque ya. —Se volvió al oír el ruido que estaba haciendo el tripulante al retirar la pasarela y subirla a bordo—. Él sí lo ha entendido.

—Usted no dijo en ningún momento que iba a tratarse de ella.

—Exacto, no lo dije. —Daniel señaló a Nivi con la mano—. Se lo pregunto otra vez: ¿tenemos algún problema?

—No.

—¿Y con el dinero?

—Ahora el dinero cobra sentido.

El capitán encendió las luces del pesquero y el tripulante levantó la vista hacia el puente de mando protegiéndose los ojos con la mano. El capitán abrió una ventana y le dio la orden de que soltase amarras.

Los motores de gasóleo hicieron vibrar toda la cubierta cuando el capitán recorrió un corto trecho marcha atrás antes de accionar la palanca de nuevo para meter la marcha hacia delante y separar el pesquero del muelle. Daniel pegó la cara al cristal cuando pasaron junto a otros dos

pesqueros más y una embarcación destinada a excursiones que estaba apurando los últimos días de la temporada para navegar por Groenlandia.

Daniel empezó a relajarse cuando el capitán dejó atrás Nuuk y aumentó la velocidad. Sabía que, si el tiempo no cambiaba drásticamente, cosa que en Groenlandia sucedía con mucha frecuencia, avanzarían por la costa a buen ritmo y que su propia lancha a motor no tendría problemas para navegar en dirección al norte de Ilulissat y rodear la península de Uummanaq. La primera ministra aún no lo sabía, pero Daniel se proponía llevarla a casa, a ver a su hija.

Se sentó al lado de Nivi mientras el capitán cambiaba la iluminación del interior a un resplandor rojizo.

El tripulante entró en la cabina.

—Ya está todo recogido —informó al capitán ignorando a los pasajeros.

—Bien. —El capitán indicó la cafetera—. Prepara café recién hecho y después vete abajo. Ya te llamaré cuando quiera que me releves.

—De acuerdo, jefe.

Mientras el tripulante preparaba el café, Daniel se acercó a Nivi para hablarle:

—Te convendría descansar un rato —le susurro al oído—. Ha sido un día muy ajetreado, y mañana tienes por delante otro día igual.

Luego Daniel se descalzó y estiró las piernas por debajo de la mesa para apoyar los pies en el banco de enfrente. El pesquero se elevó sobre la cresta de una suave ola cuando salieron de la entrada del fiordo. Daniel esperó a que el tripulante bajara a la bodega y luego cerró los ojos.

Nivi forcejeaba junto a Daniel, aunque este hacía todo lo posible por ignorarla. Le había dado todas las oportunidades para que se hiciera a un lado, para facilitarle las cosas, pero ella había optado por complicarse la vida. Jugó con aquella idea mientras repasaba cuanto había hecho durante la semana anterior. Todo estaba encajando poco a poco, tal como él había imaginado. Había planificado cada movimiento, cada detalle, desde el último día de clase del curso escolar, que terminaba en junio, antes de que estas se interrumpieran para dar paso a las largas vacaciones de verano. Casi sonrió al recordar la facilidad con que se había colado en el instituto, había recogido el anorak de invierno de Pipaluk Uutaaq y se lo había llevado bajo el brazo como si fuese un padre cualquiera.

El barco pesquero se elevó sobre la cresta de otra ola de escasa altura. Daniel abrió un ojo, vio al capitán mientras este se tomaba su café lentamente, con total naturalidad y, después, miró a Nivi, que estaba frenética y con los ojos muy abiertos.

—Duérmete —le dijo, y cerró los ojos.

Su jugada maestra, se dijo, había sido el suicidio de Aarni Aviki. Se le había hecho difícil esperar a que encontraran el cadáver de Tinka Winther para establecer la conexión entre la muerte de esta y Malik Uutaaq. Hubo un momento, recordó, en que le preocupó que no llegaran a encontrarla nunca. De modo que tuvo que poner bajo la luz de los focos a Aarni Aviki, y la solución perfecta consistía en escribir una nota de suicidio, tal vez la única solución.

Por supuesto, a Daniel Tukku no se le escapó lo irónico de la situación. Todo su trabajo, todo este esfuerzo, sus «maquinaciones», como a él le gustaba llamarlo, en última instancia no iban a servir de nada. Cualquier éxito que pudiera haber obtenido, cualquier poder que pudiera haber alcanzado, lo perdió en el momento en que secuestró a la primera ministra de Groenlandia. Experimentaba una pizca de arrepentimiento, pero este quedaba de sobra compensado por la sensación de un poder mucho más dulce que el liderazgo político: el poder sobre la vida misma.

Daniel abrió los ojos y miró a Nivi, y vio miedo en su semblante, en cómo le temblaban los músculos de la cara. De pronto, se sintió excitado sexualmente hasta por la pequeña franja de piel enrojecida que rodeaba los bordes de la cinta adhesiva de la boca. Quizá se tratara de una reacción alérgica. Bajó la mirada y observó sus manos, y de nuevo se excitó al ver la piel roja e irritada allí donde la cuerda le raspaba las muñecas. Por último, se fijó en sus ojos, y estuvo a punto de perder la cabeza a causa de la euforia que le recorrió todo el cuerpo cuando vio dibujados en ellos el pánico puro, el miedo patente, el terror de no saber cuál iba a ser su destino.

Entonces comprendió que no iba a poder dormir. Pero cerraría los ojos, porque así, en la oscuridad, podía recordar y reconstruir mentalmente la primera vez que exploró el verdadero poder, cuando ató y penetró a la hija de Nivi en la cabina de su barco, en la que flotaba el miedo. Cayó en la cuenta de que iba a hacerlo de nuevo, esta vez con la madre.

Estos pensamientos, repetidos una y otra vez, lo mantuvieron entretenido durante todo el trayecto en que estuvieron navegando por la costa desde Nuuk hasta Ilulissat, y tan solo se percató de que ya habían llegado a su destino cuando el capitán le tocó el brazo. Todo estaba sucediendo conforme al plan. Se encontraba a escasos minutos de satisfacer sus deseos, y Daniel tenía toda la intención de saborearlos a fondo.

Pero el arma que empuñaba el capitán lo dejó confuso y, de repente, se puso alerta.

—¿Qué es esto?

—Una pistola —contestó el capitán—. Descargada, naturalmente —se encogió de hombros—, pero solo quería que usted la viera.

—En Groenlandia es ilegal tener armas —dijo Daniel, y cogió la pistola cuando el capitán se la entregó.

—Sí, pero... —replicó el capitán señalando a Nivi—, en las presentes circunstancias...

Daniel enarcó las cejas y le devolvió la pistola.

—Es bonita.

—Es una póliza de seguros. —El capitán pasó un bolígrafo por el seguro del arma y la metió en una bolsa de plástico.

—Espere —le dijo Daniel. Miró primero al capitán y después clavó la vista en el afilado cuchillo que vio en la mano del tripulante, que en ese momento subía la escalera y entraba en la cabina del puente—. ¿Qué está haciendo?

—Todavía no nos ha pagado —dijo el capitán.

Señaló con el dedo pulgar a su espalda, hacia donde se encontraba el puerto deportivo de Ilulissat. El cielo aparecía teñido por una mezcla nebulosa de rosa y azul a expensas de un sol que luchaba por mantenerse en el límite del cenit a principios de invierno y que, ahora, muy bajo en el horizonte, iluminaba las montañas cubiertas de nieve, empezando a describir un lento círculo.

—El dinero lo tengo en mi lancha. Lléveme hasta ella y le pagaré. Tal como hemos acordado.

El capitán hizo una seña al tripulante y se dirigió hasta el otro extremo de la cabina para cubrir con su pesquero los últimos cien metros que lo separaban del puerto.

—¿Dónde está su lancha? —preguntó.

—Tiene que estar amarrada en el muelle. Pagué un dinero extra para que me la amarrasen cerca de un lugar en el que pudiera situarse usted. — Daniel se puso de pie y fue con el capitán, junto a los mandos—. Ahí está —dijo señalando una lancha motora de gran tamaño que lucía un rayo dibujado en el casco. Miró un momento la pistola metida en la bolsa de plástico, antes de que el capitán la guardara en un armario que tenía a su derecha.

—Si es necesario —dijo el capitán—, puedo decir que usted me obligó a hacer esto, empleando mi propia pistola.

—Una pistola que es ilegal —replicó Daniel.

—Teniendo en cuenta la magnitud de la situación —dijo el capitán volviéndose hacia él—, no creo que eso tenga mucha importancia.

—No le falta razón.

Una súbita punzada de pánico amenazó con echarlo todo a perder, pero Daniel no pensaba permitirlo. Miró a Nivi, su cabeza temblando, y de nuevo experimentó una fuerte oleada de deseo. La sensación amenazó con consumirlo, pero otra vez sintió en las tripas el miedo de que las cosas pudieran torcerse. Buscó el equilibrio, la concentración que necesitaba para ejecutar su plan con la mente clara. Y entonces, cuando el tripulante abrió la puerta de la cabina y empezó a colgar las defensas sujetas por largos cabos entre el pesquero y la lancha, comprendió que había llegado el momento.

El aire fresco despejó a Nivi, y el capitán puso el motor en punto muerto y dejó el barco al paio.

—Que sea rápido —dijo al mismo tiempo que escrutaba el muelle, buscando indicios de actividad. Solo vio cuervos y una luz solitaria en la oficina del jefe del puerto, parcialmente oculta por una pila de contenedores.

Daniel agarró a Nivi por el brazo, la obligó a ponerse de pie y la empujó para que bajase por la escalera. El tripulante había enganchado un largo arpón en la borda de la lancha de Daniel y había descolgado una escala de mano por el costado del pesquero.

Los zapatos que llevaba Nivi resbalaban en la helada cubierta del barco, y se habría caído si el tripulante no la hubiera sujetado rápidamente con su

mano libre. Con la misma rapidez la soltó de nuevo, como si la primera ministra fuese una enfermedad y él se hubiera contagiado.

Daniel lanzó sus propios zapatos, que resbalaron hasta el borde de la cubierta, y obligó a Nivi a bajar por la escala. Sintió cómo le temblaban los músculos del brazo al aferrar la cuerda que sujetaba las muñecas de ella y bajar a Nivi hasta su lancha. Cuando la soltó, ella se estrelló contra la cubierta de la embarcación, y quedó demasiado aturdida para huir. Acto seguido, descendió él por la escala, asió a Nivi por el pelo y tiró de ella para llevarla al camarote techado. Tras forcejear unos instantes con la cerradura de la puerta, empujó a Nivi al interior en cuanto consiguió abrirla.

—¡Eh! —voceó el tripulante—. ¡Se olvida de una cosa!

—Espere —replicó Daniel.

Se metió en el camarote y se arrodilló encima de Nivi al mismo tiempo que sacaba de un pañol una bolsa de viaje pequeña y la trasladaba a la cubierta. El tripulante se ayudó del arpón para recoger la bolsa de las manos de Daniel e izarla a bordo del pesquero.

Daniel aguardó dándose golpecitos en la pierna mientras el tripulante abría la cremallera de la bolsa, asentía en dirección a él y, luego, le hacía la señal del pulgar hacia arriba al capitán. Daniel apenas si había respondido con un gesto al tripulante, cuando el capitán metió marcha atrás en el motor del barco y comenzó a separarse del muelle.

Daniel entró de nuevo en el camarote y cogió un traje seco provisto de aislamiento y un par de gruesas botas de goma. Se vistió con todo ello, metió sus zapatos de ciudad en el camarote y cerró la puerta con llave. Acto seguido, se sentó en la silla del capitán, cebó el motor, lo arrancó y lo dejó en punto muerto mientras desanudaba los cabos y soltaba su lancha del muelle. Sonrió de oreja a oreja cuando la embarcación quedó meciéndose en la estela dejada por el pesquero.

El fiordo de Ilulissat tal vez hubiera dado fama a aquel pueblo, sobre todo de resultas del febril interés por el calentamiento global, pero Daniel estaba a punto de situar aquella población en un mapa muy distinto, como punto de partida de un acto de crueldad sumamente malvado y profundamente satisfactorio. Lo único que lamentaba era ignorar qué iba a hacer después, una vez que hubiera terminado con Nivi Winther. La

excitación que sentía, junto con el torrente de adrenalina que inundaba su cuerpo, lo convencieron de que en realidad le importaba un comino.

Metió la marcha en el motor y orientó la proa de la lancha hacia la salida del puerto, mar adentro. El resplandor rosado del sol estaba fundiéndose con el azul del cielo por encima de los gigantescos témpanos de hielo del fiordo, pero él iba demasiado concentrado en pensar en lo que tenía escondido en el camarote de su lancha como para preocuparse por el inicio de un hermoso día ártico en Groenlandia. Todavía faltaba un mes o dos para la llegada del oscuro y largo invierno, si bien en opinión de algunas personas dicha oscuridad ya se había abierto paso y el mundo se había vuelto negro como la muerte.

Maratse tuvo que admitir que el comisario había hecho una entrada impresionante cuando lo vio llegar a la sala de urgencias del hospital Dronning Ingrid, caminando a grandes zancadas y flanqueado por Gaba y Miki, ambos vistiendo el uniforme completo de la Unidad de Fuerzas Especiales. Después de dirigir una mirada somera a Maratse y a Petra, Lars Andersen pidió al personal del hospital que los dejaran solos, y apuntó a Gaba.

—¿Cuál es la situación respecto de Malik Uutaaq? —le preguntó.

—Está confuso y confesando —respondió Gaba—, pero no ha sufrido daños.

—¿Confesando el qué?

—El haberse acostado con la hija de la primera ministra.

—¿Ha hecho algún comentario acerca del anorak que llevaba puesto Tinka Winther?

—Ninguno. Desconoce cómo llegó a tenerlo ella.

—Está bien —dijo el comisario tamborileando con los dedos en la pierna. Se volvió hacia la puerta y le hizo una seña a Miki para indicarle que fuera allí a montar guardia—. Segundo —dijo señalando a Petra—. ¿Estado?

—¿Respecto de la primera ministra? —preguntó ella.

—Respecto de usted, sargento —replicó el comisario. Luego indicó a Maratse con la cabeza y agregó—: Y de nuestro agente especial, aquí presente.

—Estamos fenomenal.

—¿Listos para irse?

—Sí —aseguró Petra. Miró a Maratse, y este asintió.

El comisario le indicó con una seña a Gaba que se acercase y bajó el tono de voz:

—Esto es lo que ha ocurrido desde que llegaron Jensen y Maratse en la ambulancia. Gaba, corríjame si se me olvida algo.

—Sí, señor.

El comisario tomó aire y empezó:

—Desde el debate y el apresamiento de Malik Uutaaq, estamos convencidos de que Daniel Tukku ha secuestrado a la primera ministra. El motivo se desconoce por el momento, lo mismo que su paradero y el de la primera ministra. Sin embargo, creemos que deben de hallarse juntos. Abrigamos la fuerte sospecha de que se encuentran en el mar, muy probablemente a bordo de un barco de pesca. ¿Qué tal voy, Gaba?

—Perfecto, señor —contestó el aludido, mientras ajustaba el fusil Heckler & Koch MP 5 que llevaba colgado sobre el pecho—. Puedo agregar que en el embarcadero que hay al final del muelle han encontrado un Dodge RAM de color negro que pertenecía a Malik Uutaaq. La esposa de Malik, Naala Uutaaq, ha confirmado que se lo robaron en el aparcamiento del Centro Cultural Katuaq, durante el debate. La portezuela del lado del conductor muestra señales de un impacto que encaja con la descripción de la colisión en la que se vieron involucrados Petra y Maratse. Aún no se ha identificado a los ocupantes del coche, pero creo que todos estaremos de acuerdo en que existen muchas posibilidades de que fueran Tukku y la primera ministra.

Maratse ansiaba fumarse un cigarrillo, pero apartó la idea de su mente y reflexionó sobre lo que sabían que era cierto, lo que suponían que iba a ocurrir. Comprendió que todo dependía de dónde estuvieran Tukku y la primera ministra. Una sospecha empezó a abrirse paso en su cerebro, una que resultaba lógica si, como él creía, Daniel Tukku había dejado de pensar en la política para centrar su interés en algo más perverso. Petra le dirigió una mirada interrogante, pero él no dijo nada.

—Hasta que podamos confirmar su ubicación, tenemos dos opciones —dijo el comisario—, y ninguna de ellas me gusta.

—Adelante, señor —dijo Gaba.

—La primera —añadió el comisario— consiste en esperar. Podemos poner tanta vigilancia como nos sea posible en los muelles y en los aeropuertos, pero no es necesario que les diga a ninguno de ustedes que eso llevará tiempo y nos dejará sin recursos. Si Nivi Winther se halla todavía en Nuuk, podemos efectuar un registro casa por casa, cosa que estoy dispuesto a hacer ya, pero en cuanto se extienda la noticia de que estamos buscando a la primera ministra, corremos el riesgo de empujar a

Daniel a que cometa alguna estupidez. La cosa podría ponerse fea. Tal vez lo más inteligente sea esperar, con la esperanza de que esto se resuelva en una situación con rehenes, pero no parece precisamente proactivo.

—¿Y cuál es la segunda opción, señor? —preguntó Petra.

—Subir un pequeño equipo a bordo del King Air, listo para despegar, interceptar a Daniel y traer a la primera ministra de vuelta sana y salva.

—Mi equipo está preparado, señor.

—Ya lo sé, Gaba —repuso el comisario—. Pero es que no sabemos adónde enviarlo. A no ser que alguien tenga alguna idea.

—Me parece que Maratse tiene una —apuntó Petra—. Él es la persona que se ha visto menos distraída por los sucesos recientes que han rodeado a Malik Utaaq. Pienso que quizás él pueda indicarnos la dirección correcta.

Maratse miró a Petra por espacio de unos instantes, mientras ella formaba con los labios la palabra «perdón» y luego se volvió hacia el comisario.

—Inussuk —le dijo—. Daniel la lleva de nuevo a la escena del crimen.

—¿Qué crimen?

—El asesinato de Tinka Winther —contestó Maratse.

El comisario se puso otra vez a tamborilear con los dedos mientras procesaba la corazonada que había tenido Maratse. Se volvió hacia Gaba y le preguntó:

—¿Qué opina usted?

—¿Si han zarpado en un barco por la noche? —Se encogió de hombros—. La lluvia no los va a detener, y en el norte el tiempo de momento es bueno. Podrían llegar hasta Ilulissat, y mañana incluso más lejos, si se lo permitimos.

—¿Si se lo permitimos? —repuso el comisario—. Explíquese.

—Detener a un barco pesquero por la noche, en el mar, será peligroso. Es mejor detenerlos en tierra firme, o en un entorno más controlado.

—¿Como cuál?

—Si Maratse está en lo cierto —dijo Gaba—, es posible que la intención de Tukku sea cometer un acto drástico en un lugar que resulte importante para él. Si, en efecto, mató a esa chica, es probable que Inussuk y el fiordo de Uummannaq sean el lugar adonde se dirija. Con buen tiempo, buena

mar y suficiente combustible, es fácil que llegue allí mañana al final del día.

—Entonces —resumió el comisario—, está diciendo que Tukku podría llegar a Inussuk el lunes a última hora de la tarde.

—A media tarde como muy pronto —respondió Gaba.

El comisario se acercó a la cama en la que estaba sentada Petra y le indicó con un gesto que le hiciera un poco de sitio. Ella así lo hizo, él se sentó y miró a Maratse.

—¿De modo que usted piensa que Tukku pretende llevarla a Inussuk?

— *Iiji* —respondió Maratse. Reflexionó unos segundos y asintió con la cabeza.

—¿Gaba? ¿Puede controlar ese entorno?

—Si llegamos allí con tiempo, echamos unas cuantas lanchas al agua...

—Se encogió de hombros—. Nuestra mayor ventaja será el factor sorpresa. Pero sí, señor, en caso de que ese tipo pretenda hacerle algo a la primera ministra, podría llevarlo a cabo en cualquier momento. En el peor de los supuestos, podría ser que ni siquiera encontráramos su cadáver.

El comisario se volvió de nuevo hacia Maratse sopesando lo que sabía de su pasado y preguntándose cuan certera sería su intuición. Maratse le devolvió la mirada y apoyó las manos en las rodillas. El comisario le contestó con una media sonrisa y luego se volvió hacia la puerta.

—Miki —dijo—, venga aquí un momento.

Miki se colocó bien el MP 5 y dio un paso al frente para situarse junto a Gaba. Sus fuertes pisadas rechinaron contra el suelo de linóleo.

—Señor —dijo, y esperó a que el comisario hablase.

—El plan es el siguiente —empezó el comisario—: Gaba, divida su equipo en dos. Una mitad me la quedaré yo en Nuuk, dispuesta a ayudar en el registro casa por casa. —Gaba asintió con la cabeza, y el comisario prosiguió—: Ustedes cuatro irán en avión a Qaarsut. —Levantó la cabeza al ver que Gaba intentaba protestar—. Voy a reincorporar al agente Maratse al servicio para esta operación concreta. —Miró a Maratse y añadió—: Me ocuparé del papeleo en cuanto hayamos terminado con esto, siempre, claro está, que esté usted dispuesto a formar parte del equipo.

Maratse asintió con la cabeza.

—Bien —dijo el comisario. Se desabrochó el cinturón táctico y se lo entregó a Maratse—. Puede llevarse mi arma.

—Señor —intervino Gaba.

—Usted tiene el mando de la operación, Gaba. Por eso no se preocupe. Pero coordínese con la policía de Uummannaq y compruebe si cuentan con una embarcación disponible. Que vayan a recogerlos al aeropuerto de Qaarsut. Ordenaré al hospital que envíe a dos técnicos sanitarios a bordo del vuelo, de modo que en total sean seis. ¿Podrá apañarse con eso?

—Sí, señor —respondió Gaba. Se volvió hacia Miki y le dijo que trajese el coche a la puerta. Cuando se hubo marchado, se giró de nuevo hacia el comisario—. Considero que es un error incluir a Maratse en esta operación.

—Ya lo he decidido, Gaba.

—Sí, señor, pero... —replicó mirando un momento a Maratse—, todavía está recuperándose de lo que le sucedió. Necesito saber que puedo contar con todos los miembros de mi equipo.

—Vamos, Gaba —le dijo Petra.

—No pasa nada —intervino Maratse. Apretó los dientes y se bajó por un lado de la cama. Cogió el cinturón táctico del comisario y se lo abrochó a la cintura—. Gaba tiene razón: todavía me estoy recuperando, pero... —dijo sonriendo de oreja a oreja al mismo tiempo que acariciaba el cinturón — ya me siento completo otra vez.

—¿Y listo para salir? —le preguntó el comisario.

— *Iiji* —contestó Maratse. Señaló la puerta con un gesto y dijo—: Después de ti, Gaba.

Reprimió un gruñido en respuesta a la súbita punzada de dolor que sintió en las piernas e hizo un esfuerzo para caminar al paso del jefe de la Unidad de Fuerzas Especiales hasta el coche patrulla. Gaba se instaló en el asiento del copiloto y Petra y Maratse se sentaron detrás. Miki metió la primera y le hizo una seña a la ambulancia para que lo siguiese. Después encendió las luces de emergencia y la sirena, y aceleró para salir del hospital y abrirse paso por entre el tráfico en dirección al aeropuerto.

Gaba impartió una serie de instrucciones por radio a la parte de su equipo que se encontraba en Nuuk, con tan solo una o dos pausas para tomar nota de algún detalle.

Maratse señaló las numerosas luces azules que parpadeaban en la entrada de las zonas residenciales de Nuuk: la policía había empezado a registrar todas las casas. Se dio cuenta de que el Departamento de Policía iba a esforzarse hasta el límite. Las luces azules dejaron de verse cuando Miki tomó la carretera que llevaba al aeropuerto y aceleró al salir de la curva en el tramo final de la pista.

Petra señaló el Beechcraft King Air que aguardaba delante del hangar con las luces de navegación encendidas. Las puertas estaban abiertas, de modo que Miki fue directo hacia el avión, seguido de cerca por la ambulancia. El equipo sacó el material de los vehículos y, a continuación, subió a bordo. Cuatro minutos más tarde estaban en el aire rumbo al norte, dirigiéndose hacia Qaarsut, el aeródromo de grava situado en la península de Uummanaq, justo al sur del asentamiento de Inussuk.

Maratse, sentado al lado de Petra, echó una cabezada durante el vuelo, y tan solo se despertó unos instantes cuando Gaba le confirmó que poco tiempo antes habían visto en Ilulissat un barco pesquero procedente de Nuuk. Miró por la ventanilla y se percató de que había dormido más rato de lo que creía, porque el cielo brillaba con un resplandor polar rosado y azul.

Aterrizaron poco después. Simonsen fue a recogerlos al aeropuerto y los llevó al transbordador amarrado en el embarcadero, situado en un extremo de la playa de Qaarsut.

—Ha vuelto —le dijo Simonsen a Maratse al mismo tiempo que lo ayudaba a subir al barco—. Y portando un arma.

—Me han reincorporado al servicio —explicó Maratse—. Es algo temporal.

—¿Hay algún problema? —preguntó Gaba.

Simonsen guardó silencio y luego negó con la cabeza y se fue a buscar un asiento en la parte posterior del barco, al lado del piloto.

En cuanto todo el mundo estuvo a bordo, Miki soltó las amarras y se separaron del embarcadero. Gaba aguardó a que todos estuvieran sentados para empezar a impartir instrucciones.

—Esperamos un pesquero procedente de Ilulissat lo bastante grande como para poder afrontar una travesía así, de modo que no tienen que preocuparse por avistar nada que parezca un bote. Seguramente sea de

color blanco. Que nosotros sepamos, van dos personas a bordo, y sí: una de ellas es probablemente la primera ministra.

—Entonces ¿es cierto? —dijo Simonsen—. La ha secuestrado.

—Sí, eso es lo que creemos. —Gaba apoyó una mano en un asiento para conservar el equilibrio cuando el piloto aumentó la potencia para apartarse de un iceberg que iba flotando cerca de la costa—. No obstante, si obtenemos confirmación de un avistamiento en otra parte, el objetivo es regresar al aeropuerto lo más rápidamente posible. —Hizo una pausa para mirar a cada uno de los miembros del equipo; antes de apartar la mirada se detuvo unos instantes en Maratse.

—¿Y si vemos el barco? —preguntó uno de los técnicos sanitarios.

—Acortamos distancias lo más rápido posible —respondió Gaba, y se volvió hacia el piloto de la lancha. Este asintió con la cabeza, de modo que continuó—: Haremos señales al barco y lo abordaremos de forma tan eficiente como sea posible. Nos ocupamos Miki y yo, por si alguien tenía dudas. Del mando de este transbordador se hace cargo la sargento Jensen.

Petra se identificó haciendo un gesto con la mano. Le dio una palmadita a Maratse en la pierna y le susurró:

—Estoy al mando.

—En el transbordador —replicó él.

—Por supuesto, en cuanto se haya ido Gaba.

—¿Vas a arrojarlo por la borda?

—Puede ser —replicó ella con una amplia sonrisa.

—Sargento —terció Gaba—, cuando haya terminado. —Se volvió hacia Miki, le preguntó si se había olvidado de algo y luego consultó el reloj—. Con unas condiciones atmosféricas tan favorables como estas, podemos esperar ver aparecer el pesquero a partir de media tarde. De modo que tomemos un café y algo de comer, pero permaneciendo alertas.

Gaba fue hasta el centro del barco, avanzando por entre los asientos, y se detuvo al lado del piloto para explicarle lo que, en su opinión, sería un buen rumbo que llevar, siguiendo la desembocadura del fiordo hasta Inussuk y, luego, regresando por el mismo camino.

Petra se levantó para ir a por un café. Maratse fue caminando trabajosamente hasta la proa de la embarcación y salió al pasillo exterior. Se quedó a un lado y embutió las manos en los bolsillos del anorak. El peso de la pistola compacta USP en la cadera le resultaba familiar, al igual

que el sabor del cigarrillo que se encajó entre los dientes. En aquel momento, Petra abrió la puerta y salió también con un par de cafés. Ambos se lo tomaron escrutando la superficie del agua. Maratse terminó el cigarrillo y arrojó la colilla al mar.

—Comprendo por qué te gusta este sitio —comentó Petra—. Es precioso. Y tranquilo.

—Cuando esto se haya acabado, podrías venir a hacerme una visita —le dijo Maratse.

—Me gustaría.

Un iceberg más grande que un centro comercial les impedía ver la desembocadura del fiordo. Gaba le dijo al piloto que lo rodeara. El aire gélido del iceberg llegaba en densas oleadas, y los vigías apostados en el pasillo exterior y en el techo de la embarcación se estremecieron respirando el hielo. A Petra el pelo se le puso blanco en las puntas, y Maratse notó el familiar hormigueo en la nariz a medida que iba descendiendo la temperatura.

Desde la primera nevada que cayó en el funeral de Tinka Winther, el invierno había ido descendiendo por la montaña, desde las blancas cumbres de la cima hacia los muros de granito que se elevaban al lado mismo del asentamiento. La llegada del invierno podía medirse en metros y en grados, pero a pesar de su belleza y resplandor, esta vez el invierno sería oscuro, gélido y sombrío. Algunos podrían considerarlo implacable.

Petra fue la primera en descubrir el pesquero, que venía rodeando la punta de la península de Uummannaq, sin saber todavía que en aquel momento Nivi había saltado directamente a la oscura boca del invierno y estaba rogando por su vida.

***ATAASINNGORNEQ***  
**LUNES**

El oscuro interior del camarote era un foso de monstruos diabólicos, un útero del mal palpitante por fuera a causa del murmullo del agua que iba surcando el casco de la embarcación. Dentro flotaba un olor fétido que era una premonición de la muerte. Nivi oía las fuertes pisadas de las botas de Daniel moviéndose de un lado a otro y, entre medias, le parecía oírlo hablar consigo mismo y, en ocasiones, incluso gritar.

¿Dónde estaba el astuto asistente, el sagaz negociador, el fino calculador en la escena política de Groenlandia? ¿Dónde el profesional de treinta y tantos años, hambriento de poder? Su lugar lo ocupaba ahora aquel tipo perverso. Nivi lo sabía, pero no había visto venir aquella transformación, ni tampoco cómo esta iba haciéndose más fuerte y lo iba consumiendo. Era como si el diablo hubiera sacado a la luz el monstruo que llevaba dentro. Ambos mundos se habían conectado tendiendo cables de comunicación entre sí, suministrándose el uno al otro un flujo constante de impulsos y deseos demoniacos.

Nivi tiró un poco de la cinta adhesiva que le tapaba la boca. La piel de alrededor estaba hinchada y dolorida, una reacción alérgica al pegamento. Un pensamiento le trajo a la memoria una alergia similar de Tinka a los tubos de pegamento que se usaban en los colegios. Y si se remontara más atrás, hasta su propia infancia, podría notar esa irritación en la piel y esos sarpullidos cada vez que ayudaba a su padre a reparar un agujero en el bote.

La fibra de vidrio, esa era la culpable. Recordó cómo eran las fibras al tacto, parecidas a mechones de cabello rociados con una sustancia fijadora, flexible pero fuerte. Veía a su padre preparar la fórmula a la sombra que proyectaba el bote. Su rostro curtido por el sol, lleno de arrugas causadas por la intemperie, protegido por una lacia gorra de tela. Sus manos ásperas, sus dedos llenos de marcas dejadas por las sogas, el filo del cuchillo, los anzuelos. El olor de sus manos le causó un hormigueo en la nariz y le recordó la sangre de color oscuro que brillaba en aquellos pliegues, sangre de foca, densa como la del hígado, típica del pescado. A

la parte de su cerebro que permanecía desconectada de la situación actual, le divirtió poder hallar consuelo en el recuerdo de su padre. Le gustaría saber cuáles habían sido los últimos pensamientos de Tinka. ¿Se acordó de su padre, el hombre que supuestamente debía velar por su seguridad, protegerla?

Nivi pasó a centrarse en una preocupación más inmediata: la de respirar. Tiró de una esquina de la cinta adhesiva y cerró los ojos al sentir que la piel de alrededor de la boca empezaba a levantarse. Notó un sabor a sangre cuando la cinta se le despegó de los labios. Entonces se vio libre, y aspiró varias bocanadas de aire fétido de aquel camarote para llenar sus pulmones. Se tendió de espaldas, vio la sombra de las botas de Daniel a través del cristal ahumado y se quedó petrificada, con la mirada fija en la única parte del cuerpo de su captor que podía ver, aunque lo que más ocupaba su mente fuera su rostro demoniaco.

En aquel momento su rostro maléfico se hizo visible, porque Daniel se agachó para asomarse por la puerta de cristal. Observó a Nivi con los ojos entornados, calculando su estado, su nivel de conciencia. Y entonces, lo vio, ella se dio cuenta al instante, justo cuando el cuerpo de su captor se tensaba e incorporaba. Daniel acababa de descubrir que se había quitado la cinta adhesiva.

El cuerpo de Nivi reaccionó lanzando un torrente de adrenalina que le recorrió las venas y llegó palpitando hasta las yemas de los dedos. Empezó a respirar haciendo inspiraciones cortas, al mismo tiempo que Daniel abría la puerta con la llave y bajaba al interior del camarote.

Daniel se sentó en cuclillas, con el cuello escondido porque el grueso relleno del traje le hinchaba el torso. A Nivi le vino a la mente la imagen de un simio, encajaba bien con el pánico primitivo que sentía. Se acordó de un documental de naturaleza que había visto en televisión, en el que unos primates que estaban cazando iban partiendo las ramas de los árboles, que se posaban en el lecho de la selva, hojas y ramitas que caían girando en espiral hasta los niveles más bajos y oscuros, los más alejados del sol. Comprendió que ella se encontraba en el suelo de la selva, donde el aire era más cargado y el olor, más pútrido. Como si fuera una presa con la que jugar y después desechar. Contuvo la respiración y, entonces, el cazador habló:

—Estás despierta —dijo. Se quitó el gorro de forro polar y se lo guardó en un bolsillo del mono—. Eso es bueno, porque ya estamos muy cerca y quiero que lo veas todo. —Se lamió una gota de saliva de la comisura de los labios.

—¿Qué es lo que quieres que vea, Daniel?

—Ah —repuso él haciendo un gesto negativo con el dedo—, cosas maravillosas, cosas que solo se pueden ver con una determinada... —Guardó silencio para buscar la palabra adecuada—. Disposición. Eso es.

—Daniel, necesito saberlo —dijo Nivi midiendo las palabras y hablando despacio, en un intento por compensar el torrente de sustancias químicas que le recorría el cuerpo y la instaba a huir. Había proyectado sus peores miedos sobre Malik Uutaaq, previendo que fuera cierto que había matado a su hija; pero ahora que tenía frente a sí al hombre que, sin duda alguna, había asesinado a Tinka, la situación resultaba casi decepcionante. Tenía que saber la verdad, incluso aunque esta le arrancara hasta el último vestigio de defensa y la hiciera sucumbir al miedo. Aun así, necesitaba saberla.

—Sí —dijo Daniel—, fue aquí. Ella estaba justo ahí, tumbada precisamente donde estás tú. —Hizo un gesto con la mano en el aire, como si estuviera acariciando su cuerpo.

«El cuerpo de Tinka, no el mío», pensó Nivi.

—Fuera cual fuese el poder que tuviera Uutaaq sobre tu hija, se lo arrebaté en el instante en que la poseí aquí mismo. Se lo robé —añadió. Metió la mano en otro bolsillo y sacó unas bragas de color topacio, las estiró entre los dedos y las olfateó. Nivi lo observaba, y él se dio cuenta—. Estas bragas eran tuyas —dijo—. Por supuesto, ella ya había volado del nido, era una mujer joven e independiente. Seguro que tú nunca viste estas bragas en el cesto de la ropa sucia, ni tampoco secándose en la cuerda del tendedero. —Daniel se inclinó hacia delante y agregó—: Nivi, tú nunca llegaste a conocer a tu hija como yo.

—Eres un animal —susurró Nivi.

—Supongo que sí —replicó al mismo tiempo que estrujaba las bragas de Tinka—. Y los animales... —se arrodilló delante de Nivi— tienen necesidades.

Los golpes que le asestó Daniel una y otra vez terminaron manchándole de sangre la boca.

La lancha giraba lentamente sobre sí misma en el agua, cuando Daniel levantó la vista y vio que, por la portilla abierta, emergían las montañas de la península y la cima picuda del Qilertinnguit, elevándose alta y orgullosa por detrás de Inussuk.

—Mira, Nivi —dijo, indicándole con una seña para que oteara el exterior. Al ver que no se movía, la agarró por el pelo y la sentó encima de su rodilla. Le puso una mano bajo el mentón y la obligó a levantar la cabeza—. ¿Ves eso? ¿Ves la antena? Justo apenas se distingue la valla de color blanco. Ese es el cementerio en el que está enterrada tu queridísima hija. Te he traído a casa, para que estéis las dos juntas. Ha llegado el momento de que os reunáis otra vez.

Nivi trató de girar la cabeza, jadeando en su intento por respirar mientras sangraba por la nariz. Tenía el oído izquierdo apretado contra los pliegues del mono de Daniel, pero el derecho se hallaba libre y sin estorbos, y por eso pudo captar el ruido de un motor junto con el chirrido del acople de unos altavoces. Acto seguido, una voz se propagó por la superficie del agua:

—Daniel Tukku. Le habla la policía.

—No... —susurró Daniel. Arrojó a Nivi a un lado y levantó la cabeza para asomarse por la puerta del camarote. Enseguida se agachó de nuevo, cuando la voz volvió a llamarlo por su nombre—. ¡No! —gritó.

Nivi, viendo que Daniel cerraba la puerta del camarote y echaba el pestillo, se encogió para alejarse de él y se rodeó las rodillas con los brazos, estirando la soga que le ataba las muñecas. Daniel volvió a asomarse por el ventanuco, y rápidamente se agachó otra vez cuando vio pasar una sombra junto a la puerta. Se arrodilló en el suelo y abrió un pañol que tenía forma de V. Nivi distinguió varios metros de lastre colocados de forma que encajasen contra el fondo del compartimiento, que iba pegado a la quilla de la lancha. Daniel sacó de su interior el lastre, lo puso todo a un lado, murmurando entre dientes, y cogió un hacha que tenía un mango corto y metálico. Acto seguido, golpeó con la herramienta el fondo de fibra de vidrio del compartimiento.

—¡No, Daniel! —chilló Nivi. Se removía en el sitio mientras Daniel descargaba el hacha sin cesar e iba arrancando astillas del casco de la lancha. Daniel, al oírla, se detuvo, se volvió hacia ella y le propinó un fuerte golpe en la sien con la parte roma del hacha. El impacto la arrojó

contra la pared del fondo del camarote. Nivi se cubrió la cabeza con las manos y Daniel volvió a arremeter contra el casco de la embarcación. Nivi ahogó una exclamación mientras sentía y escuchaba el movimiento y el crujido del hueso debajo de la piel, justo por encima de su oído.

Daniel golpeaba el casco sin cesar, hasta que el primer chorro de agua helada brotó y le salpicó el mono.

—¡Sí! —exclamó—. Todo va a salir bien, Nivi. —Se volvió para mirarla, y frunció el ceño durante unos segundos al ver la sangre que le manaba de un lado de la cabeza, pero luego sonrió—. Voy a llevarte con tu hija.

De repente, le llegó el ruido de un motor surcando el agua que se acercaba hacia la lancha, y levantó la vista. Siguió golpeando el casco con el hacha hasta que el agua penetró por dos agujeros. Encajó el mango del hacha en uno de ellos e hizo fuerza girándola en todas direcciones hasta que el orificio se agrandó. El agua empezó a inundar el pañol y después pasó al camarote. Cuando le llegó a las rodillas, se incorporó y contempló su obra, satisfecho y asustado al mismo tiempo por haber logrado su objetivo y porque su lancha se estuviera hundiendo.

Oyó que la policía lo llamaba de nuevo por su nombre. Se arrodilló en el agua y volvió a golpear con el hacha, levantando grandes salpicaduras con cada impacto. Nivi sintió el agua en la cara e intentó moverse hacia la puerta del camarote, pero Daniel la agarró del brazo y, sin dejar de manejar el hacha con la otra mano, la mantuvo sujeta en el sitio. Si él estaba oyendo las pisadas en la cubierta, no se reflejaba en su cara.

—Nivi —le dijo con voz temblorosa porque el agua helada se le estaba filtrando en la ropa, le subía por las rodillas y le iba inundando los muslos —, ¿sabes lo que le dije a tu hija justo antes de arrojarla por la borda de esta lancha?

—No —susurró Nivi. Intentó moverse para huir del agua, pero Daniel le sujetó el brazo con más fuerza. Miró hacia el cristal de la puerta y se quedó petrificada al ver el cañón de una metralleta. El policía se movía a izquierda y a derecha, buscando una línea de tiro despejada. Daniel descargó otro golpe con el hacha, esta se coló por el agujero del casco y lo hizo perder el equilibrio. Entonces soltó un instante a Nivi, recuperó el equilibrio y sacó el hacha del agua.

—La llamé puta groenlandesa —dijo, e intentó agarrarla—. No, espera. —Frunció el ceño—. Le dije: «Habla en groenlandés, puta». Eso fue lo que le solté. —Tiró de Nivi hacia él, y esta advirtió el color azulado que estaban adquiriendo sus labios a medida que el frío iba apoderándose de su cuerpo—. Me comportaba como lo haría Malik —dijo—. ¿Lo entiendes? ¿Eh?

—Sí —respondió Nivi. Levantó la vista hacia el techo del camarote y hacia las pisadas de botas que se oían allá arriba. En la portilla apareció primero una sombra, después un rostro cubierto por una máscara y el cañón de otra arma.

—Fue todo fingido —seguía diciendo Daniel—, naturalmente. —Exhaló aire, y al hacerlo desapareció la tensión de los músculos de su cara y se le relajaron las mejillas. Acercó una mano al rostro de Nivi—. ¿Te duele?

—Sí —contestó ella—. Suéltame, Daniel.

—¿Que te suelte?

—Sí.

Daniel apoyó una mano en el mango del hacha. Volvió a tocarle la cara a Nivi y dijo:

—Tienes los mismos ojos que tu hija.

—Suéltame —susurró Nivi.

Daniel asintió con la cabeza.

—Sí. ¿Por qué no? Podría hacer eso.

—Por favor.

—Podría hacerlo por Tinka —dijo encogiéndose de hombros—, como compensación.

—Daniel —dijo una voz desde la cubierta de la lancha—. Tienes que salir ahora mismo.

Daniel se estremeció. Alargó un brazo y descorrió el pestillo de la puerta. Acto seguido, agarró a Nivi por el pelo a la altura de la nuca, se incorporó con dificultad en medio del agua y le ordenó:

—Levanta.

Tiró de ella para obligarla a ponerse de pie y la empujó por la escalerilla hacia la cubierta, lo cual obligó al policía enmascarado a dar un paso atrás, hacia la borda de la embarcación. Con el hacha aferrada en la mano derecha, empujó a Nivi hacia delante, contra el policía, al mismo tiempo que levantaba el hacha en alto y profería un alarido.

El policía soltó la metralleta que llevaba sujeta al pecho para rodear a Nivi con los brazos. La fuerza de la inercia que traía Nivi lo hizo caer por la borda arrastrando consigo a la primera ministra. El peso del equipo que cargaba los hundió a ambos en el agua. Mientras tanto, su compañero, apostado en el techo del camarote, apuntó y disparó tres veces seguidas contra la espalda de Daniel. El hacha cayó con estrépito sobre la cubierta y Daniel se derrumbó contra la borda intentando asir a Nivi, pero esta había desaparecido junto con Gaba en la negrura del mar salpicado de témpanos de hielo.

—¡Gaba! —chilló Miki desde el techo del camarote. Se arrancó la máscara de la cara y saltó a la cubierta para asomarse por la borda. Entonces vio que Maratse, en el transbordador, se desembarazaba de su cinturón táctico y de su anorak y se arrojaba al agua.

Maratse no hizo caso de la tenaza del agua gélida que le oprimió el pecho, aferró a Nivi por la ropa y tiró de ella para liberarla de los brazos de Gaba y sacarla a la superficie. Luego volvió a sumergirse para socorrer al jefe de la Unidad de Fuerzas Especiales, que estaba forcejeando en un intento por quitarse el equipo. Lo agarró por el chaleco y se impulsó con las piernas. Se impulsó a pesar de la explosión de dolor que le sacudió todos los nervios, hizo caso omiso del frío gélido que le oprimía la cabeza y pataleó en dirección a la superficie. Gaba manoteó con el cierre de su casco, cortó la correa de la metralleta con ayuda de un cuchillo y nadó hacia arriba con Maratse, hasta que los dos salieron a la superficie. Quedaron agarrados el uno al otro con los dedos congelados mientras Petra y Miki se estiraban por un costado del transbordador, por debajo de la barandilla, y los izaban a bordo.

Miki le quitó a su jefe todo el equipo y toda la ropa y lo envolvió en una manta mientras Petra hacía lo mismo con Maratse. Los técnicos sanitarios los examinaron y procedieron a aplicarles un tratamiento para los traumatismos y la hipotermia. Petra ayudó a Maratse a sentarse en una butaca al lado de la primera ministra. Le dio un beso en la frente e hizo sitio para Gaba.

Nivi sacó una mano de la manta para cerrarla en torno a la de Maratse. Giró la cabeza, cubierta con un vendaje, para mirarlo.

—Gracias, agente.

— *Iiji* —respondió Maratse—. De nada.

—Yo no voy a cogerlo de la mano —dijo Gaba tocándole con el codo desde el otro lado—, pero gracias.

Maratse se mordió el labio para reprimir el dolor de las piernas y asintió con la cabeza.

***MARLUNNGORNEQ***

**MARTES**

A Maratse lo despertó el ruido que hizo Petra al bajar la escalera. Levantó la cabeza y la vio entrar en el cuarto de estar y hacer un alto en la puerta para saludarle con la mano.

—¿Has dormido? —le preguntó.

— *Iiji* .

—¿Te ha dolido mucho?

Asintió con la cabeza, y Petra pasó a la cocina. La oyó poner el agua a calentar para preparar café y chasquear con la lengua al ver que no había nada de comida en la nevera ni en los armarios.

—Salgo a comprar —anunció al mismo tiempo que depositaba una taza de café en la mesa que había junto a Maratse—. Convendría que te vistieras.

Maratse asintió, y esperó a que ella se hubiera marchado para incorporarse en el sofá y coger la taza. Hizo una mueca al sentir el dolor en las piernas, pero luego se encogió de hombros. Razonó que tenía que vivir con aquello, aunque eso no tuviera por qué definirlo a él, ni determinar lo que había de hacer o dejar de hacer con su vida. Su período de reincorporación temporal a la policía había finalizado en cuanto el comisario fue informado del curso de la operación. Maratse gozaba de su segunda jubilación apenas dos semanas después de la primera, y dio un sorbo al café mientras oía al cachorrito arañando el porche fuera de la casa. Empezó a dar brincos arriba y abajo cuando Petra regresó trayendo beicon, huevos y pan.

—Es una monada —comentó Petra deteniéndose un momento a hablar con el perrito. Se sacudió la nieve de las botas, se descalzó y se encaminó hacia el cuarto de estar.

—Es hembra.

—¿Y ya le has puesto nombre?

— *Eeqqi* —contestó Maratse—. Estoy en ello.

Maratse se vistió mientras Petra preparaba el desayuno. Miró por la ventana y vio a Karl y a Edvard dirigiéndose al embarcadero para recibir

al transbordador, que acababa de llegar. Vio bajarse de la embarcación a Nivi Winther, acompañada por Simonsen y Danielsen, de Uummanaq.

—¿Son ellos? —voceó Petra desde la cocina.

— *Iiji* .

—¿Y a qué hora es la rueda de prensa?

—Dentro de una hora.

—Muy bien —repuso Petra al mismo tiempo que servía en la mesa dos platos con bocadillos de beicon. Le hizo una seña a Maratse para que viniera a desayunar, esperó a que él estuviera sentado y luego dijo—: Tengo curiosidad por saber por qué Nivi ha querido dar la rueda de prensa aquí y no en Nuuk.

Aquella misma pregunta había mantenido a Maratse en vela durante la primera mitad de la noche, hasta que los analgésicos empezaron a surtir efecto. Le puso un nombre a la negrura de sus pesadillas: las denominó «trauma» y las apartó a un lado. Imaginó que el método que emplearía Nivi Winther para superar el suyo iba a consistir en emitir un comunicado sobre el asesino de su hija junto a la tumba de esta. Aunque también se preguntó si Nivi tendría otros planes, otro motivo distinto. Era una mujer fuerte, más fuerte aún tras haberse recobrado de la muerte de su hija y de su propio secuestro.

—Vuelves a estar con la mente en otra parte —le dijo Petra una vez que se hubo terminado el bocadillo. Dio un sorbo al café y observó a Maratse.

—Esto está muy bueno.

—Ya —repuso ella.

Los dos levantaron la vista al oír el estruendo de un avión que pasaba por encima de la casa para ir a aterrizar en el aeródromo de Qaarsut. Coincidió con la despedida del transbordador, y Maratse volvió a preguntarse si Nivi estaría planeando algo.

—Mientras compraba, me ha llamado Gaba —dijo Petra—. Quería saludar.

—Hum —contestó Maratse—. ¿Y cómo está Miki?

—Parece que bien. Redactando informes y sometiéndose al interrogatorio en Nuuk. Esta ha sido la primera vez que mata a un hombre, pero cuenta con el respaldo del sindicato, y había testigos de sobra.

—Bien. —Maratse se terminó el desayuno. Vio por la ventana que Karl, Edvard y los policías iban acompañando a Nivi por el sendero que

conducía al cementerio—. Hoy voy a necesitar un poco más de tiempo — dijo— para subir hasta allá.

—Descuida —respondió Petra—. ¿Quieres ir ahora mismo?

— *Iiji* —respondió él, y se levantó. Fue hasta la puerta, se puso el anorak y se calzó las botas.

El cachorrito levantó la cabeza cuando vio que Maratse y Petra salían de la casa. Maratse le lanzó un gruñido, y Petra rio al ver cómo retrocedía a toda prisa hacia el final del porche, donde había estado tumbado.

—Se te dan bien los perros, ¿eh?

—Es una buena perrita —dijo Maratse.

—Y necesita un nombre. No puedes llamarla «perrita» durante el resto de su vida.

—¿Por qué no?

—Porque no —replicó Petra, y comenzó a bajar los escalones. Al llegar a la playa, aguardó a Maratse raspando con el pie la nieve que cubría la negra arena y las conchas esparcidas por ella. Echaron a andar hacia el sendero y empezaron a subir la colina.

Una vez que hubieron coronado la cima, Maratse hizo un alto para encender un cigarrillo. Señaló con la cabeza a Nivi, que estaba de pie junto a la tumba de su hija. Petra le tiró del codo y señaló el transbordador, que justo regresaba del aeropuerto repleto de pasajeros.

—Bueno —dijo ella—, ¿alguna idea?

—Ninguna —respondió Maratse, y se metió el cigarrillo entre los dientes. Fumó durante un rato más, estranguló la colilla a medio terminar entre el dedo pulgar y el índice, y volvió a guardarla en la cajetilla.

De pronto captó el destello de un objeto cubierto de pelo blanco que subía por el sendero, el cachorrito, y le lanzó un gruñido para que no siguiera avanzando. Se volvió de espaldas a él y fue con Petra hacia la entrada del cementerio. Cuando se volvió para mirar a la perrita, la vio sentada y erguida a un lado del camino, siguiendo con la cabeza a los invitados que iban llegando al funeral. Maratse se fijó en que muchos de ellos llevaban cámaras de diversos tamaños, entre ellas, una videocámara digital.

—La prensa —dijo, y le dio un codazo a Petra. Los fotógrafos se pusieron a un lado para obtener imágenes de los últimos integrantes del grupo.

—Esos son Malik Uutaaq y su familia —informó Petra—. ¿Qué tendrá pensado Nivi?

Malik dirigió una mirada a Petra y a Maratse cuando pasó junto a ellos. Llevaba a un lado a su mujer, agarrada de la mano y, a otro, a su hija. Sipu, el hijo varón, se detuvo a jugar con el cachorrito, hasta que su padre hizo un alto y lo llamó.

Qitu Kalia se apartó de los fotógrafos y los periodistas para ir a estrecharle la mano a Maratse y, seguidamente, volvió al grupo que había congregado Nivi Winther en la nieve junto a cinco fosas abiertas. Ella estaba de pie al lado de la tumba de su hija, sosteniendo unos papeles que agitaba el viento.

—Todos se estarán preguntando —dijo Nivi en groenlandés con una voz nítida y clara como el aire— por qué los he invitado a venir aquí. La simple respuesta es que quiero que mi hija oiga lo que tengo que decir. —Las cámaras empezaron a emitir chasquidos, y ella levantó una mano para indicarles que aguardasen un momento. En cambio, las videocámaras continuaron grabando y Maratse comprendió que seguramente así lo había dispuesto Nivi—. Daniel Tukku era mi colega, mi amigo y, también, el hombre que asesinó a mi hija. —Guardó silencio para enjugarse una lágrima de la mejilla—. Ahora mi hija ya está a salvo, pero su muerte y su padecimiento me hacen pensar en todas las personas que sufren en Groenlandia, personas incluso como Daniel Tukku. Él era groenlandés, al igual que Tinka, mi hija. —Esperó a que los periodistas y los fotógrafos terminaran de tomar apuntes y fotos—. Cuando venga a visitar a mi hija, a hablar con ella de las ballenas del fiordo y a imaginar la vida que ella podría haber tenido, le hablaré también de Groenlandia y de los groenlandeses. Como primera ministra de Groenlandia, tengo la responsabilidad de cuidar del conjunto de los groenlandeses, la tenemos todos. Pero, como primera ministra, he fracasado en mi deber de proporcionar a Daniel la ayuda que necesitaba. Cada vez que visite a Tinka, me acordaré de ello.

A continuación, se dio la vuelta, como si pretendiera hacerse más fuerte tomando el poder del hielo del fiordo, del mismo invierno, de modo que ya no necesitara detenerse más en sus privaciones. Se volvió otra vez y vio que Maratse la estaba mirando; sonrió y prosiguió con el discurso:

—Tinka ya está a salvo, pero ¿nos sentimos a salvo nosotros? ¿Nos sentimos a salvo los groenlandeses como nación, como pueblo? —Nivi le hizo una seña a Malik para que acudiera a su lado, y él obedeció. Nivi lo abrazó y lo cogió de la mano, al mismo tiempo que él se volvía hacia su familia, la prensa y el pueblo de Groenlandia—. He pedido a Malik Uutaaq que me acompañara en este día tan difícil, porque cuando uno ha experimentado en carne propia el lado más oscuro de la naturaleza humana, así como de Groenlandia, es importante abrazar cuanto hay de bueno en el país y seguir avanzando hacia el oscuro invierno con un nuevo corazón, con un nuevo objetivo y un nuevo liderazgo. Por ese motivo, me alegra comunicarles que Malik Uutaaq y yo hemos llegado a un acuerdo para trabajar juntos con el objeto de unir a nuestro pueblo y abrazar una nueva Groenlandia que incluya a todos los groenlandeses. —Hizo una pausa para dejar espacio al frenesí de chasquidos procedente de las cámaras—. Así que para cuando, el mes de mayo del año que viene, vayan a votar, les prometemos que serán unas elecciones emocionantes, con una perspectiva estable, política, construida sobre la confianza y un terreno común, que abrace la verdadera identidad groenlandesa para todos los groenlandeses.

Maratse sintió que Petra le cogía de la mano al mismo tiempo que Nivi empezaba a repetir su discurso en danés.

—Piitalaat —dijo, notando cómo temblaba—, ¿estás bien?

—Sí —susurró ella—, ahora sí.

La prensa se quedó mientras Nivi colocaba bien las flores de la tumba de su hija. Maratse no sabía si las cámaras habían alcanzado a captar la expresión de sus ojos, pero él vio, entre las lágrimas, una chispa de esperanza.

Petra siguió apretando la mano de Maratse mucho tiempo después de que el último periodista se hubiera marchado detrás de Nivi y de Malik sendero abajo, en dirección al transbordador. Él supuso que en el hotel de Uummanaq habría una sesión de ruegos y preguntas, y se alegró de que la prensa, los políticos y los policías se hubieran ido ya. Tiró de la mano de Petra y, juntos, se acercaron a la tumba de Tinka Winther. Al poco rato, se les sumaron Karl y Edvard.

—Quedan cinco tumbas —dijo Karl al mismo tiempo que prendía un cigarrillo.

Maratse encendió otro para sí, y Petra se apartó a un lado para evitar el humo y contemplar el paisaje. Volvió con Maratse cuando Karl y Edvard terminaron de fumar y emprendieron el camino de regreso a Inussuk.

—Bueno —le dijo Petra—, ¿qué vas a hacer ahora?

—Jubilarme —respondió él encogiéndose de hombros.

—Eso ya lo has intentado antes.

— *Iji* .

—¿No deberías plantearte algo distinto?

Petra sonrió cuando el cachorrito se adentró en el cementerio dando brincos para ir a sentarse a los pies de la tumba de Tinka.

—¿Has dicho que era hembra? —dijo Petra.

—Así es.

—Y necesita un nombre —insistió Petra señalando la perrita—. Tinka. ¿Qué te parece?

Maratse observó al cachorrito, que estaba agitando la cola entre Petra y él. Lanzó un suspiro y apretó los dientes para agacharse. El cachorrito lo miró fijamente durante unos instantes y, acto seguido, cuando Maratse le hizo un chasquido con la lengua, fue brincando por la nieve para saltar a su regazo.

—Con unos cuantos más, tendrás una traílla —comentó Petra.

—El hijo de Karl tiene varios perros más, de los que quiere librarse —dijo Maratse—, y un bote que quiere vender.

Petra volvió la mirada hacia el fiordo, respiró hondo y asintió con la cabeza.

—De modo que ya te has decidido: vas a ser cazador.

—Cazador y pescador —replicó Maratse acariciando las orejas del cachorrito—. O puede que me dedique únicamente a criar perros de trineo.

—Eso me gustaría probarlo —dijo Petra.

—Vuelve en primavera. Ya tendré una traílla formada.

—¿No piensas regresar a Nuuk?

Maratse soltó al cachorrito y miró a Petra. Sintió cómo la perrita le arañaba las piernas con sus uñas y le mordisqueaba los dedos con sus puntiagudos dientes de leche.

—Creo que no.

—¿Estás seguro?

— *Iji* —contestó—. Mi sitio es este.

## NOTA DEL AUTOR

Groenlandia es la isla más grande del mundo, pero con sus aproximadamente 56 .000 habitantes, posee una población más pequeña que la ciudad de Galveston, Texas. La capital, Nuuk, tiene una población de unos 15 .000 habitantes. En algunos asentamientos, hay menos de cien residentes. No existen carreteras que unan las ciudades, los pueblos y los asentamientos. El transporte entre las zonas habitadas se hace principalmente en aviones dotados de escasa capacidad de despegue y aterrizaje, y en barcos. En las zonas en que el hielo del mar es lo suficientemente grueso, los groenlandeses pueden desplazarse en coche, y también en motos para la nieve y trineos tirados por perros.

La ficticia Groenlandia del agente David Maratse se ve afectada por las mismas limitaciones que la Groenlandia real. Los argumentos se inspiran en algunos acontecimientos y en muchos lugares que existen en Groenlandia. La mayoría de los nombres se mantienen, tales como Nuuk y Uummannaq, si bien se emplean de manera ficticia. El asentamiento de Inussuk no existe, aunque los lectores observadores que lo busquen en un mapa acaso puedan hacerse una idea bastante aproximada de dónde podría encontrarse.

CHRIS

*Febrero de 2018 ,  
Dinamarca*

## AGRADECIMIENTOS

Quisiera dar las gracias a Isabel Dennis-Muir por su inestimable labor de corrección y por darme su opinión sobre el manuscrito. Si bien son varias las personas que han hecho su aportación a *Siete tumbas, un invierno* , los errores y las imprecisiones que pueda haber son culpa mía.

CHRIS

*Febrero de 2018 ,*

*Dinamarca*

# CHRISTOFFER PETERSEN

DAVID MARATSE

## 1 . Siete tumbas, un invierno

---

El agente David Maratse sufrió un ataque que le ha dejado secuelas en las piernas. Eso le impide seguir trabajando como policía en la capital de Groenlandia, por lo que decide retirarse a un pequeño pueblo en el que cavan siete tumbas cada verano antes de que el invierno deje la tierra congelada. Son las lúgubres previsiones de mortalidad que prevén anualmente, aunque siempre esperan que sean demasiadas. No podían imaginar que una de esas sepulturas es para una chica que aparece flotando en el mar.

## 2 . Blood floe

---

Como policía retirado prematuramente, David Maratse intenta adaptarse a su nueva vida en una apartada población costera de Groenlandia. Pero desde el mar llegan malas noticias. Han encontrado un barco con varios charcos de sangre congelada en la cubierta y a tres de los miembros de la tripulación inconscientes pero con vida en el interior. Los demás están muertos o han desaparecido. El propietario del barco aprovecha la presencia de Maratse y lo contrata para darle un empuje a la investigación y, de paso, para buscar un diario perdido del famoso Alfred Wegener, que podría contener información que vale vidas.

PARA MÁS INFORMACIÓN VISITA:

[www.serienegra.es](http://www.serienegra.es)